

Selecta

*Cuando menos
te esperaba*

**Luciana V.
Suárez**

The image features three silhouettes of people against a vibrant sunset sky. On the left, a woman stands with her right arm raised, hand open. In the center, a smaller figure, possibly a child, stands with both arms raised. On the right, a man stands with his right arm extended, hand open, mirroring the woman on the left. The sky transitions from a deep orange at the bottom to a bright cyan at the top. The overall mood is one of hope and connection.

Cuando menos te esperaba

Luciana V. Suárez

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

Para Adriel.

Prólogo

Librería Barnes and Noble, Norwalk, Connecticut.

Entrevista a la escritora de *best sellers*, Avery Willoughby, para el canal News 12.

Entrevistador: Antes que nada, felicidades por su nueva novela, al leerla uno se da cuenta de por qué sus libros tienen tan buena acogida, dado que en ellos explora temas de pérdida, tanto de personas como de la fe en la vida y en Dios, y que cuando pasa la tormenta la vida te tiene reservadas sorpresas, como una recompensa inesperada por todo lo malo que uno ha atravesado. ¿Coincide con que esto es así? ¿Que a esto se debe su éxito?

Avery Willoughby: Sí, es decir, siempre que me hacen esa pregunta, “¿a qué cree que se debe su éxito literario?”, respondo que no puedo saberlo con precisión, ya que ningún escritor puede saberlo, en realidad, porque no nos ponemos a pensar cuál es la fórmula del éxito a la hora de escribir un libro, porque no funciona de ese modo, es decir, es agradable que algo en que pasaste tantas horas, meses y a veces hasta años trabajando, algo en lo que no solo invertiste tiempo sino también sentimientos —porque llegas a involucrarte emocionalmente con los personajes y todo lo que les ocurre que durante todo el proceso de escritura tu cabeza se encuentra absorbida por ese mundo—, tenga tan buena recepción y conecte con tanta gente. Eso me dice que no solo les gusta porque encontraron a la historia interesante, sino porque también encontraron en ella algo que estaban buscando en el momento, tal vez se sintieron identificados con algo.

Entrevistador: O sea que el escapismo de la realidad no es el único factor que incide cuando un lector busca un libro.

Avery Willoughby: Principalmente sí, porque los libros, en especial los libros de ficción, tienen la obligación de cumplir con la norma del entretenimiento, y lo que nos lleva a escogerlos es el escapismo de la realidad, porque la mayoría estamos absorbidos por obligaciones y por la vida diaria y, de alguna manera, buscamos un quiebre a ello, algo que torne la rutina excitante, pero también creo que cuando encuentran personajes con los que pueden conectar, y temas con los que pueden relacionarse, pues congenian mucho mejor con el libro.

Entrevistador: Conuerdo con ello. Y, de acuerdo a todos estos temas, ¿usted misma los ha vivido? ¿Qué tanto hay de usted en esta novela?

Avery Willoughby: De acuerdo a los temas, sí. Yo he perdido a varias personas en mi vida, como mucha gente, y tuve períodos oscuros en que todo era penumbras y me costaba ver con claridad. Cuando estás en

ese estado pierdes el norte y te cuesta encontrar un rumbo, pero bueno, es algo que es parte de la vida, y todos los humanos atravesaremos por ello. En cuanto a qué tanto de mí hay en esta novela, pues creo que está respondida en la primera pregunta, pero debo añadir que la protagonista, al igual que yo, es escritora, y tiene un par de manías mías, pero también hay algunas diferencias, desde luego.

Entrevistador: Y con respecto al tema de la esperanza y de volver a empezar, ¿a usted le ocurrió lo mismo que a la protagonista y eso fue lo que la hizo volver a empezar?

Avery Willoughby: En ese sentido diferimos bastante, porque la protagonista encuentra gente, más precisamente encuentra amor en estas personas, y yo más bien encontré algo que me ayudó a salir de todo ello: la escritura. Como lo dije en muchas ocasiones, si bien yo escribí desde pequeña, no lo hice de manera continua, y solo empecé a hacerlo con frecuencia hace tres años atrás, y descubrí que fue tan catártico como entretenido y liberador, y ahora es una parte intrínseca mía, así que estoy muy feliz por ello.

Entrevistador: O sea que se puede decir que, a diferencia de las protagonistas de sus historias, en lo personal usted está soltera y no tiene hijos.

Avery Willoughby: Así es. Estoy soltera y no tengo hijos.

Entrevistador: ¿Y también se puede decir que está a la espera de que una persona especial llegue a su vida?

Avery Willoughby: Hummm, ni a la espera ni buscando. Supongo que esas cosas uno no las planea en la vida, solo llegan por sí solas.

Entrevistador: Y, dado que en el aspecto profesional tiene mucho éxito, ¿qué diría que es lo que le falta para ser feliz? ¿Formar una familia, tal vez?

Avery Willoughby: Como dije recién: eso no está en mis planes, supongo que porque ahora mismo estoy soltera, pero no por ello puedo descartarlo, así que diría que la respuesta es sí, para ser completamente feliz me gustaría formar una familia.

Capítulo 1

Tan pronto llegué a mi departamento, me tiré en la cama sin siquiera desempacar, sentía todo el peso del mundo encima. Usualmente eso ocurría cuando estaba de gira con la promoción de un nuevo libro, ya que debía viajar por varios Estados del país. En esta ocasión fueron quince, tres más que el año anterior, comenzando en la costa oeste, pasando por el medio oeste, y terminando en la costa este, en donde en todos lados el itinerario del evento era el mismo: sentarme enfrente de mis lectores, leer un capítulo o dos de mi nuevo libro, responder a las preguntas que me hacían al respecto, y luego firmar sus copias y tomarme fotos con ellos, aunque, a veces, al final me hacían una entrevista para alguna revista o blog literario, periódico o canal local. Y, entonces, regresaba al hotel, comía, me bañaba y cambiaba, y luego debía tomar un vuelo para mi próximo evento en otro lugar, en donde haría exactamente lo mismo hasta acabar con la lista de Estados que me asignaban. No renegaba de ello, desde luego, porque adoraba mi profesión, aunque lo que más me agradaba de ella era el acto de escribir *per se*, pero también me gustaba escuchar de boca de los lectores cuánto les había gustado la historia y cuánto significaban los personajes para ellos, y eso era gratificante.

De a poco, mis pensamientos fueron apaciguándose hasta que entré en un sueño profundo, del que no desperté sino hasta que descubrí que la habitación estaba completamente a oscuras, solo estaba vagamente iluminada por la luz que se filtraba a través de una rendija de la ventana. Estiré la mano rápidamente hacia la lámpara y la encendí. Me quedé un rato recostada, haciendo amagues de levantarme, solo mirando a las rayas que proyectaba la luz en el techo mientras recordaba lo que había soñado. Cada vez que estaba muy cansada tenía sueños vívidos y lúcidos, como si los estuviera viendo en una pantalla, o como si los estuviera leyendo en la descripción de un libro, probablemente porque mi mentalidad de escritora estaba acostumbrada a las descripciones, que cada vez que describía un escenario era como adentrarme en la escena. Pero esta vez, a diferencia de otras ocasiones, la imagen se había esfumado de mi mente y solo recordaba que estaban tres personas. Era un día de verano, eso lo sabía porque el sol brillaba intensamente, reflejándose en esas tres personas (probablemente por eso no lograba divisarlas bien), pero lo que más me había cautivado de ese sueño era la sensación que me había dejado: amor, había tanto amor en esas tres personas que era capaz de embargarme y todavía podía sentirlo; era muy fuerte, tanto que me había embriagado hasta dejarme alucinada. Llevé mi mano al

pecho, porque todavía podía sentir ese amor calándome en los huesos. Nunca antes me había ocurrido algo así, es decir, en los sueños vívidos eran las imágenes tan nítidas lo que me cautivaban, pero no había sentimientos como en este caso. Me quedé pensando en el significado de ese sueño, es decir, sabía que todo lo que soñábamos significaba algo, pero en este caso no entendía qué, dado que no creía conocer a las personas que aparecían. Probablemente era mi subconsciente enviándome inspiración para mi nuevo libro.

Cuando logré recomponerme, me levanté de la cama y fui hacia la cocina a ver si había algo para comer, dado que mi estómago estaba rugiendo de hambre, pero como me había ido de viaje por dos semanas, desde luego que no habría nada, nada preparado en realidad, solo cosas para cocinar, y no tenía ganas de hacerlo, así que ordené comida china. Mientras aguardaba a que mi pedido llegara, tomé una bolsa de doritos y me puse a engullirlos, luego abrí una cerveza que la bebí de la lata nomás. Tomé a Emily Dickinson, mi gata, que había quedado al cuidado de Lisa, mi agente literaria y amiga, que pasaba a verla dos veces al día cuando me iba y le daba de comer y limpiaba sus necesidades. Emily Dickinson me lamió el mentón, como siempre lo hacía, después se frotó en mi cara de manera afectuosa; era una gatita cariñosa y muy compañera. Lo único que lamentaba de mi trabajo era que a veces requería ausentarme por varias semanas y, entonces, ella se quedaba sola.

Para cuando la comida llegó, ya casi había terminado la bolsa de nachos. Me senté en el alféizar de la ventana del *living*, apoyé la espalda en el respaldo, y me puse a comer de la caja nomás, con Emily Dickinson recostada a mis pies. Mientras comía, miré a través del cristal, desde allí la vista estaba cubierta mayormente de edificios, como era de esperar en una ciudad como Manhattan, las luces de algunos titilaban en lo alto, y abajo se veía el tráfico frenético, como era usual ahí, aunque un sábado por la noche lo era más aún. Todos los que vivían en Nueva York tenían planes los sábados por la noche, o a veces incluso los días de semana, por algo era la ciudad que nunca dormía o descansaba o se callaba. Yo solía ser una de esas personas, que esperaba ansiosamente cada sábado para terminar en algún antro, bebiendo cantidades de alcohol que ahora apenas podía probar, o consumiendo alguna sustancia que, en la actualidad, hasta me daba miedo admitir tal cosa, o enrollada en la cama de algún extraño al que después apenas recordaba. En realidad, eso era lo que la mayoría de las muchachas jóvenes hacían, ya fuera en Nueva York o en otro lugar, pero ahora, mirándolo en retrospectiva, incluso cuando era algo natural, me avergonzaba un poco haber actuado de esa manera. De todas formas, de eso ya hacía bastante que apenas lo recordaba y, cuando lo hacía, me parecía que era una vida que le pertenecía a otra persona y no a mí y, en cierta forma, así lo era, porque ese era mi antiguo yo, mi nuevo yo difería bastante de ese, como si fuesen dos personas opuestas, ya que ahora apenas salía y, cuando lo hacía, solo era para ir a algún evento literario o a cenar o al cine o al teatro, aun cuando apenas tenía amigos, solo una, y era mi agente, así que estaba relacionada a mi empleo, pero era una buena amiga, por lo que a veces cuando salía lo hacía con ella. Pero más allá de eso no hacía nada, por lo que llevaba una vida monótona y cómoda, en la que todo lo que hacía era

trabajar desde mi departamento, ir a un refugio de animales que estaba a la vuelta de mi edificio a brindar mi ayuda, y salir a correr a veces, o ir a eventos literarios, lo cual no estaba mal para mí, porque era afortunada de tener un empleo soñado que me reportaba grandes satisfacciones, que podía hacerlo en pijamas y estando acostada con mi ordenador en el regazo, pero había veces, como esa noche, en que una sensación de vacío y desasosiego se apoderaba de mí, como si fuese una entidad que intentaba poseerme y al final lograba hacerlo, porque me sentía sola y miserable y no tenía a nadie para consolarme, o para que me diera un abrazo. Estaba completamente sola e intuía, y temía, que siempre lo estaría.

Capítulo 2

La vida era tranquila en esa parte del país, y en el caso de Bennett, en particular, ya que vivía a las afueras del pueblo, en la zona rural de Connecticut. Su casa era bonita, y bastante cómoda también, al igual que su vida, aunque no siempre lo hubiera sido. Dos años atrás había sucedido lo inimaginable, lo que le ocurría a otra gente y no a él. Su esposa, con quien llevaba más de cinco años casado, había fallecido de un cáncer de hígado; todo había ocurrido rápido, tan rápido que no le dio tiempo a asimilar la noticia, y no se pudo hacer nada al respecto tampoco, porque era irreversible, un día le dieron el diagnóstico mortal y al siguiente ella ya estaba muerta. Los días siguientes fueron una especie de secuencia borrosa o, por lo menos, así lo recordaba, aunque se rehusara a hacerlo, pero lo que no podía evitar recordar era el vacío y la desolación que había sentido, porque todavía quedaba un poco de ella. La casa todavía se sentía sin vida, o tal vez no tanto, tenía una hija, que era la luz de sus ojos, y si ella no hubiera existido estaba seguro de que se hubiera muerto. Ella era la razón por la que no se había venido abajo, la razón para levantarse de la cama cada mañana y salir al mundo, aunque no fuera demasiado lejos, dado que su trabajo estaba en las tierras que rodeaban su casa. Así que tras la muerte de Felicity (su esposa), trató de buscar un nuevo sentido de normalidad para brindarle a su hija, pero no tuvo que esforzarse demasiado, ya que la pequeña parecía ser muy fuerte. Su madre le había dicho que no era de extrañar, porque los niños eran más fuertes que los adultos por naturaleza, aun así, sabía que la pequeña extrañaba a su madre tanto como él. Tanto los padres como los hermanos de Bennett le habían dicho que debía seguir adelante y tratar de armar una nueva vida, lo que se traducía a encontrar pareja, pero Bennett no estaba preparado para ello, no quería estarlo tampoco, todavía amaba a Felicity, o a la memoria de esta, además, él tenía una hija de la cual cuidar y, si comenzaba una relación con alguien, tendría que asegurarse de que fuera a congeniar bien con su niña.

Una noche, mientras estaban cenando, vieron el canal local, algo que no hacían a menudo (lo de ver televisión mientras cenaban), en realidad, el televisor había estado encendido todo el día y no se habían molestado en apagarlo, o de cambiar de canal, así que vieron las noticias locales y colindantes que, por suerte, no eran nada alarmantes o sangrientas (porque, entonces, Bennett habría cambiado de canal). Y, luego, emitieron una entrevista que le habían hecho a una escritora neoyorquina en una ciudad contigua a Westport (el pueblo en donde Bennett residía) llamada

Norwalk. Los dos escucharon de forma atenta a todo lo que la escritora decía, aunque a Bennett no le interesaran muchos los escritores o los libros, la lectora allí solía ser su esposa, y su hija también, él lo único que leía era el periódico, aun así, mientras oía lo que la escritora decía, se encontró pensando que parecía ser una profesión interesante, o tal vez ella lo hacía ver de esa forma. Observó atentamente sus rasgos: tenía la piel clara, el rostro con rasgos pequeños, los ojos color café y el cabello oscuro lacio, y su semblante era pacífico. En un momento, sus labios parecieron moverse sin sonido, y no porque hubiera bajado el volumen, sino porque había dejado de escuchar lo que decía y solo estaba concentrado en su rostro. De repente, vio en ella algo que lo hizo pensar en Felicity, no es que fuera parecida a ella, porque Felicity era muy diferente a esa muchacha, por lo menos físicamente, sino, más bien, había algo en ella que le recordó a cómo se había sentido cuando había conocido a su esposa.

Suspiró aliviado cuando la entrevista terminó, y la imagen de la escritora fue reemplazada por la de una plaza en construcción, aun así, inconscientemente, deseó que hubiera seguido hablando, para poder verla por un rato más.

Capítulo 3

El domingo me desperté algo tarde debido al cansancio por el viaje, y a la larga siesta que había tomado. Solo me quedé sentada en el alféizar de la ventana del *living*, viendo la ciudad desde allí.

Como no había desempacado el día anterior, me puse a hacerlo. Coloqué mi ordenador en mi escritorio, mi ropa y mis zapatos en el clóset, y mis productos de belleza en el baño. Después fui hacia la cocina a prepararme algo para almorzar, esta vez debía hacerlo, dado que tenía tiempo y energía de sobras, de todas maneras, me gustaba cocinar, me relajaba bastante, aunque probablemente me agradaba más hornear. Busqué en los estantes algo que pudiera cocinar y encontré unos macarrones que los preparé con queso y salsa. Mientras almorzaba, leí un libro que había adquirido en la última librería que había estado en Connecticut, el día anterior. Siempre almorzaba leyendo algo, ya fuera el *New York Times*, una revista literaria o un libro, era una costumbre que había adquirido tras haberme mudado a ese departamento, hacía dos años atrás, probablemente porque me gustaba leer, y porque era una forma de llenar el silencio, es decir, me gustaba el silencio, en realidad, estaba muy acostumbrada a él, por lo menos en mi espacio personal, porque siempre estaba acompañada por el bullicio de la ciudad que nunca se callaba, era una constante para cualquiera que viviera en Nueva York, no podías evitarlo, pero, a pesar de que me gustaba estar en silencio cuando estaba sola, necesitaba concentrar mi cabeza en algo, como escribir o leer, dado que no veía mucho la televisión, a excepción de películas o series cuando estaba demasiado aburrida.

Una vez que terminé de almorzar, fui hacia mi dormitorio a buscar un conjunto deportivo para ponerme, porque quería ir a correr al Central Park, ya que por más de dos semanas no había podido hacer ninguna actividad física debido a la gira por el libro. Justo cuando iba a cambiarme, mi teléfono móvil sonó, por lo que atendí y, del otro lado de la línea, encontré a Lisa.

—Avery, hola, ¿qué tal va todo? —me preguntó.

—Hola, Lisa, pues aquí bien, tratando de regresar a la rutina —le respondí mientras miraba mi rostro en el espejo del baño. Unas aureolas apenas oscuras se habían formado debajo de mis ojos, eso me ocurría cuando viajaba mucho, porque no dormía bien, ya que me costaba un poco acostumbrarme a dormir en diferentes hoteles, e ir de un lugar a otro en pocas horas.

—Oh, lo entiendo, iba a llamarte ayer, pero pensé que estarías exhausta.

—Sí, me acosté a dormir ni bien llegué. Por cierto, una vez más, gracias por haber cuidado de

Emily Dickinson —expresé, porque si bien tenía vecinos, no tenía mucha confianza con ellos como para pedirles ese favor, además de que nunca se sabía si podían ser alérgicos a los gatos o no tener paciencia con ellos, por lo que ella era una gran ayuda en ese sentido.

—*Como te dije muchas veces, no tienes nada que agradecer* —musitó—. *Pero cuéntame, ¿qué tal te fue en la gira?*

—Oh, pues bien, es decir, igual que siempre, pero entretenido, a pesar de lo agotador —le dije.

—*Bueno, me alegra que haya sido positivo* —comentó—. *Por cierto, hace un rato vi una entrevista que te realizaron en Norwalk.*

—Oh, sí, eso fue ayer por la mañana, antes de regresar —le contesté.

—*Sí, eso pensé, y... bueno, hay algo que me llamó la atención* —repuso.

—¿Qué cosa? —inquirí confundida temiendo, por un momento, haber dicho algo indebido, porque si bien había concedido muchas entrevistas desde que era publicada, a veces las que eran para televisión me inhibían un poco, y me ponían algo nerviosa, que no era muy consciente de mis respuestas.

—*Pues, al final de la entrevista, admitiste que querías formar una familia.*

Como me estaba mirando en el espejo, vi mi imagen atónita en el reflejo. Definitivamente no había sido consciente a la hora de responder, probablemente porque fue al final de la presentación del libro y ya estaba agotada y con ganas de regresar a casa.

—Oh, eso, pues creo que me tomaron exhausta y desprevenida, por eso di esa respuesta —me excusé.

—*Ya veo... pero me pareciste demasiado sincera, tanto que me conmovió.*

Volví a adoptar la misma expresión perpleja en el espejo, y demoré un momento en responderle.

—Pues qué bueno que sea así porque, de ese modo, no quedó como si fuese algo inventado o falso —repliqué y del otro lado se hizo el silencio.

—*Claro, bueno, pero me tomó por sorpresa, en un buen sentido, porque no es nada malo, desde luego, por el contrario, creo que todos, o la mayoría, queremos eso, pero me sorprendió enterarme de que tú también, porque nunca diste indicios de querer tal cosa* —comentó.

—Te repito que me tomaron desprevenida y exhausta, por eso di esa respuesta —le recalqué.

—*Ya...* —repuso y, por la forma en que lo dijo, supe que no me había creído del todo. Iba a argumentar al respecto, pero me pareció en vano, porque era probable que me embarrara aún más.

—*Bueno, ¿y qué harás ahora que ya te desligaste de toda la promoción del libro? ¿Comenzarás a escribir uno nuevo?* —me preguntó después.

—Es probable, pero no ahora mismo, sino en la semana, porque todavía estoy asentándome al regreso, y tengo cosas que hacer —le respondí.

—*Claro, sí, lo entiendo, tú tranquila y, cuando tengas una historia en manos, comenzarás.*

Tras colgar la llamada con Lisa, me quité el pijama y me puse el conjunto deportivo, recogí mi cabello en una cola de caballo y salí de mi edificio. Afuera, el día estaba soleado pero fresco, típico de diciembre, por suerte no había nevado, aunque era probable que lo hiciera, dado que

siempre nevaba entre diciembre y febrero, y a veces hasta en marzo, en esa zona del país.

Corrí por más de una hora, hasta que tuve suficiente y regresé a mi departamento. En cuanto entré me di un largo y relajante baño, y después me conecté a mi ordenador, no para escribir, porque todavía no estaba lista para empezar a trabajar en un nuevo libro, siempre que terminaba uno, y estaba en proceso de promoción, me tomaba un tiempo para comenzar con otro, pero me conecté, más que nada, para ver si tenía *emails* que, generalmente, eran de lectores y debía responderles, así que lo hice. Tenía veintidós mensajes que me habían llegado en las últimas horas (la noche anterior había respondido unos cincuenta). Cuando llegué al último, algo me llamó la atención, probablemente la presentación del mensaje, porque comenzaba así:

Querida señorita escritora Avery Willoughby:

Mi nombre es Serena Mackintosh, tengo ocho años y soy de un pueblo de Connecticut llamado Westport, aunque vivo a las afueras. Hace un rato, cuando estaba almorzando con mi padre, te vi en una entrevista en la que aparecías en Norwalk —está al lado de Westport—, y me pareció que eres una mujer muy bonita y dulce. Le he comentado esto a mi padre, y me ha dicho que él también lo piensa así, y él no piensa así de las mujeres, no desde que mi mamá murió hace dos años atrás, tenía cáncer, ¿sabes? Y murió rápidamente. Mi padre está triste desde entonces, más que yo, porque yo la extraño y estuve triste un tiempo, pero ya no, es decir, sigo extrañándola porque es mi madre y siempre la extrañaré, pero a mi padre se le nota mucho, ya no sonríe como lo hacía antes, tampoco ríe, desde que ella murió no lo he visto reír nunca. Cuando mi madre vivía solíamos salir por ahí, a cenar a un restaurante o en verano viajábamos o íbamos a la playa que está cerca de aquí, pero ahora todo lo que hace es trabajar, y después se queda encerrado en la casa. Durante alguna celebración, como su cumpleaños o el mío, o las festividades, no se lo pasa bien, puedo notar lo, es triste verlo así, ¿sabes? Mi abuela dice que hay que darle tiempo, que él estaba muy enamorado de mi madre, y nunca se imaginó que estaría tan poquito tiempo con ella, además de que él es bastante sentimental, y cuando ama a una persona lo hace para siempre. Como sea, hacía tiempo que no lo veía interesado en nada, hasta hoy, cuando te vimos en la televisión. Desde que murió mi madre, cada vez que ve la televisión lo hace sin mirarla realmente, como si su mirada estuviera fijada en la pantalla pero no estuviera mirando lo que ve, pero hoy prestó mucha atención a tu entrevista, aun cuando a él no le interesan mucho los escritores o los libros, en un momento hasta pareció que iba a sonreír al verte, lo cual me sorprendió, aunque no tanto, porque se nota que eres una persona dulce y tierna, además de bonita. Cuando la entrevista terminó, le pregunté si podía comprarme un libro tuyo, pero me dijo que no, porque son para adultos. Ni bien terminé de almorzar, me conecté a internet para buscar tus libros y fotos y saber cosas de ti: sé que vives sola en Nueva York y que tienes veintiocho años (mi padre tiene veintinueve), que antes de ser escritora trabajabas en un bar, en una tienda de objetos usados y en una librería, que eres originaria de Brooklyn y que quedaste huérfana siendo joven (lo lamento mucho por ti), y que no tienes hermanos (yo tampoco los tengo, así que vivo solo con mi padre), que te gustan los animales y mirar el cielo, a mí también me gustan los animales, tengo un perro San Bernardo llamado Polka Dot, es muy juguetón y también protector con los que quiere, ¿sabes? Mi padre también lo es, y sé que te he dicho que ahora está triste y apagado por la muerte de mi madre, pero también es un hombre bueno y tierno, le gusta hacer cosquillas y colocarte en sus hombros para hacerte pasear, jamás se enoja y nunca levanta la voz. Si lo conocieras, creo que te encantaría.

Ya te he dicho que nosotros vivimos a las afueras del pueblo; es un lugar muy tranquilo y lindo,

hay muchos árboles y pájaros y flores, te gustaría, eso creo, pues esa es la razón por la que te escribo, sé que tú siempre vienes por aquí cuando debes dar entrevistas y mostrar tus libros, además de que Nueva York no está lejos de aquí, a una hora, si no hay mucho tráfico, por lo que vamos seguido, bueno, desde que murió mamá hemos ido solo dos veces con él, y solo porque debíamos comprar cosas que no encontramos por aquí aunque, generalmente, yo voy con mi abuela, porque mi tía, la hermana de mi padre, vive allí, pero bueno, Westport está cerca, y pensé que tal vez, si vienes por aquí, podrías acercarte a visitarnos. Para llegar a nuestra casa debes tomar la misma carretera que la de Norwalk (ya que está al lado), y desviarte cuando veas un cartel que está junto a la calzada que tiene una flecha que dice "Casa de los Mackintosh". Es la única residencia que hay por la zona, así que la encontrarás rápidamente. A nosotros nos encantaría recibir una visita tuya, y tal vez a mi padre le haría bien conocerte, ¿qué dices? ¿Te gustaría venir? Si lo haces ven cuando puedas, pero puedes venir cuando quieras también, espero tu respuesta.

Con cariño, Serena Mackintosh.

Me quedé con la mirada fija en la pantalla, sin saber qué era lo que más me había sorprendido, si el hecho de que fuera extenso, o de que no me hubiera escrito para comentar sobre mis libros, o que fuera una niña de ocho años bastante articulada, o la invitación a su casa. Me dio pena leer que su madre había muerto; la mía había muerto cuando yo tenía cinco, por lo que la comprendía, y también era hija única como ella así que, tras su muerte, me había quedado viviendo con mi padre hasta que este enfermó, cuando yo tenía quince, y un año después murió y, entonces, me quedé completamente sola y fue horrible, porque no tenía ningún lazo familiar más que ellos.

Releí el *mail*, porque rezumaba mucha ternura. Iba a responderle, porque me parecía una grosería no hacerlo, pero debía confirmarle si iría de visita a su casa, y no lo haría, ya que me parecía fuera de lugar, y tampoco quería rechazarla, porque esa criatura ya bastante dolor tenía en su vida con su madre muerta, y su padre triste por la ausencia de esta, que me pareció mal decirle que no iría. Así que no le respondí, solo me desconecté del ordenador y traté de olvidarme del asunto.

Capítulo 4

Bennett no recordaba mucho de su vida antes de haberse casado con Felicity, es decir, desde luego que se acordaba, porque nadie olvidaba sus primeros años, pero él recordaba solo las cosas esenciales: que había nacido en Westport hace veintinueve años atrás, que era el primogénito de sus padres, y el hermano mayor de sus dos hermanos, Bryce y Beatrice, que había asistido a la misma escuela, y había tenido siempre dos mejores amigos. Que se había rehusado a ir a la universidad porque no le veía el sentido, ya que no le gustaba estudiar y, en su lugar, decidió encargarse de las tierras de su padre, este le cedió la mitad, porque los hermanos de Bennett no pensaban trabajar en ellas y decidieron ir a la universidad. Por lo que Bennett se encargó de trabajar en las tierras que estaban situadas a las afueras de Westport, aunque no es que labrara y cosechara cosas, más bien inspeccionaba que todos los trabajadores hicieran su trabajo, además de que debía llenar planillas y contactar con la gente que hacía negocios. Esa fue su vida por dos años: trabajo y descanso, porque pasaba tantas horas allí que terminaba fulminado. A veces salía con sus amigos, cuando estos regresaban de las ciudades en las que vivían, pero volvían cada vez menos que, de a poco, la amistad que tenían se volvió distante. Bennett sabía que ellos no tenían planes de regresar a Westport, vivirían en grandes ciudades, y trabajarían en corporaciones importantes, como casi todos los jóvenes que eran de Westport. Así que su vida social, más que reducida, era inexistente.

Una noche fue a un bar en Norwalk, como lo hacía cada vez que quería ver rostros nuevos. Norwalk era casi tres veces más grande que Westport, que contaba con veintiséis mil habitantes, y con más atracciones que este, dado que era una ciudad y no un pueblo. Así que fue a un bar a beber algo, escuchar música, y tal vez conocer a alguien, no es que fuera con esa idea en mente precisamente, pero era un muchacho de veinte años, las pocas relaciones que había tenido habían sido esporádicas y, desde que se había graduado de la secundaria, no había estado con nadie, porque había estado muy absorbido con su trabajo.

Llevaba más de una hora allí, y ya estaba pensando en marcharse, cuando vio, a través del espejo que estaba detrás de la barra, que tres muchachas habían entrado, y una de ellas despertó su curiosidad. La chica tenía la cabellera de color caramelo, era de estatura media y su piel era pálida y, a diferencia de las otras dos, no contaba con un físico atractivo, porque las otras dos eran altas con curvas generosas y senos prominentes, saltaba a la vista a dos metros de distancia,

pero la tercera era más bien de cuerpo regular, una muchacha común, en realidad. Se quedó mirándola desde ahí; ella se sentó con sus amigas en el taburete de al lado, por lo que volteó la vista hacia ella. Reparó en sus ropas: no eran costosas o provocativas, como las que llevaban puestas las otras dos, sino más bien comunes, lo cual lo hizo preguntarse por qué estaba con ellas porque, claramente, saltaba a la vista que desencajaba del resto. Tras un rato, las otras dos se unieron a unos muchachos, una de ellas se fue con uno de ellos, y la otra se quedó bailando con otro, por lo que la tercera quedó sentada sola, por lo cual vio su oportunidad de acercarse a ella. En cuanto lo miró, Bennett sintió una punzada de emoción en el pecho y, cuando sonrió, pensó que era lo más bonito que había visto en la vida. Viéndola de cerca, descubrió que tenía los ojos avellanas y la nariz pequeña, los labios rosados y no llevaba casi nada de maquillaje. Le contó que se llamaba Felicity, que tenía diecinueve años, era originaria de un pueblo de Nueva York, pero ya no tenía lazos allí, por lo que se había mudado a Norwalk para trabajar en una librería, y esas dos muchachas con las que estaba eran sus compañeras de piso, lo cual cobró sentido para Bennett, porque eso significaba que no eran amigas de ella por elección. Después le contó que estaba soltera, por lo que Bennett se atrevió a pedirle una cita y, para su fortuna, ella aceptó. Salieron al fin de semana siguiente a cenar, y no pasó mucho tiempo hasta que iniciaron una relación. Unos meses después, Felicity quedó embarazada y, a pesar de que fue una tremenda sorpresa, y de que ninguno de los dos estaba preparado para ello, era una alegría también, por lo que Bennett le propuso matrimonio, no solo porque estuviera embarazada y sintiera que tuviera que hacerlo por obligación, sino, más bien, porque el embarazo era una excusa a algo que llevaba tiempo deseando hacer, prácticamente desde que la había conocido, porque no podía no imaginar un futuro a su lado. Así que se casaron en una ceremonia sencilla, porque la familia de Bennett era pequeña, y ella prácticamente no tenía una. Bennett se puso a construir una casa a las afueras del pueblo, cerca de los campos en los que trabajaba, la cual estuvo lista a tiempo para cuando Felicity dio a luz. Sabían que sería una niña, pero no habían pensado en nombres, ambos acordaron que, en cuanto la vieran, mirarían a su rostro y, entonces, lo sabrían. Y en cuanto la niña salió del vientre de su madre, y esta la tuvo en sus brazos, los dos vieron ese rostro tan calmo, tan sereno, que de inmediato supieron, como si se hubieran conectado de manera telepática, que su nombre sería Serena. Así comenzó una nueva vida para Bennett junto a Felicity que, tal como su nombre, le daba felicidad, y junto a Serena que, tal como su nombre, le proporcionaba serenidad, y las dos juntas eran capaces de hacerlo sentir tan feliz, tan completo, que Bennett no pudo recordar si había tenido una vida antes de eso, porque sentía que su vida había comenzado en ese momento.

Capítulo 5

El lunes me dispuse a retomar mis actividades; generalmente escribía un rato por las mañanas, y otro rato por las noches, pero como todavía no empezaría a escribir debía ponerme a hacer otras cosas en su lugar, por lo que fui hacia el refugio de animales que estaba a la vuelta de mi edificio, en donde ayudaba; era algo placentero, dado que me gustaban los animales, y era gratificante porque los ayudaba, aunque todo lo que hiciera fuera bañarlos, darles de comer, llevarlos a dar un paseo, o simplemente difundiera sus fotografías por las redes sociales en busca de un hogar para ellos. Había considerado la idea de llevarme un perro y varios gatos, pero mi departamento no era muy grande como para tener tantos animales.

Por la tarde me puse a limpiar mi departamento; si bien me había ausentado por dos semanas no estaba sucio. Por suerte era pequeño, solo contaba con un *living* que, a su vez, oficiaba de comedor, y tenía una cocina pequeña enfrente, sin una puerta de por medio, un dormitorio y un pequeño salón que usaba como oficina, y un balcón, eso era todo y el salón más espacioso era el *living*, pero estaba bien para mí que vivía sola. Los muebles eran rústicos, y lo que más había eran flores que perfumaban el ambiente, y libros. Cuando terminé de acomodar todo, me desplomé en el sofá, con Emily Dickinson en mi regazo, a leer un libro mientras bebía una taza de té. En mi mundo no había nada más placentero que leer un libro en mi casa, o escribir.

Llegada la noche, calenté una sopa de pollo que la comí mientras veía *Mientras dormías*. Lisa solía decir que yo le recordaba a Lucy, la protagonista, y yo también lo creía así, porque vivía sola y tenía un gato y a veces me daban ganas de adoptar otros más, pero también porque, al igual que ella, yo estaba completamente sola en el mundo.

Una vez que me acosté, me quedé mirando al techo mientras pensaba en mis padres. A mi madre apenas la recordaba, porque había muerto cuando yo era muy pequeña, aun así tenía algunos recuerdos de ella, como de sus manos suaves, o de sus cabellos ensortijados que brillaban en el sol, o de su mirada compasiva, pero, en cuanto a su voz, apenas podía recordarla, y a veces me parecía que no la recordaba en realidad, sino que mi mente, en vez de conjurarla, lo que hacía era inventarla o algo así, y en cuanto quería traer a la memoria un recuerdo en concreto, solo aparecía el de un verano en nuestro patio de Brooklyn, pero también aparecía difuso, cada vez más, como si fuera desvaneciéndose con el tiempo y no hubiera forma de retenerlo, como si se me escurriera de las manos. Con mi padre la historia era diferente, desde luego, porque había muerto más de diez

años después pero, cada vez que lo recordaba, me embargaba una sensación de tristeza, probablemente porque después de la muerte de mi madre las cosas habían cambiado en la casa, quedamos los dos solos y, si bien no recordaba cómo había sido él antes, cuando mamá vivía, sospechaba que había sido diferente, más alegre, no es que después de eso hubiera sido un tipo furibundo o mal humorado, o que me levantara la voz o me regañara a menudo, porque nunca había hecho nada de eso, pero tampoco era una persona amorosa o expresiva, solo después de enfermarse, en sus últimos días, me dijo cuánto me quería, y que esperaba que tuviera una vida feliz. Sentí que las lágrimas estaban a punto de asomar, por lo que cerré los ojos y traté de dormirme.

La semana pasó de manera lenta y tranquila y, para cuando llegó el sábado por la tarde, pensé en qué podía hacer esa noche, porque no quería quedarme encerrada, dado que si bien el día estaba frío, y la noche lo sería aún más, tampoco quería quedarme en casa, ya que llevaba tiempo sin salir y necesitaba un quiebre con la rutina. Me puse a ver las nuevas obras y comedias musicales en el *New York Times*. Tomé mi teléfono móvil, disponiéndome a llamar a Lisa para que fuéramos a ver una y después a cenar, cuando el timbre de mi departamento sonó. Me pregunté quién sería pero, aparte del portero que me traía algún paquete de vez en cuando, o algún vecino que me comunicaba alguna noticia relacionada al edificio, nadie más venía hacia aquí, claro que podía ser Lisa, pero ella siempre me avisaba antes de venir, nunca caía de imprevisto. Entonces, cuando abrí la puerta, me sorprendió encontrar a una niña del otro lado. Era una niña preciosa, de cabellera lacia color caramelo, ojos avellanas y piel muy pálida, casi traslúcida, sus rasgos parecían esculpidos de lo bonitos y delicados que eran. Al principio, pensé que se trataba de una niña exploradora que iba a venderme galletas, pero no llevaba uniforme o un paquete en sus manos.

—¿Sí? —le dije.

—Hola —me saludó con una sonrisa algo bobalicona. Por un momento pensé que podía ser una niña con problemas mentales o falencias en el habla pero, luego, añadió—: Eres mucho más bonita en persona.

Yo me quedé mirándola extrañada y, después, caí en la cuenta de su actitud.

—¿Me conoces porque soy escritora? —ella asintió.

—Te vi en el canal 12 de Connecticut el domingo pasado —me contó.

—¿Ah, sí? —ella volvió a asentir sonriendo.

—Y ese día te envié un *email* —repuso, entornando el entrecejo, como preguntándose si lo recordaba.

—¿Serena? —le pregunté, porque ese era el único *email* que había recibido de una niña ese día o, más bien, esa fue la única vez que recibí el *email* de una niña. Ella asintió sonriendo—. ¿Qué haces aquí? —inquirí sorprendida.

—Vine a verte —replicó con naturalidad.

—¿Y con quién viniste? —indagué, mirando hacia el pasillo, pero no había nadie.

—Con mi abuela. Vinimos a ver a mi tía, pero les pedí que me trajeran para aquí —me explicó.

—¿Y te dejaron aquí sola? —ella asintió—. Pasa.

Me hice a un lado y ella entró de manera sigilosa. Era pequeña, bueno, tenía ocho años, así que su altura estaba bien para su edad, su complexión era delgada y llevaba puesto un vestido azul con medias negras por debajo, y unas botas bajas en los pies, por encima del vestido llevaba un abrigo claro y un bolso pequeño cruzado en el hombro izquierdo. Se situó junto al sofá y se quedó mirándome.

—¿Quieres quitarte el abrigo? —le pregunté y ella lo hizo. Lo colgué del perchero, que estaba junto a la puerta, y le indiqué que se sentara—. ¿Qué quieres de beber? ¿Un té, un café, o un chocolate caliente?

—Un chocolate estaría bien —replicó mientras apoyaba sus manos en el regazo.

—¿Con malvaviscos? —ella asintió—. Bien, ya lo preparo —musité, y me fui hacia la cocina, que estaba enfrente de ella. Eran de esas que no tenían puerta o paredes, por lo que ella podía verme desde allí mientras preparaba su chocolate, de hecho, estaba mirándome de forma curiosa. Emily Dickinson se apareció y se subió al sofá, al lado de ella.

—Oh, hola, gatita —le dijo Serena al tiempo que la acariciaba. Emily Dickinson se dejó acariciar por ella, porque le agradaba que lo hicieran y le gustaba conocer gente—. ¿Cómo se llama?

—Emily Dickinson —le respondí mientras vertía el cacao con la leche, luego puse agua en otra taza para prepararme un té para mí, y un plato con masas dulces y los coloqué en una bandeja.

—¿Como la poeta? —inquirió.

—¿La conoces? —le pregunté mientras llevaba la bandeja hacia donde estaba ella.

—Mi madre trabajaba en una librería y le gustaba mucho esa poeta —me contó y me dio ternura escucharlo, porque Emily Dickinson era una de las razones por la cual me convertí en lectora y escritora, aunque yo no escribiera poemas y no fuera tan buena escritora como ella.

Puse la bandeja encima de la mesita que estaba enfrente y le serví su taza de chocolate.

—Gracias —musitó sonriendo de forma educada.

—Sírvete lo que quieras de comer —le dije después y ella asintió mirando al plato que contenía las masas—. Así que viniste con tu abuela.

—Sí. Mi tía Bea vive aquí, así que a veces venimos a verla.

Recordé que había mencionado esa parte en su *email* y, de repente, me percaté de que no le había respondido.

—¿Sabes? Quise responderte el *email*, pero he estado muy ocupada —le mentí aunque, en cierta forma, me había olvidado de hacerlo o, más bien, había tratado de no pensar en ello debido a su propuesta, y al hecho de que no quería romperle el corazón a una niña.

—Descuida. Sé que eres una escritora importante y supuse que debes estar muy ocupada —dijo de forma relajada que me produjo ternura; parecía ser una niña muy inteligente, dulce y educada—. ¿Sabes? Mi madre solía contarme de algunos escritores a los que conocía en la librería en la que solía trabajar. Yo le preguntaba cómo escribían sus historias, y ella me decía que eso era

diferente para cada escritor, las inspiraciones y el proceso de escritura y todo eso.

—Eso es muy cierto —repuse y ella sonrió. Se le formaban unos hoyuelos pequeños en las mejillas cuando sonreía que la hacían verse más tierna.

—Me gusta tu departamento —comentó mirando alrededor.

—Oh, gracias, es pequeño, pero está bien para mí —le dije y ella asintió.

—¿Y en dónde escribes? ¿Aquí? —me preguntó.

—No, detrás de esa puerta está mi escritorio —repliqué señalando con la mirada hacia la puerta que estaba al lado de mi dormitorio.

—¿Y cuántas horas escribes por día? —Me sorprendió con la pregunta para su edad, pero se notaba que era una niña tan madura como dulce, es decir, te parecía adulta pero, al mismo tiempo, inocente.

—Entre seis y ocho. Un poco a la mañana y otro poco a la noche —le contesté y ella asintió.

—¿Y cuánto tiempo te lleva escribir un libro? Es decir, leí en un par de entrevistas tuyas que entre un par de meses y un año.

No pude evitar volver a sorprenderme por la precisión de su observación.

—Pues sí, es cierto. El primero me tomó alrededor de un año, pero porque era el primer libro que escribía y era nueva en esto, pero ahora generalmente meses, aunque después debo revisar, o sea, corregir, y eso también me toma un par de meses —le conté y ella sonrió.

—Parece ser una profesión muy interesante —comentó y yo sonreí.

—Lo es. ¿A ti te gusta leer?

—Oh, sí, me encanta leer. Desde pequeña mi madre me leía, desde que yo estaba en su panza, de hecho —repuso sonriendo.

—¿Y cuál es tu libro favorito? —le pregunté.

—Hummm, tengo varios, pero *Madeline* es mi preferido, porque es una niña muy valiente e intrépida, y vive muchas aventuras con sus amigas y su perro en el internado. Siempre quise vivir en un internado para niñas —me contó.

—¿Y vas a la escuela o eres instruida en tu casa? —inquirí mientras tomaba el plato con masas; tomé un *muffin* y le ofrecí a ella, que tomó un macaron.

—Voy a una escuela en Westport llamada Greens Farms, pero está en el pueblo y yo vivo a las afueras. —Yo asentí, dado que recordaba que lo había mencionado en el *email*.

—¿Y te gusta esa escuela?

—Sí, es decir, no está mal. Tengo dos amigas y me gustan las clases —repuso.

—¿Y qué más haces, aparte de ir a la escuela? —interrogué.

—Pues antes solía tomar clases de natación, pero luego me aburrí de ellas, y también de piano, aunque no me gustaba mucho, así que todo lo que hago ahora es ir a clases y regresar a casa —replicó—. Ah, pero en verano voy a un campamento cerca de allí.

—Qué bien. Yo nunca fui a un campamento cuando era niña, supongo que porque en esa época no había en Brooklyn —comenté y ella sonrió.

—¿Y tú qué haces aquí, además de escribir? —me preguntó con interés.

—Pues leo, a veces investigo, visito un refugio de animales casi todos los días, y voy a correr al Central Park —repliqué y ella sonrió.

—¿Y tienes amigos?

—Solo una, es mi agente literaria y se llama Lisa.

—¿Y vas seguido a Connecticut cuando debes visitar las librerías? —inquirió después.

—Hummm, no tan seguido, es que esas visitas que hago son generalmente cuando estoy promocionando un libro, lo cual ocurre una vez al año, o cuando me invitan para eventos literarios —le respondí. Ella me miraba con atención mientras hablaba, como si fuera una niña muy atenta.

—Ah... ¿y pasaste por Westport cuando fuiste a Norwalk? —indagó.

—Sí, claro, vine directo desde allí y pasé por varios pueblos de ese Estado, pero reparé bien en Westport porque era el pueblo contiguo a Norwalk, y me pareció muy bonito, por lo poco que vi. Tiene una playa, ¿verdad?

—Ajá, es la Playa Compo, mucha gente va en verano, algunos a nadar y otros a remar, hay botes y todo —me contó de forma orgullosa.

—¿Y tú vas a nadar allí?

—No, soy muy pequeña todavía, pero sí voy a la playa con mi padre, o con mis amigas y sus padres —repuso.

—Claro. ¿Y qué hacen tú y tu padre cuando están solos? —le pregunté con curiosidad.

—Pues comemos juntos, a veces lo acompaño a hacer la compra aunque, generalmente, quien se ocupa de eso es Noreen, una señora que limpia la casa y cocina, y los fines de semana vamos a algún lado cerca de allí, a comer en lo de mis abuelos, o a pasear con Polka Dot por la zona. Hay muchos prados y colinas por ahí —dijo sonriendo.

—Polka Dot es tu perro, ¿verdad? —ella asintió—. ¿Hace mucho que lo tienes?

—Desde hace dos años. Mi padre me lo compró al poco tiempo de que mi madre muriera. Se me encogió el corazón al oír eso. La imaginé regresando a una casa que se sentía vacía por la ausencia de su madre y tener que atravesar el día a día junto a su padre.

—¿Y te gustan los gatos? —interrogué viendo que había terminado su chocolate y, de nuevo, estaba acariciando a Emily Dickinson, quien había apoyado su cabeza en el regazo de la niña.

—Sí, me gustan mucho, pero mi padre temía que fuera alérgica a ellos, además de que quería un perro porque son más protectores y pueden acompañarte si vas a algún lado —repliqué.

—Eso es cierto —convine mientras depositaba la taza vacía en la bandeja.

—Pero, de todas maneras, no creo ser alérgica a los gatos, así que tal vez le pida que me compre uno.

—Esta es muy cariñosa, y es una gran compañía —le conté.

—Y cuando tú quieres hablar con alguien, ¿con quién lo haces? —inquirió con curiosidad.

—Pues con mi amiga Lisa, y si ella no está disponible, pues no hablo con nadie —le contesté y ella se quedó mirándome con expresión seria, como escrutándome el rostro.

—Yo hablo con mi padre, o con mi abuela, mi tía Bea, o con mis amigas pero, a veces, me gustaría hablar con mamá, ¿sabes? —yo asentí, porque la comprendía muy bien en ese sentido.

—Cuando era niña también quería hablar con mamá, en especial cuando se trataba de cosas de chicas —le confesé, porque necesité hablar con ella cuando me vino la regla por primera vez, o cuando quería que alguien me acompañara a comprar un vestido para algún baile de la escuela, o cuando simplemente necesitaba hablar con alguien en casa porque con papá no podía hacerlo.

—¿Y ahora no?

—Es diferente, es decir, porque murió hace tanto que apenas la recuerdo —repuse y ella asintió.

—¿Y a tu padre también lo extrañas? Porque él murió después, ¿verdad?

—Claro, pues sí, también lo extraño y, como murió diez años después de mi madre, lo recuerdo más.

Ella se quedó mirándome con esa expresión seria de nuevo, e iba a preguntarle qué estaba pensando, pero justo llamaron al timbre. Me levanté y me acerqué al intercomunicador y, del otro lado, descubrí la voz de una mujer, algo alterada, preguntando por Serena.

—Es mi abuela —me dijo ella, saltando del sofá como si hubiese tenido un resorte en el trasero.

Yo oprimí el botón del intercomunicador para hacerla subir y después me dirigí a Serena:

—¿Por qué está tan alterada? ¿Acaso no sabe que estás aquí?

—Ella fue con mi tía Bea a hacer compras, y yo les dije que venía para aquí, de hecho, hasta les di la dirección, pero ellas no me acompañaron —me confesó mientras se encogía de hombros.

—¿O sea que te escapaste? —le pregunté y ella asintió. Iba a regañarla, aunque apenas la conociera y me agradara mucho, pero justo llamaron a la puerta, con golpes demasiado bruscos, que la abrí rápidamente. Del otro lado encontré a una mujer de mediana edad, de cabellera rubia ceniza con ojos azules, que iba vestida de forma elegante, pero tenía el rostro completamente desencajado, la acompañaba una muchacha joven, de melena castaña clara y ojos avellanas, como los de Serena. La mujer entró sin que la invitara y se acercó a Serena.

—Dios mío, Serena, ¿por qué hiciste eso? ¿Por qué te apartaste de nosotras? —le espetó al tiempo que la sacudía de los hombros—. ¿Acaso no sabes los peligros que hay en esta ciudad? Esto no es Westport, aquí cualquiera puede hacerte cualquier cosa.

Los ojos de Serena estaban abiertos de par en par, como si la escuchara de forma atenta, pero no como si estuviera asustada.

—Pero yo les dije que venía para aquí, y ustedes ni me prestaron atención, solo me decían que después vendríamos, pero me lo dijeron sin mirarme siquiera, cuando ustedes dicen así no cumplen con lo que les pido, así que decidí venir sola porque, de todas maneras, ustedes estaban a unas cinco cuadras de aquí y, además, este vecindario es seguro, de acuerdo a internet, y yo sabía que Avery estaría aquí y que me recibiría, porque es una escritora seria y no una lunática que me venderá a un grupo de tratantes de blancas, o una psicópata que me cortará en trocitos para luego

dárselos a su gata.

No sé qué me sorprendió más, si el argumento bien fundamentado de Serena, o su tono, que había subido unas cuantas octavas. Las tres adultas nos quedamos calladas, con el semblante estupefacto, y después la abuela y la tía volvieron la vista hacia mí.

—Yo... no estaba al tanto de que no sabían que vendría, es decir, ella me dijo que les había avisado, pero pensé que estarían de acuerdo con ello —me excusé porque era verdad y, además, Serena ya se había explicado por su parte.

—Ya... sí, te creo —dijo la abuela esta vez más calmada—. Pero es que no puedes hacer eso, Serena, esta ciudad es inmensa, y hay mucha gente mala dando vueltas por ahí, te podrían haber secuestrado de camino hacia aquí. No sé cómo le explicaré esto a tu padre, le dará un infarto cuando se entere.

—Entonces es mejor que no le digas nada —repuso su hija, que se había quedado parada en el umbral de la puerta, a mi lado.

—Yo no le oculto cosas a papá y tú bien lo sabes —le replicó Serena, volviendo a adoptar ese tono de adulta. Me pregunté si era así con todos o solo con sus más allegados.

—Ya... bueno, entonces prepárate para recibir una buena regañina —le respondió su tía y después me miró a mí—. Por cierto, soy Bea, la tía de la niña determinada.

—Es un placer. Yo soy Avery —le dije y ella sonrió.

—Yo soy Barbara —se presentó la abuela—, y disculpa mi exabrupto, querida, pero comprenderás que me alarmé al no encontrarla.

—Descuide, lo entiendo perfectamente —musité.

—Bueno, ahora nos iremos porque debemos ir a cenar con tu tía y después regresaremos a Westport —le dijo su abuela a Serena. Yo tomé su abrigo del perchero y se lo entregué. Ella se lo puso y se quedó mirándome.

—¿Puedo dejarte mi número de teléfono? —me preguntó.

—Desde luego —le contesté. Tomé mi teléfono móvil y me dispuse a agendarlo, pero extendió su mano, por lo que se lo di y lo agendó ella misma.

—Si puedes enviarme un mensaje o llamarme para que quede agendado, sería genial —repuso y me pregunté si ese móvil sería de ella o de su padre, porque hoy en día hasta los niños de cuatro niños, que apenas sabían escribir, tenían móviles.

—Te agradezco que la hayas recibido y la hayas atendido tan bien —expresó la mujer.

—No tiene nada que agradecer. Es una niña muy encantadora —repliqué, porque era cierto.

—¿Sabes? Me estuvo hablando mucho de ti en el viaje de camino hacia aquí. Dice que te vio en el canal de Norwalk, hablando de tu nuevo libro y que te escribió, pero no le respondiste. Yo le dije que de seguro era porque estabas ocupada, o que tal vez no leías los *emails* que recibías, y dijo haber conseguido tu dirección y que vendría a verte, pero creí que bromeaba —comentó—. ¿Tú escribes libros para niños?

Yo me quedé mirándola un momento y después negué con la cabeza.

—No, son novelas para adultos, en realidad.

La mujer miró a su nieta y esta solo se encogió de hombros.

—Bueno, vamos, que tenemos cosas que hacer. De nuevo, gracias —me dijo y yo asentí. La tía Bea se despidió de mí y, antes de saludarme, Serena me pidió que me agachara para estar a su altura y decirme algo.

—Me escribirás, ¿verdad?

—Sí, te prometo que ahora lo haré —le aseguré, porque no tenía escapatoria.

—Y sigue vigente la invitación para que vayas a visitarme a mi casa en Westport —añadió.

—De acuerdo —le dije y ella sonrió, después se inclinó hacia mí y me dio un fuerte abrazo. Yo me aferré a ella y sentí un revoltijo de emoción en mi interior. Hacía tiempo que no abrazaba a alguien de esa manera, a la única persona a la que abrazaba desde hacía más de dos años era a Lisa, antes de eso casi a nadie, y las demás personas a las que saludaba era debido a mis libros, librerías y lectores, pero nunca era nada personal, sino relacionado a mi profesión y, en este caso, sentía que ese abrazo era personal y, a pesar de que la visita de Serena había sido imprevista y sorpresiva, me agradaba que lo hubiera hecho y, por un momento, quise quedarme aferrada a su abrazo y que no se marchara.

Capítulo 6

Tras la llegada de Serena, la casa se llenó de una luz especial y, más precisamente, las vidas de Bennett y Felicity. El amor que ambos sentían parecía haberse dilatado y sus corazones haberse ensanchado. Todo era alegría a rebosar, nada parecía ser malo, no parecía haber maldad en el mundo, había mucha luz y paz. Serena, tal como su nombre, era una niña muy calma, dormía plácidamente por las noches, y los dejaba dormir a sus padres, solo lloraba cuando quería algo, como todo recién nacido. Sus ojos parecían estar cargados de la curiosidad con la que los niños llegaban al mundo, como tratando de dilucidar en donde estaban, y por qué ya no vivían dentro de una cápsula oscura y ahora todo era claridad, y quienes eran esas dos personas que siempre la estaban mirando de forma tan tierna y atenta, aunque ya sentía una conexión profunda con ambos. El mundo de Bennett había cambiado considerablemente en poco tiempo, tanto que esta nueva vida le parecía de ensueño. El tiempo pareció transcurrir de forma lenta al principio pero, cuando menos se dio cuenta, Serena ya tenía un año. Era una niña preciosa y bastante despierta. Bennett le atribuía ambas cualidades a Felicity, porque él no se consideraba hermoso o inteligente, pero la verdad era que Serena solo tenía de su madre el cabello caramelo y el contorno del rostro, por lo demás era igualita a su padre. Felicity quería volver a trabajar en la librería, pero Bennett le había dicho que era mejor que se quedara en la casa a cuidar de la pequeña, quien requería de toda su atención. De todas maneras, no era como si estuviesen ajustados con el dinero, de hecho, a Bennett le iba muy bien en ese aspecto, dado que las tierras en las que trabajaba eran prósperas, así como sus negocios, así que el aspecto económico no era un problema en lo más mínimo, en realidad, no parecían haber preocupaciones en absoluto en su vida y a veces se preguntaba si era correcto que fuera así, y cuánto tiempo duraría. Duró por más de cinco años, cuando un día, Felicity fue al médico porque tenía dolores de estómago, algo que no la preocupó, porque creyó que podía estar embarazada de nuevo, ya que con Bennett llevaban tiempo intentando tener otro hijo, pero cuando el médico les dio el diagnóstico, el mundo se les vino abajo. Bennett se negó a aceptar esto, y le exigió al médico que volviera a examinarla, y hasta amenazó con llevarla a ver a otro especialista, y así lo hizo, y este solo le confirmó el diagnóstico terminal. Así, su vida perfecta comenzó a resquebrajarse, y no pasó mucho tiempo hasta que Felicity murió y, entonces, todo su mundo se tornó en penumbras y, de no haber sido por Serena, quien le proporcionaba luz, habría caído en una profunda oscuridad.

Llevaba mucho tiempo sin salir, en parte porque no tenía ganas de hacerlo, y también porque tenía una hija pequeña de la cual cuidar aunque Serena, generalmente, se iba a la casa de su abuela, la madre de Bennett, los sábados, y se quedaba a dormir allí, por lo que regresaba el domingo. Así que él se quedaba solo, viendo una película o las fotografías de Felicity, lo cual lo sumergía en un estado depresivo, que lo único que le apetecía después era acostarse a dormir para soñar con ella. Pero esa noche, tras comer una pizza, solo (porque Serena se había quedado a dormir en su abuela de nuevo), decidió que, en vez de quedarse encerrado, saldría a algún lado, por lo que se subió a su Land Rover y partió rumbo a Norwalk, porque hacía tiempo que no iba hacia allí, más que nada porque le recordaba a Felicity, ya que ahí la había conocido. Escogió un bar con música ruidosa, se sentó en la barra y ordenó una cerveza. Generalmente solo bebía cerveza los sábados por la noche, cuando se quedaba solo en su casa, y solo una lata, nada más. En el ambiente empezó a sonar una canción de David Bowie, que Bennett recordó haber bailado con Felicity en la boda de su hermano Bryce. Felicity era una de las damas de honor, ya que había congeniado muy bien con Paige, la esposa del hermano de Bennett, por lo que llevaba puesto un vestido coral corto sin tirantes que Bennett encontró muy sexy, dado que exhibía sus delgadas piernas y sus hombros tonificados. Para Bennett, ella era la mujer más hermosa y sexy que existía, no había discusión en ello, además de que era la persona más cálida y dulce que conocía. Comenzó a sentir una oleada de tristeza que por poco le llegó a los ojos, por lo que sacudió la cabeza y desvió la mirada para tratar de distraerse, cuando notó que, del otro lado de la barra, una muchacha estaba mirándolo. De inmediato se acercó a él y se sentó a su lado. Eso de iniciar una conversación con alguien del sexo femenino, en un ambiente como ese, era algo en lo que había perdido tacto, pero la muchacha parecía interesante, y guapa, muy diferente a Felicity, demasiado bronceada y exuberante, además de que se notaba que era descarada; no era su tipo, pero en ese momento eso no importaba. Estuvieron un largo rato conversando de cosas banales hasta que ella le sugirió, de manera directa y guiñándole un ojo, que se fueran a otro lado, a uno más privado. Bennett estuvo a punto de darse la vuelta y salir corriendo de allí, pero algo lo detuvo, probablemente el hecho de que llevaba tiempo sin estar con alguien y, aunque por dentro estaba algo apagado, su cuerpo sentía que necesitaba un contacto íntimo con alguien del sexo opuesto. Bennett lo pensó un momento, básicamente porque era hombre y tenía necesidades, pero por muy tentado que hubiera estado (o muy poco, en este caso), declinó su oferta, pagó por lo que había bebido, se despidió de la muchacha (quien claramente había quedado atónita de que la rechazaran y hasta algo enfadada por ello), se subió a su camioneta y se marchó a su casa. En el camino se dio cuenta de que no estaba preparado para estar con nadie, ni de manera casual o seria, porque Felicity todavía estaba con él, de algún modo, y porque sentía que si estaba con alguien traicionaría su memoria o los recuerdos que tenía con ella. Así que se recordó a sí mismo no volver a salir, porque no tenía interés de estar con nadie.

Capítulo 7

Al final esa noche salí con Lisa. Fuimos a ver una obra musical, y después a cenar a un restaurante de la sexta avenida. Mientras comíamos, la puse al tanto sobre lo acaecido esa tarde y ella me miró extrañada.

—Dices que una niña, admiradora tuya, se presentó así como así en tu casa, y sin supervisión adulta —dijo con incredulidad mientras parpadeaba.

—En realidad, no es una admiradora, ni siquiera es una lectora, ya que nunca leyó mis libros, porque es muy pequeña para hacerlo —la corregí—. Pero sí, se apareció de la nada y sin supervisión adulta, de hecho, no sabes la que se armó cuando su abuela y su tía se aparecieron. Es que son de un pueblo de Connecticut y solo andaban paseando, dado que la tía vive aquí.

—¿Y cómo consiguió tu dirección? —me preguntó.

—Pues figura en las páginas blancas, como la mayoría —señalé mientras tomaba mi copa de bourbon.

—Habrá que pagar un dinero extra para que esa información no esté expuesta a cualquiera —sugirió.

—De todas maneras, era una niña dulce e inofensiva, que solo quería conocerme —repuse.

—Ya... pero lo que no entiendo es por qué, si dices que es muy pequeña para leer tus novelas, ¿qué fue lo que le despertó tanta admiración en ti como para escribirte invitándote a su casa y, encima, aparecerse en tu departamento de manera inesperada? —inquirió.

—Pues creo que tiene que ver con su padre, porque su madre murió hace dos años y, por ello, su padre ahora está solo y, por lo que me escribió en el *email*, me pareció que le está buscando novia.

Lisa se quedó mirándome un momento, y después profirió una risita.

—¿O sea que tú eres la candidata que seleccionó? ¿O te estás disputando ese puesto con otras? —indagó con sarcasmo.

—No lo sé, hoy no hablamos de eso, pero en el *email* me contó lo triste que está su padre, porque enviudó siendo joven y perdió al amor de su vida, y que ya no es el mismo desde entonces.

—Oh, pobrecillos —musitó Lisa al tiempo que se llevaba la mano al pecho, con expresión lastimera.

—Sí, a mí también me dio pena, por ambos aunque, probablemente, más por la niña, porque sé

lo que es perder a tus padres siendo joven, más a tu madre y no tener más memorias con ella o no poder hacer planes —repuse y Lisa asintió con la misma expresión—. Pero, por lo que me dijo, y por lo que vi hoy al conocerla, se nota que es una niña feliz, o no sé si feliz, ya que solo la vi por un corto tiempo, pero no me pareció triste. Es una niña muy educada, articulada y dulce.

—Pues, por lo que me cuentas, eso me pareció —comentó ella.

—Y, a pesar de que ya no esté triste por la muerte de su madre, tal vez no solo le esté buscando novia a su padre, sino también una madre o una figura materna para ella —repliqué, y no sería nada extraño porque, tras la muerte de mi madre, yo solía orbitar alrededor de mis vecinas adultas esperando que mi padre se casara con alguna de ellas, así yo tenía una madre de nuevo.

—Claro, es comprensible, si es tan pequeña —musitó Lisa—. ¿Y, entonces, dijo que volverá a visitarte otro día?

—No, pero sí me dejó su número y me pidió que le escribiera o la llamara, y también me recalcó que la invitación a su casa sigue vigente —le conté.

—Ja, ¿y piensas ir? —me preguntó en tono burlón.

—No, desde luego que no, pero sí le escribiré o la llamaré porque, en cierta forma, siento que se lo debo.

—Claro, bueno. ¿Qué puedo decirte? Es extraño, pero dulce a la vez.

—Sí, lo es —convine.

—Oye, y tal vez el padre sea guapo, y dice que es joven. A lo mejor podrías hacerles una visita —comentó en tono burlón.

—Y aun si así fuera, no me interesa involucrarme con un viudo doliente —musité.

—Ya... bueno. Oye, y hablando de hombres, ¿qué te parece si vamos a un bar en la cincuenta y ocho? Siempre van tipos guapos —repuso en tono expectante.

—No lo sé, es una noche muy fría —señalé, ya que era cierto, estaba helando, en realidad, y nada me apetecía más que regresar a mi casa y arrebujarme bajo las mantas con un libro en las manos.

—Vamos un rato, dado que hace mucho que no salimos. ¿Cuánto tiempo llevas sin estar en contacto con un muchacho? ¿Meses, un año? —asentí, ya que llevaba más de un año sin estar con alguien—. Pues esta es una buena oportunidad para ello, de todas maneras, no tiene que acabar en nada serio y si es así todo bien, ¿verdad?

Yo solo me encogí de hombros, porque no había pensado mucho en ello, más que nada porque me había desencantado de los hombres, no es que hubiera sufrido decepciones, más bien no había tenido una relación lo suficientemente seria como para atravesar por un fiasco amoroso. Según Lisa, yo estaba emocionalmente cerrada, y llevaba tanto tiempo sola en la vida que ya no sabía cómo estar con alguien y, en cierta forma, debía darle la razón.

Al final fuimos a ese bar; había mucha gente, desde luego, y la mayoría comprendían la franja etaria de entre los veinte y la cuarentena, así que estaba bien para nosotras. Lisa se puso a charlar con un muchacho junto a la barra, y yo me quedé sentada en un taburete, mirando al público,

cuando un muchacho se acercó a mí. Tenía treinta años y trabajaba en una agencia publicitaria, su piel era cetrina y tenía el cabello oscuro corto. Me contó que tenía descendencia brasileña por parte de madre, y mexicana por parte de padre, pero él había nacido en Estados Unidos, en Florida, más precisamente. Tenía una linda sonrisa y unos ojos muy brillantes. Nos fuimos hacia su piso porque queríamos beber algo en un sitio más privado, y no pasó mucho tiempo hasta que terminamos a los besos. La atmósfera de la habitación fue tornándose cada vez más íntima, hasta que nos desplazamos a su dormitorio, en donde terminamos debajo de las sábanas y, a pesar de que lo disfruté, una vez que terminamos me sentí algo miserable o vacía, no sabía por qué, dado que siempre disfrutaba del sexo, probablemente se debía a que llevaba tiempo sin hacerlo, pero me sentí tan incómoda que me vestí y me fui de allí sin dejarle a ese muchacho mi número siquiera porque, de todos modos, no me interesaba volverlo a ver.

Capítulo 8

Si bien apenas había bebido una copa de alcohol la noche anterior, el domingo por la mañana, Bennett se despertó sintiendo que la cabeza le daba vueltas de forma vertiginosa. Probablemente se debía al hecho de que hacía mucho que no salía, y de que no se relacionaba con una muchacha. Se recordó no volver a hacerlo, por lo menos no de momento.

Tras ir al baño, y cambiarse de ropa, fue hacia la cocina a prepararse una taza de café; allí encontró a Noreen, la mujer que hacía el aseo, quien estaba limpiando.

—Buenos días, Noreen —la saludó de forma educada.

—Buenos días, Bennett —le dijo ella de forma animada.

Noreen había llegado a sus vidas hacía ocho años atrás, tras que Serena naciera, porque las tareas hogareñas eran demasiadas para Felicity, que debía cuidar de una niña pequeña, además de que la casa era grande: contaba con un recibidor, una cocina, un *living*, un comedor, tres dormitorios, un salón de aseo, un sótano y dos habitaciones que estaban en la planta alta que no se ocupaban, y todas eran bastante espaciosas. La madre de Bennett les había recomendado a Noreen, una mujer del pueblo que a menudo realizaba esas tareas en algunas casas, aunque solo de manera esporádica y, como llevaba tiempo desempleada, la contrató de forma permanente, de todas maneras ella iba por las mañanas temprano y para el mediodía ya se marchaba a su casa.

Bennett se sentó en el taburete, junto a la mesada, a beber su café mientras leía el periódico local. Era una costumbre que había adoptado de su padre, quien cada mañana, tras levantarse, lo primero que hacía era tomar una taza de café, sentarse en un taburete y ponerse a leer el periódico, aunque eso no era nada fuera de lo común, la mayoría de los hombres de Norteamérica lo hacían pero, a diferencia de sus hermanos, solo Bennett había adoptado esa costumbre de este. Generalmente leía media hora hasta que acababa su café, y después se iba a trabajar, pero ese día tenía libre, así que se prepararía un desayuno succulento basado en huevos revueltos, panqueques y frutas, porque trataba de ingerir todo tipo de proteínas. Eso era algo que le había prometido a Felicity antes de que muriera, entre otras cosas, como hablarle mucho a Serena de ella, así sabía lo más posible sobre su madre, y como seguir adelante cuando estuviera preparado para ello y formar una familia de nuevo, algo que Bennett no veía posible, y tampoco quería. Leyó sobre dos casos de robos frustrados en Norwalk, y acerca de varias acusaciones de acoso sexual a un ejecutivo de esa ciudad, de Westport no había nada de eso, solo reformas en los parques y

posibles inauguraciones de algunas tiendas. Estaba a punto de cerrar el periódico cuando se topó con la sección literaria, recordó que Felicity siempre tomaba el periódico para ver eso, dada su afición a los libros. Bennett solo escaneó la página, porque no tenía mucho interés en ella, cuando algo le llamó la atención. Aguzó bien la vista y reconoció a la escritora a la que había visto en la televisión el domingo anterior, solo aparecía su fotografía junto a su nuevo libro. Leyó la sinopsis a grandes rasgos, y luego se quedó mirando fijamente a su fotografía.

Cuando terminó de desayunar se fue a ver a Polka Dot, porque generalmente el perro dormía en el dormitorio de Serena, a pesar de tener su propia casita en un rincón del pasillo. Tras darle de comer, Bennett tomó su abrigo, y juntos salieron de la casa para dar un paseo matutino por los alrededores. Como la casa de Bennett era la única por esa zona, todo lo que se extendía ante ellos eran miles de hectáreas de tierras verdes, rodeadas de árboles altos, sicomoros y álamos americanos, en su mayoría, y colinas que resguardaban todo. El cielo era una lámina gris, semejante a la nicotina, y el sol no hacía ni amagues de asomarse en aquel día. Hacía frío, como era usual en diciembre, y una brisa helada le acariciaba las mejillas que tenía descubiertas. Mientras caminaban, Bennett recordó la primera vez que caminó con Felicity por allí, cuando la llevó a conocer las tierras en las que trabajaba, y el lugar en donde quería construir una casa para ambos. Ella todavía no estaba embarazada, de hecho, llevaban saliendo solo dos meses, pero Bennett ya podía vislumbrar un futuro a su lado. Suspiró mientras recordaba todo eso, porque no había cosa que no le recordara a su esposa, en especial en esa zona.

Caminaron un buen tramo con Polka Dot, y después dieron la vuelta para regresar a la casa. Mientras se acercaban, vio a un auto aproximarse y se percató de que era su madre que traía a Serena. La pequeña lo vio desde el auto, por lo que se bajó rápidamente y fue corriendo hacia él. Bennett abrió los brazos y la atrapó cuando se abalanzó encima de él, la estrechó fuertemente, como si no la hubiese visto en mucho tiempo, pero la verdad era que, cada sábado que se iba a la casa de sus padres, no podía esperar a que regresara. Su hija lo abrazó, después se hizo a un lado y lo besó en la mejilla haciendo ruido, como siempre lo hacía cuando lo besaba.

—Yo ya me voy porque debo ir a la iglesia —le gritó su madre desde adentro del auto. Bennett asintió y ambos se despidieron con la mano desde allí. Después, los tres se encaminaron hacia la casa y entraron justo a tiempo para despedir a Noreen, que ya se marchaba.

—En el horno quedó pasta con pollo y papas, y en la nevera puse una cazuela de raviolis de verduras —le informó Noreen, dado que ella siempre dejaba preparado el almuerzo y la cena para que Bennett la calentara a la noche.

—De acuerdo, Noreen, muchas gracias —le dijo Bennett. Tras que ella se despidiera, los dos se fueron al comedor, en donde Bennett sirvió la comida y comenzaron a comer.

—¿Y qué tal te fue en la casa de tus abuelos? ¿Fueron a ver a la tía Bea? —le preguntó Bennett a Serena.

—Me fue bien, y sí, fuimos a Nueva York a ver a la tía Bea —le respondió Serena a las dos preguntas, si le hacían tres o cuatro preguntas de una vez, ella respondería a todas juntas.

—¿Y qué tal está? ¿Hay alguna novedad? —inquirió.

—¿De su vida? Nada, solo contó que está esperando una promoción en su empleo —comentó Serena. De sus dos hermanos, Bea era la única que no se había casado, de hecho, desde que se había graduado de la universidad que no había tenido una relación seria, y ahora estaba más enfocada en su carrera de abogada que en otra cosa.

—Bueno, ojalá la consiga —repuso Bennett y Serena asintió, después se quedó mirándolo fijamente—. ¿Qué? —le preguntó Bennett, porque cuando Serena lo miraba de esa forma, era porque quería decirle algo.

—Hay algo que debo contarte —le dijo, tal como lo esperaba—. Ayer por la tarde fui con la abuela y la tía a comprar cosas en la zona este de Manhattan, cerca de la casa de la tía.

—Oh, ¿y compraron algo interesante? —indagó Bennett, pensando que eso era lo que quería contarle.

—No lo sé. Es que eran unas de esas tiendas con cosas para la casa, que me aburrí —replicó y Bennett asintió.

—¿Entonces qué fue lo que ocurrió?

—Yo estaba tan aburrida que me fui a visitar a alguien.

Bennett se quedó mirándola extrañado, dado que en Nueva York Serena no tenía conocidos más que su tía.

—¿A quién? —le preguntó con curiosidad.

—¿Recuerdas a la escritora que apareció en la televisión el domingo pasado? Pues a ella —le confesó y Bennett se quedó mirándola confundido.

—¿Fuiste sola?

Su cadencia se tornó consternada cuando se percató de ello. Serena asintió y Bennett sintió que su corazón iba a pararse.

—¿Qué...? ¿Có... mo? —balbuceó sin poder formular una pregunta—. Serena, ¿por qué hiciste eso? —le espetó, dejando el plato a un lado porque, de repente, se había olvidado hasta de que tenía apetito.

—Yo quería verla, porque quería conocerla y, como tenía su dirección, y su casa no estaba lejos de allí, decidí ir —le respondió su hija de forma natural, como si le estuviera contando cualquier evento banal y no que hubiera desobedecido—. De todas maneras, yo les dije a la abuela y a la tía Bea, y las dos me dijeron que después me llevarían, pero yo sabía que no lo harían.

—¿Pero cómo se te ocurre separarte de ellas e ir a la casa de una desconocida en una ciudad tan grande? —Prácticamente le estaba gritando, aunque no lo sintiera de ese modo, solo sentía que las palpitations de su corazón iban incrementándose, y que iba a perder la cabeza ante lo que su hija había hecho.

—Es que no quedaba lejos de allí, y era de tarde, no de noche, además de que era en Greenwich Village, una zona muy concurrida, y ella me recibió de lo más atenta y hasta me invitó

a beber una taza de chocolate —le explicó.

Bennett apoyó los codos en la mesa y se quedó pensando un momento, en realidad, varios pensamientos cruzaban por su cabeza, y había muchas cosas que quería decirle a su hija. Estaba muy ofuscado con ella, porque Serena no era de desobedecer o de hacer ese tipo de cosas, aunque tampoco quería regañarla, porque nunca lo había hecho, pero porque nunca antes le había dado motivos para ello.

—Mira, Serena, lo que hiciste no solo está mal sino que, además, es descabellado, podría haberte ocurrido algo en el trayecto a la casa de esa mujer, hay mucha gente en las calles de Nueva York, podrías haberte topado con alguien que no era bueno y podría haberte secuestrado o algo peor, porque una niña caminando sola por las calles de una ciudad tan grande es blanco fácil y, encima, fuiste a la casa de una persona a la que nunca conociste, de seguro hasta importunaste y a ella no le quedó más remedio que hacerte entrar en su casa, porque se dio cuenta de que eras pequeña y estabas sola, pero hiciste tres cosas muy malas: te fuiste del lado de tu abuela y tu tía sin avisarles siquiera, provocándole preocupación a ambas; además, caminaste sola por las calles de una ciudad que te es ajena y es muy transitada y, encima, fuiste a la casa de una mujer a la que ni conocías y que quién-sabe-qué-cosa habrá pensado de ti.

Serena se quedó mirándolo un momento de forma impasible. Las pocas veces que le habían advertido sobre algo, o que le habían prohibido que hiciera algo, no había llorado, como otros niños lo hacían, de hecho, más allá de aquellas ocasiones en que había llorado porque le dolía algo, o porque se había caído cuando era muy pequeña, Bennett solo la había visto llorar cuando Felicity había muerto, y solo por unos días, después siempre era una niña alegre.

—Sé que hice mal en irme del lado de la abuela y la tía, pero no lo hubiera hecho si ella no hubiera vivido tan cerca de allí, de hecho, su departamento estaba a unas cinco cuadras, y también sé que estuve mal en caminar sola por una ciudad tan grande, pero solo lo hice porque todavía era de día, había mucha claridad y estaba soleado, si hubiera sido de noche ni se me hubiera ocurrido hacerlo y, por último, fui porque sabía que si Avery estaba me recibiría, y lo hizo, no estaba ocupada ni nada de eso. Ella vive sola con su gata Emily Dickinson, y le gustó recibir mi visita, me lo dijo y se notaba que fue así, además de que, si bien fue sorpresiva, yo ya le había escrito antes, así que, en cierta forma, ya había oído de mí, y es una mujer seria y buena, la abuela y la tía Bea la conocieron cuando fueron a recogerme de su piso y pensaron lo mismo.

Serena era como Felicity en muchos aspectos, como en el hecho de que sabía cómo excusarse de algo usando cuanto argumento tuviera a disposición, e incluso cuando a estas alturas Bennett ya estaba acostumbrado a ello, seguía sorprendiéndose un poco por la forma de desenvolverse que tenía su hija, ni Felicity era así de elocuente, y él jamás había sido así, de hecho, si bien era el hermano mayor, era el más tímido de los tres, y tenía tanta labia como conocimientos en aeronáutica.

—Bueno, entiendo tus puntos, pero tú debes comprender que eres pequeña y que yo soy el adulto y soy tu padre, y si algo llegara a pasarte, yo...

Se detuvo antes de terminar la frase, porque no podía ni imaginar que algo malo pudiera ocurrirle a su Serena, perder a Felicity había sido un golpe devastador, pero perderlas a ambas lo mataría.

—Lo sé, papá, y lo siento mucho, te prometo que no volveré a hacerlo —le dijo Serena mientras le ponía la mano encima de la de él. Bennett se la tomó y la acarició.

—Ya... bueno, no vuelvas a hacerlo —le pidió, y Serena asintió de manera obediente.

Con los ánimos más calmados, Bennett tomó de nuevo los utensilios, disponiéndose a comer.

—¿Sabes? Avery es más bonita en persona de lo que se ve en televisión —le contó Serena.

—¿Y es alta? —le preguntó Bennett probablemente porque, a través de la televisión, no había podido saberlo.

—Hummm, como la tía Bea —le respondió Serena.

—¿Y de qué hablaron? —inquirió Bennett después.

—De su carrera de escritora, de libros, de animales, de mi vida aquí, y de ti —le contestó Serena, y Bennett levantó una ceja con curiosidad.

—¿Y qué le contaste sobre mí? —indagó con interés.

—Pues que vivimos los dos solos, las cosas que hacemos aquí, y eso —replicó su hija.

—Ya... ¿y ella qué te contó sobre su vida? —interrogó.

—Pues que es soltera, vive sola con su gatita Emily Dickinson —se llama como la poeta—, y que no tiene familiares, ni uno, porque ella era hija única, como yo, y quedó huérfana de su madre siendo niña, y de su padre siendo adolescente, solo tiene una amiga, que es su agente literaria, y además de escribir va hacia un refugio de animales, a correr al parque o solo a pasear, tiene una vida muy tranquila y su departamento es bastante cómodo.

Serena, al igual que Felicity, tenía la capacidad de describir algo con tal precisión que no dejaba nada de lado.

—Entonces... ¿es soltera? —preguntó Bennett de forma cautelosa.

—Oh, sí, creo que lleva tiempo sola —le contó Serena sonriendo.

—¿Ella te lo dijo? —inquirió.

—No, pero se nota —le respondió y Bennett le creyó, dado que su hija, entre otras cosas, era muy observadora.

Ese día, Bennett se quedó junto a Serena; jugaron a un juego de mesa, vieron una película animada de las que a ella le gustaban, hornearon galletas y otras cosas dulces y, después de cenar, él le dio las buenas noches y se fue a su dormitorio a acostarse. Palpó el lado vacío que había a su lado, el espacio vacío que había dejado Felicity hacía dos años atrás. Las primeras noches, tras su partida, fueron duras, los primeros meses, en realidad, se había tornado tan insoportable que durante meses había dormido con Serena en su dormitorio, en parte para consolar a la pequeña, y en parte para sentirse acompañado y no tener que dormir solo. En noches frías, como esas, era cuando más soledad sentía, a veces era tan aplastante que era muy desolador. Extrañaba muchísimo a Felicity, la seguía queriendo, y no creía que el vacío de su ausencia fuera a llenarse

con nada y, mucho menos, que fuera a querer a otra mujer de esa manera.

Capítulo 9

Pasé gran parte del domingo viendo fotografías de mi niñez y de mis padres. Imágenes de mi nacimiento, cuando era un bultito envuelto en una mantita en los brazos de mi madre en el hospital. Mi madre tenía el rostro radiante y la sonrisa ensanchada, al igual que mi padre, ambos se veían felices en las demás fotografías, como si fuéramos una familia perfecta. Las demás imágenes eran de mi cumpleaños, de unas vacaciones en Florida, de algunos paseos y festividades, y la última fue cuando mi madre estaba enferma y se veía débil y demacrada. Las demás fotografías, posteriores a su muerte, fueron tomadas en eventos escolares o con mis amigas, nunca más me tomé una fotografía con mi padre porque, básicamente, él nunca más quiso tomarse fotografías, aun cuando no me lo hubiera dicho, yo me había dado cuenta de que le había perdido el gusto a las cosas ordinarias de la vida. Todo cuanto hacía era trabajar y quedarse en la casa viendo televisión o reparando cosas, a veces incluso bebía, pero solo los fines de semana, y no tanto como para terminar siendo un alcohólico pero, prácticamente, no salía, no tenía amigos, y a pesar de que al principio iban las amigas de mi madre a verlo, después dejaron de ir, cuando lo vieron tan apagado y no sabían qué decir o hacer para hacerlo sentir mejor. De repente, recordé algo, por lo que me conecté al ordenador y accedí a la bandeja de entrada de mi correo, busqué un *email* en particular y me puse a releerlo, era el que me había enviado Serena; encontré muchos aspectos similares entre ella y yo, más precisamente en la pérdida de su madre y la situación actual de su padre era similar a la del mío en su momento, de hecho, de a ratos me parecía estar leyendo sobre él, aunque claro que también habían muchas diferencias, pero el estado general que le había dejado la muerte de su esposa era el mismo. Sentí más pena por ella que antes porque, si bien parecía ser un padre dedicado, no era el mismo que antes de que su esposa hubiera muerto, y Serena, al igual que yo, era hija única, y yo sabía cuánto se sufría en ese caso, porque cuando era más joven, por muchas noches, cuando me acostaba y me ponía a pensar en mi madre, y también en mi padre, anhelaba haber tenido aunque fuera un hermano, no solo para poder compartir el dolor de la pérdida de mi madre, sino también para mitigar un poco la soledad.

Cuando comenzó la semana, me dispuse a empezar a trabajar en un nuevo libro porque, de lo contrario, no tenía mucho para hacer, aunque todavía tenía que seguir concediendo entrevistas en relación a mi último libro, pero mayormente a blogs y revistas literarias, por lo que no debía ir a ningún sitio, solo responderlas desde mi ordenador. Entré en mi oficina y me senté enfrente de mi

ordenador; tenía varios documentos con posibles ideas para trabajar, así que me fijé cuál era buena y, cuando escogí una, comencé a escribir. Estuve toda la mañana sentada escribiendo o, más bien, escribiendo y borrando todo lo que redactaba, porque ni bien escribía una página o dos me daba cuenta de que la historia no era correcta, o que no podía conectar con los personajes y ello afectaba a la trama, porque para mí los personajes eran quienes daban forma a la historia y no al revés, por lo que supe, de inmediato, que esa historia no funcionaría. Eso ocurría a veces, me costaba encontrar la historia perfecta en un determinado momento. Así que al mediodía, apagué el ordenador y me fui a preparar el almuerzo.

Mientras comía, me puse a leer un artículo que había aparecido en el *New York Times* sobre las playas de Connecticut, entre ellas, una captó mi atención: la de Westport, llamada Playa Compo, porque recordé que Serena la había mencionado cuando estuvo allí, además de que la había visto de pasada cuando regresaba de Norwalk. Nunca había ido a una playa en Connecticut, solo a unas en la costa de Nueva York, de hecho, las pocas veces que había ido hacia Connecticut había sido por cuestiones literarias, más que nada. Pensé que sería una buena idea ir de paseo un día, aunque fuera por un fin de semana a algún pueblo, así de paso cambiaba de aire un poco y visitaba otros lugares. Nueva York era hermosa, desde luego, pero era tan ruidosa que a veces venía bien visitar un lugar más tranquilo para aspirar aire puro y recobrar energías. Tal vez uno de esos fines de semanas lo haría, iría a Connecticut a descansar y cambiar de aire.

Capítulo 10

Cada día estaba, en cierta forma, estructurado en la vida de Bennett, y se ceñía a su itinerario como si llevara haciéndolo desde que tenía uso de razón, era casi el mismo desde que se había casado con Felicity, excepto que ahora debía cumplir con alguna de las tareas que ella hacía, en especial en relación a Serena, ya que, cuando Felicity estaba viva, era ella quien la llevaba y la recogía de la escuela, se encargaba de ayudarla con las tareas escolares, aunque Serena era tan inteligente que no lo necesitara pero, aun así, la supervisaba, iba a las reuniones en su escuela, y luego a los eventos en los que Serena participaba. Ahora Bennett hacía todo eso, además de trabajar, pero no lo sentía como una obligación, lo hacía gustoso, dado que su hija era su don máspreciado, era su vida entera, si se levantaba cada mañana era por ella, si encontraba algo de motivación para hacer todo era por ella, si seguía vivo era por su hija porque, aunque todo lo hiciera de forma automática, era gracias a Serena que cada día tenía una pizca de luz. Aun así, todo era rutinario en su vida, y no es que renegara de ello, porque tampoco quería cosas excitantes, no desde que había muerto Felicity de todos modos, pero últimamente sentía que necesitaba una especie de salida o quiebre a esa rutina. Pensó que tal vez sería bueno llevar a Serena a algún lado, irse de vacaciones, aunque ninguno de los dos la tuviera de momento. Se puso a buscar lugares en internet para ir de paseo, algo que no quedara lejos, pero tampoco en ese mismo Estado. La costa de Nueva York o de Nueva Jersey estaría bien, habían pueblos pintorescos como Saratoga Springs o Point Pleasant que tenían cabañas a las afueras con vistas al mar; a Serena le gustaba mucho el mar, una vez Bennett le había preguntado por qué y ella le había respondido que por la inmensidad, que le hacía pensar que el mundo era vasto y que tenía muchas posibilidades. Su respuesta lo había dejado perplejo, porque él no pensaba de esa manera, o tal vez sí, pero nunca hubiera sido capaz de expresarlo con esas palabras cargadas de un matiz profundo. Su hija era una niña inteligente, de una mente abierta que podía ser tanto analítica como trascendental. A veces se preguntaba a qué se debía, si lo habría sacado de Felicity (porque de él no lo creía), o si se debía a que era hija única. Él había tenido dos hermanos, así que no podía saber cómo era ser hijo único, si se diferenciaba mucho, pero Felicity sí lo había sido, y una vez habían hablado de ello, él de cómo había sido crecer con dos hermanos menores siendo el mayor, y ella sobre cómo había sido crecer siendo hija única. Felicity le había contado que creía que su espíritu introspectivo y solitario se debía a ello que, a diferencia de sus amigas que tenían

hermanos, ella tendía a ser más observadora y curiosa, siempre se estaba preguntando el porqué de muchas cosas: por qué la gente era de determinada manera, por qué algunas cosas eran de un modo y no de otro, por qué el mundo era así. Bennett había reparado en que ella siempre veía las cosas con la inocencia de un niño, todo la maravillaba, todo la sorprendía. Su Serena era igual de curiosa y observadora, tanto que a veces Bennett tenía ganas de meterse en su cerebro y escarbar entre sus pensamientos, o ver las cosas como ella las veía.

El viernes por la noche ordenó dos pizzas, una de peperoni y otra de mozzarella, para comerlas con su hija. Siempre comían eso los viernes por la noche porque cuando Felicity vivía, el viernes y sábado por la noche estaban destinados a comida chatarra, y como ahora Serena iba a quedarse en la casa de su abuela los sábados, solo lo hacían los viernes. Mientras cenaban, Bennett le dijo:

—¿Sabes? He estado viendo fotografías de unos lugares muy bonitos en la costa de Nueva York.

—¿Qué lugares? —le preguntó Serena.

—Pueblos bonitos con cabañas con vista al mar —le contó Bennett y el rostro de Serena compuso una sonrisa de forma voluntaria, que a Bennett siempre le complacía ver.

—¿Y por qué estuviste viendo fotografías de esos lugares? —inquirió Serena.

—Pues porque hace mucho que no viajamos, y pensé que sería bueno hacerlo ahora, solo por el fin de semana —le dijo Bennett, y los ojos de Serena se entornaron de forma interesada.

—Oh, ¿este fin de semana? ¿O sea mañana?

—Sí, regresaríamos el domingo por la tarde —repuso Bennett.

Serena se quedó un momento callada, con el semblante pensativo, lo cual extrañó a Bennett, porque ella solo adoptaba esa expresión cuando consideraba algo a fondo, como si estuviera examinando mentalmente los pros y los contras de dicho asunto.

—¿Recibiste alguna llamada en estos días? —le preguntó, para su sorpresa, en lugar de responderle.

—¿De quién? —inquirió Bennett.

—Una llamada de alguien a quien no conoces. —Bennett se quedó mirándola extrañado, sin saber a qué o a quién se refería.

—No, ¿por qué? ¿Alguien debía llamarme? ¿Alguien de la escuela?

Temió que se hubiera metido en algún problema, pero eso le parecía inconcebible viniendo de Serena, nunca le había causado problemas de ningún tipo, ni siquiera tras la muerte de Felicity, ya que había sido una pérdida muy grande, y la consejera de la escuela le había advertido que era natural si se mostraba apagada, irritada, y si le costaba concentrarse, o si incluso reaccionaba de mala manera o tenía exabruptos sin motivo alguno, pero Serena no mostró ninguna señal negativa tras ello, más que estar un poco triste y alicaída, por lo demás siguió con su vida, como siempre, como si nada hubiera ocurrido, de hecho, lo hizo mucho más rápido que Bennett.

—No, solo preguntaba por curiosidad —le respondió y, justo cuando Bennett iba a preguntarle al respecto, ella dijo—: De acuerdo, vayamos.

—Bien, entonces mañana temprano empacaremos un poco de ropa e iremos —musitó de forma animada porque, de repente, la idea de alejarse de allí, y visitar otro lugar con su pequeña, le pareció muy excitante.

Capítulo 11

El día estaba demasiado frío, y el cielo cubierto de una capa gris brumosa. Observé la vegetación verde que empalidecía bajo el manto invernal, y aun así la vista era atractiva, en algunos sectores hasta se veían vacas en los pastizales; me pregunté si habrían pastores o granjeros cerca de ellas. Había tomado el tren para viajar, no me subía a uno desde hacía como diez años, pero era el único medio de transporte disponible para ir a Connecticut, dado que no había otros medios para ir hacia allí, ya que no había autobuses, y yo no tenía auto, tampoco alquilaría uno porque no estaba acostumbrada a conducir que ni ganas tenía de hacerlo ahora, a lo mejor alquilaría uno en el pueblo porque seguramente tendría que desplazarme por varios lugares.

Atravesé varios pueblos y, una hora después, llegué a destino. Ni bien arribé en la estación de trenes, me di cuenta de que debía caminar hacia el hotel, suerte que no llevaba una valija grande, sino habría representado un problema. Tomé mi teléfono móvil para consultar en el GPS a qué distancia estaba el hotel desde allí y, por suerte, estaba a unas quince cuadras, lo cual, en un pueblo pequeño, no era nada, si era en la ciudad de seguro habría contado por el doble.

Me encaminé por una calle adoquinada que iba cuesta arriba, con la brisa invernal palpándome el rostro. En lo primero que reparé fue en el tráfico, que era moderado, a diferencia de Nueva York, que era acelerado, la gente caminaba de forma calmada, no como en Manhattan, que todos iban agitados hacia todos lados. Los edificios no eran altos, como en la ciudad, de hecho, todos eran bajos. El estilo del pueblo era colonial, entre rústico y sofisticado, porque no se podía negar que algunas edificaciones eran muy elegantes, y que el nivel de vida parecía ser alto, tal vez habría un sector en donde vivía gente de escasos recursos, pero no tenía modo de saberlo.

El hotel en el que me hospedaría estaba situado en la zona céntrica. Tras entrar me registré, porque ya había hecho una reservación por internet la noche anterior. La habitación que me asignaron o, más bien, por la que había pagado, era de tamaño mediana; tenía una cama extra grande, las paredes estaban cubiertas de una capa de pintura rosada con diseños de orquídeas doradas por encima, los muebles eran sofisticados y bien lustrosos, y la ventana tenía vista panorámica hacia la playa, aunque, desde ahí, fuera un punto ínfimo, pensé que había que caminar un gran tramo para llegar hasta allí. Miré la hora en mi teléfono móvil, ya era casi el mediodía, por lo que en un rato iría a almorzar a algún restaurante, o tal vez lo haría en ese mismo hotel, dado que tenía comedor. Saqué la poca ropa que había llevado y la coloqué en el clóset, después

le envié un mensaje a Lisa para decirle que ya había llegado. Le había avisado que iría la noche anterior porque, una vez más, necesitaba que cuidara de Emily Dickinson.

Tras peinarme bien, tomé mi bolso de mano y salí del hotel. Caminé por esa cuadra hasta que encontré un restaurante y entré. Me senté junto a una ventana para apreciar la vista de la calle desde ahí. Un camarero me tomó la orden y me llevó la comida casi al instante.

Mientras comía, lo hice mirando a través de la vitrina, algo que en Manhattan usualmente no hacía porque, generalmente, cuando salía a comer lo hacía acompañada de Lisa, y cuando iba sola llevaba un libro para leer, porque si miraba a través de la ventana, lo único que vería sería el gentío que caminaba de forma acelerada, en cambio allí todo era calmo y pacífico.

Una vez que terminé de comer, salí del restaurante y me encaminé por esa calle hasta llegar a un parque muy bonito, si bien no estaba soleado, el verde del césped y la vegetación parecía relucir; me pregunté si un comité de parque y recreación se encargaba de mantenerlo. Seguí caminando por la calzada hasta que la playa comenzó a hacerse visible, aunque a lo lejos, podía sentir el olor a agua desprenderse de ella. Me quedé un momento parada allí y después decidí regresar al hotel, porque estaba bastante fresco.

Subí a la habitación y tomé mi teléfono móvil para ver qué cosas se podían hacer allí. En los pueblos pequeños generalmente había eventos, no es que en la ciudad no los hubiera, pero ahí eran más limitados. Estuve un rato viendo la página oficial del pueblo y después me desconecté. Deslicé el dedo por mis contactos, hasta que reparé en el que Serena me había dado a agendar, y me pregunté si sería el móvil de su padre. Tomé una bocanada de aire, exhalé y luego oprimí llamar.

Capítulo 12

Bennett se había preparado una taza de café que la estaba bebiendo parado, mirando a través del cristal cómo la neblina se estaba deslizando a través de los pastizales, casi cubriéndolos como si fuera a arroparlos, algo que era usual en el invierno, no en el pueblo, pero sí en esa zona, que era descampada y estaba cerca de la Isla Cockenoe, una pequeña península algo apartada de la población, tal como esa casa, que a veces parecía ajena a todo mundo exterior. Mientras admiraba ese paisaje, lo embargó una sensación similar a la melancolía. Siempre se ponía de ese modo en días lúgubres como esos, desde que se había mudado hacia allí, en realidad, porque si bien no renegaba del invierno, esa atmósfera tan tétrica lo deprimía, pero cuando Felicity vivía podía concentrarse en ella y olvidarse de ello pero, tras su muerte, esos días se habían convertido en los peores, tanto que a veces quería correr las cortinas y no salir, porque todo lo que se le antojaba era abrazar a alguien, y si bien estaba Serena, más bien anhelaba abrazar a Felicity. Se quedó mirando ese escenario, con esa sensación palpándolo por dentro, cuando un sonido rompió con el silencio. Sacó el móvil del bolsillo de su *jean* y atendió.

—¿Sí?

No se había fijado de quién era el número del que provenía la llamada, así que podía ser cualquiera.

—*Hola* —dijo una voz femenina del otro lado—, ¿*se encuentra Serena?*

Bennett se quedó callado un momento antes de responderle.

—¿De parte de quién? —le preguntó extrañado, porque nunca llamaban a su móvil para hablar con Serena, solo lo hacían al teléfono de línea, y generalmente eran sus compañeras de escuela, aunque un par de veces habían llamado sus madres, así que pensó que podía ser una de ellas.

—*Avery*.

En cuanto pronunció su nombre, Bennett se quedó pensando un momento, sabía que había escuchado ese nombre hace poco, pero no recordaba en dónde.

—Espera un momento.

Hizo a un lado el teléfono y le pegó un grito a su hija quien, de inmediato, se apareció ante él.

—Te llaman —le dijo mientras le entregaba el móvil. Serena lo tomó de forma excitada, como si hubiese estado esperando la llamada. Bennett volvió a tomar su taza de café y se situó al lado de la ventana.

—¿Hola? ¡Avery!, he estado esperando tu llamado toda la semana. —La escuchó decir de forma entusiasta mientras se desplazaba por el pasillo. En ese momento, Bennett se percató de quién era Avery, y de por qué la noche anterior Serena le había preguntado si había recibido alguna llamada.

—No, no estoy ocupada, íbamos a viajar con mi padre, pero no pudimos hacerlo porque hay una carretera que está cerrada —le contó Serena—. ¿Qué? ¿Estás aquí? ¿En dónde?

Bennett no tenía intención de escuchar la conversación, pero Serena no estaba muy lejos de él, y tampoco hablaba precisamente por lo bajo, además de que él no estaba leyendo o con la atención centrada en algo.

—Oh, ¿y por qué no me llamaste antes para avisarme? —le preguntó su hija—. Entonces ven a mi casa, o iremos a buscarte, tú no conoces la casa, de todos modos, y no es tan fácil de llegar. No, no, a mi padre no le importará ir a recogerte, de todas maneras no está haciendo nada.

Bennett levantó una ceja al escuchar esto, después meneó la cabeza de forma divertida.

—Bien, pasaremos a recogerte en media hora, entonces. Estoy muy contenta de que hayas venido. De acuerdo, hasta luego.

Serena le regresó el móvil a su padre y luego le dijo:

—Debemos ir hacia el Westport Inn.

—¿Para qué? —le preguntó, aunque ya lo sabía.

—¿Recuerdas a Avery, la escritora a la que vimos en el canal 12, y que después yo visité en su casa? Pues anda de paseo y quiero verla, así que le dije que iríamos a buscarla para que venga para aquí —le respondió.

—Tal vez ella tenía otros planes si vino de paseo —repuso Bennett.

—Pues no, ¿por qué crees que me ha llamado? —replicó su hija mientras tomaba su abrigo del perchero—. Además, no conoce a nadie por estos lados, y tampoco tenía más planes que pasear.

—¿Entonces la recogeremos para traerla para aquí? —inquirió Bennett.

—Sí, vamos, apúrate, que le dije que en veinte minutos la recogeríamos —le espetó su hija mientras salía de la casa. Bennett tomó las llaves de su Land Rover y la siguió, porque no había cosa que no hiciera por su hija.

Capítulo 13

Procuré bañarme lo más rápido posible y, después de cambiarme, tomé mi bolso de mano y bajé a aguardar por Serena. Me había dicho que iría con su padre, pero no sabía qué auto tenía. Al rato, vi que afuera estacionó una Land Rover negra, y de ella descendió Serena. Salí a su encuentro y, en cuanto me vio, se abalanzó a mis brazos.

—Hola, Serena —la saludé mientras le daba un beso en la cabeza. Ella se quedó aferrada a mi abrazo por un largo rato, hasta que se desprendió de mí.

—Me pone muy contenta que hayas venido —expresó una vez más, sonriendo de forma bobalicona mientras me tomaba de las manos.

—A mí también —repliqué.

—Vamos, que mi padre nos está esperando —me dijo y me llevó de la mano hacia la Land Rover. Una vez allí, me hizo subir en la parte trasera de la camioneta, ella se situó en la delantera, al lado de su padre. Me senté con algo de incomodidad y después miré a su padre, a pesar de que estaba de espaldas a mí, y no podía verlo por el espejo retrovisor tampoco.

—Hola. Soy Avery Willoughby —me presentó. Él se volvió pero, desde ahí, solo podía verlo de perfil.

—Es un placer. Yo soy Bennett Mackintosh —repuso, y me pareció que había esbozado una media sonrisa, pero era difícil de notarlo. Él puso el auto en marcha y arrancó.

—¿Has visitado algún lugar? —me preguntó Serena desde el asiento delantero.

—No, es que llegué esta mañana —le respondí.

—Entonces, da una vuelta larga, porque necesita ver varios lugares —le dijo a su padre.

—A tus órdenes —replicó este de forma natural pero afectuosa, como si siempre estuviera a disposición de su hija.

—No hay tantos lugares como en Nueva York, pero los que hay son lindos —comentó Serena.

—Lo imagino —musité.

—Podemos pasar por mi escuela, así la conoce —le dijo a su padre.

—Desde luego —repuso él, de forma complaciente.

—¿Sabes que Westport no siempre se llamó así? —me dijo Serena mientras me miraba desde adelante.

—¿Ah, no? ¿Y cómo se llamaba entonces? —le pregunté con curiosidad.

—Verás, estas tierras, en sus orígenes, les pertenecían a los indios Pequot, y ellos las llamaban *Machamux*, que significa “Tierra hermosa”. Cuando ellos las vendieron los habitantes la nombraron Green’s Farms, por unos cien años más o menos, y luego pasó a llamarse Westport —me contó.

—Ya veo —musité.

El auto dio vuelta por una calle que tenía dos carriles y siguió por uno de ellos.

—Ese es el teatro —me dijo Serena cuando pasamos por frente de un edificio alto, de madera, pintado de rojo.

—Pues es bonito —comenté.

—¿Sabes quién lo fundó?

—¿Quién? —inquirí con curiosidad, porque debía de ser alguien conocido para que me lo dijera.

—Paul Newman —repuso.

—¿De verdad?

—Oh, sí. Él vivió aquí mucho tiempo, y aquí murió también, aunque eso fue antes de que yo naciera —comentó—. De hecho, muchos actores y escritores de Nueva York vivieron aquí a principios de 1900, porque la encontraban encantadora, bohemia y creativa.

—Claro —musité recordando haber leído que muchos actores, productores y escritores tenían casas en ese Estado, porque era el más seguro y el más pacífico también.

—¿Y alguna vez actuaste en alguna obra? —indagué.

—No, no aquí, pero sí en mi escuela —replicó.

—¿En qué obra actuaste?

—El año pasado actué en *Peter Pan*, fui Wendy —me contó, sonriendo de forma bobalicona; intuía que así sonreía cuando algo le agradaba mucho.

—Apuesto a que te veías adorable —comenté.

—Oh, sí, bueno, tengo fotografías en la casa, así que después te las mostraré —me prometió.

—Oh, pues no puedo esperar a verlas —repuse.

Pasamos por una larga calle que tenía un camino sinuoso, como si formara un zigzag. Ya habíamos salido del sector céntrico, y el vecindario que se extendía ante nosotros tenía casas de estilo victoriano. Serena me dijo que se llamaba Old Hill y que era el vecindario más antiguo del pueblo. Una vez que salimos de allí, el auto siguió por una larga calle.

—¡Ahí está, ahí está mi escuela! —exclamó Serena de manera entusiasta.

Miré al edificio en color ladrillo estilo Tudor, y quedé sorprendida con lo imponente y hermoso que era.

—Vaya, es precioso —musité maravillada. Yo había asistido a una escuela pública en Brooklyn, tanto en la primaria, escuela media como secundaria, pero ninguna de mis escuelas eran tan sofisticadas como esa.

—Lo es, de hecho, es uno de los sitios históricos más importantes, no solo de Connecticut, sino

también de Estados Unidos —me contó de forma orgullosa.

—Pues se nota el porqué —comenté.

Pasamos por frente del observatorio de Ciencias y del museo de Historia Natural, también de un lugar en donde en verano brindaban conciertos al aire libre y luego por una preservación y un parque. Cuando el auto salió por una calle abierta, vi que nos estábamos acercando a la Playa.

—Esta es la Playa Compo de la que te he contado —me dijo Serena—. El río que ves es el Saugatuck que, en el idioma de los indios, significa “Desembocadura del río mareal”.

—Qué interesante —musité, porque realmente encontraba entretenida toda la historia de un lugar.

—Ahora no hay gente, porque hace frío, pero en verano deberías ver cuántas personas vienen a tomar sol, bañarse o remar —repuso.

—Lo imagino.

—¿A ti te gusta la playa? —me preguntó.

—Sí, claro que sí, aunque hace mucho que no voy —le respondí, de hecho, hacía tanto que apenas lo recordaba. Con Lisa habíamos ido dos veces de vacaciones desde que éramos amigas, pero a pesar de que tenían playas apenas habíamos puesto un pie allí y solo nos bañamos en la piscina del hotel.

—Bueno, cuando empiece a hacer calor puedes venir para aquí —me dijo.

Miré a su padre, quien tenía la mirada puesta en la carretera y apenas había dicho palabra, me pregunté si era tímido o retraído, o solo era así porque acababa de conocerme.

—Mira, eso que se ve ahí es la Isla Cockenoe —me contó Serena al tiempo que la señalaba con el dedo.

—Oh, no sabía que hubiera una isla —comenté sorprendida.

—Los lugareños la compraron porque pensaban construir una planta nuclear ahí y, de ese modo, lo impidieron —repuso.

—Ya veo.

El auto siguió su camino hasta que nos adentramos en una zona rural, por lo que intuí que nos estábamos acercando a la casa.

—¿Ves aquel punto blanco que se ve lejano desde aquí? Pues es nuestra casa —me dijo Serena y tuve que aguzar la vista para poder divisarla, dado que apenas era un punto ínfimo.

A medida que íbamos acercándonos, la casa comenzó a hacerse más nítida hasta que tomó una forma completa y clara cuando estuvimos enfrente y, entonces, me quedé atrapada en esa visión. Tenía dos plantas y estaba sujeta por muros; el frente tenía un porche con una mecedora, y los ventanales estaban pintados de verde claro. No sabía con precisión el estilo, pero parecía ser victoriano moderno. En un extremo del techo salía el pico de una chimenea.

Serena y su padre se bajaron rápidamente, pero yo lo hice de forma sigilosa y algo incómoda, porque era la primera vez que estaba allí.

—Ven, te la mostraré por dentro —me dijo Serena mientras me tomaba de la mano y me llevaba

de manera apresurada hacia la puerta. Una vez que subimos los escalones, ella abrió la puerta y me hizo entrar, lo hice algo incómoda, porque su padre venía detrás de nosotras y apenas lo conocía.

—Permiso —musité tras entrar y lo primero que vi fue un recibidor muy bonito e impoluto, con pisos de linóleo blanco lustroso y muebles elegantes.

—Pues este es el recibidor, y por este pasillo están las demás habitaciones —me contó Serena al tiempo que me llevaba por ese pasillo. Una vez que llegamos, entramos en un *living* muy sofisticado, pero más que nada acogedor, porque destilaba un encanto cálido, como si no fuera una mera habitación, sino como si le dieran mucho uso, como si la habitaran. Tenía un enorme sofá y estaba rodeado de anaqueles y muebles en los que abundaban las fotografías.

—Ella es mi madre —me dijo, tomando un retrato en donde estaba una mujer de cabello caramelo y rostro en forma de corazón, como el de Serena.

—Es preciosa —expresé y me percaté de que había hablado en tiempo presente en vez de pasado, tal como solía hacerlo con mi madre tras su muerte.

—Sí, mi padre dice que, aun así, lo que lo enamoró de ella fue su aura de inocencia —me contó y me volví para ver si su padre estaba detrás de nosotras, pero no lo estaba, supuse que se habría ido a alguna otra habitación.

—Pues sí, puedo ver esa aura —comenté, porque era cierto. No sabía si era su sonrisa dulce, o su mirada tierna, pero destilaba un aire inocente, incluso a través de las fotografías, que era capaz de atraparte.

—Aquí estoy yo cuando nací —me dijo mientras me mostraba un retrato de su madre sosteniendo a un bebé en una habitación de hospital, al lado de ella estaba su padre, los dos miraban de forma embelesada a la versión recién nacida de Serena, que me produjo una punzada de ternura en el pecho, pero también de tristeza y no supe por qué, probablemente porque me recordaba a mis padres cuando yo había nacido.

—Pues eras una dulzura —repuse y ella sonrió, después tomó una fotografía de ella cuando tenía dos años en la que claramente se veía la niña que sería ahora.

—Después veremos más fotografías, ahora te mostraré el resto de la casa —me informó.

La siguiente habitación que me mostró fue el comedor, que era espacioso y luminoso, pintado en paredes color marfil; los imaginé a los dos comiendo allí solos. Al lado se encontraba la cocina, que era casi igual de grande.

—¿Y quién cocina ahora? ¿Tu padre? —le pregunté, tratando de imaginarlo entre cacerolas, con un delantal atado a la cintura.

—No, no, la que siempre cocina es Noreen, una mujer que limpia la casa casi todos los días, creo que te conté sobre ella cuando te conocí —yo asentí y esa imagen de él ahí se desvaneció de inmediato—, pero hoy no vino porque tenía el día libre, y bueno, mañana también, pero dejó comida hecha para que la calentemos.

—Ya veo.

Las otras habitaciones eran un salón de lavado, la oficina de su padre (a la que no entramos), y el dormitorio de Serena.

—Es precioso —comenté mientras me adentraba. Estaba pintado en rosa pastel y blanco con diseños de flores y mariposas encima, casi todo era rosado: la cama, algunos muebles y los objetos. Enfrente de su cama había un televisor, y a un lado un juego de mesa con sillas pequeño y una casita en un rincón. Había tantos juguetes que me era imposible contarlos con la mirada. Realmente se notaba que su padre la consentía en todo.

—Siéntate —me indicó Serena al tiempo que me señalaba la cama, por lo que lo hice y ella se sentó a mi lado—. Aquí estoy como Wendy en la obra de la escuela.

Tomé el retrato que estaba en la mesa de luz y me quedé mirándolo.

—Pues estabas preciosa, y se nota que el personaje te sentaba bien —musité admirándolo.

—Mi padre dijo lo mismo —repuso de forma orgullosa.

—¿Y te gustó actuar? —le pregunté mientras colocaba el retrato en su sitio.

—Sí, bastante, ¿sabes?, estamos preparando una producción escolar de *Madeline*, que la estrenaremos el año que viene, antes de que se terminen las clases —me contó de forma entusiasmada.

—¿Basada en tu libro preferido? —ella asintió sonriendo—. Guau, es genial, ¿y qué papel te dieron?

—Pues el de Madeline —respondió de forma animada.

—Vaya, felicidades —expresé, y ella sonrió de forma bobalicona.

—La profesora de teatro dijo que no solo me había escogido porque sé actuar, sino también porque, en cierta forma, me parezco a Madeline —repuso.

—Y te pareces —le aseguré.

—¿Lo crees? —me preguntó con interés.

—Sí, tienes el cabello claro como ella, la nariz también, aunque leí el libro cuando era niña que apenas lo recuerdo, pero de seguro debes tener otros aspectos similares a ella.

—Mi madre solía decir lo mismo cuando me lo leía, de hecho, ese era su libro preferido cuando era niña, y cuando lo leía anhelaba tener algún día una hija que se pareciera a Madeline —dijo de forma embelesada que me produjo ternura, porque me recordó que, cuando yo era chica, también solía anhelar tener hijos que fueran como mis personajes preferidos.

—Pues qué bueno que haya cumplido su sueño, entonces —musité y ella sonrió.

—¿Tú... alguna vez quisiste tener hijos? —la pregunta me produjo tanto sorpresa como pánico.

—Hummm, sí, lo he pensado un par de veces, como todos, supongo —repliqué mientras me encogía de hombros.

—¿Y ahora quieres tenerlos? —inquirió y yo me quedé mirándola, sin saber qué responderle, después de un rato asentí de forma resignada, como si me hubiese visto obligada a responderle eso—. ¿Y por qué no los tienes?

—Pues porque no tengo una pareja de momento.

—¿Y no quieres tener un hijo fuera del matrimonio? Son comunes hoy en día, tengo tres compañeros que tienen padres solteros y, bueno, mi padre me está criando solo, ahora que mi madre murió.

—Claro, sí, no es requerimiento estar casada o tener pareja para tener hijo, pero no sé si sería capaz de tenerlo sola, es decir, es mucha responsabilidad y no me siento preparada para ello —le dije con sinceridad y ella asintió, como si lo comprendiera.

—¿Entonces quieres casarte? —interrogó después.

—Bueno, sí, pero no tengo pareja, así que no ocurrirá de momento.

—Claro, pero de seguro pronto conseguirás uno, es decir, porque eres bonita, inteligente, talentosa, y todo eso, además de buena, a los hombres les gustan esas cosas.

—Eso espero —le dije.

En ese momento, su padre se apareció ante nosotras y, cuando se acercó, pude verlo mejor: era alto, aunque no tanto como un jugador de baloncesto, su complexión era delgada y su postura relajada, tenía la piel clara y el cabello negro lacio, que lo llevaba algo largo, sus ojos eran avellanas, como los de Serena y ella tenía la nariz y los labios de él. Se veía muy joven para ser padre de una niña de ocho años pero, al mismo tiempo, tenía un aura de madurez que lo hacía verse viejo.

—¿Te gusta la casa? —me preguntó y yo asentí.

—Sí, es preciosa, y la ubicación también, es decir, está alejada de todo, pero es algo bueno —comenté, porque siempre había admirado a esas personas que tenían casas o granjas fuera de toda civilización.

—Sí, aquí nunca hay ruido o ajetreo —repuso y después se quedó mirándonos.

—Oye, papá, ¿qué te parece si la invitamos a cenar aquí? —le preguntó Serena.

—¿Qué dices? ¿Quieres quedarte, o quieres que vayamos a cenar afuera? —inquirió él. Yo miré a Serena y asentí.

—De acuerdo, me quedaré.

Capítulo 14

Bennett fue hacia la cocina a ver qué había para comer. Rogó que hubiera suficiente porque, como en un principio iban a ir de paseo a otra ciudad, le había dado el día libre a Noreen, cuando ella tenía libre solo los domingos, pero cuando abrió la nevera y, tal como lo esperaba, había mucha comida, tanta que podía alcanzarles hasta el lunes. Tomó un pollo marinado con papas grilladas y lo puso en el horno, después sacó un cuenco con ensaladas y las condimentó. Colocó los utensilios en la mesa, y cuando el pollo estuvo listo lo rebanó.

En ese momento, entró Serena con la invitada a cenar.

—Esto ya está listo, así que siéntense nomás —les dijo Bennett.

—Yo me siento aquí, así que tú siéntate enfrente si quieres —le indicó Serena a Avery, y Bennett se dio cuenta de que era la silla en donde solía sentarse Felicity. No sabía cómo sentirse al respecto, y tampoco quiso pensar mucho en ello.

—Ya pueden comer —anunció Bennett, como si necesitaran el permiso de él para hacerlo.

—Esto se ve delicioso —comentó Avery.

—Noreen cocina muy bien, toda su comida es exquisita —le contó Serena.

—Se nota —repuso ella.

—¿Tú cocinas en tu departamento, o compras comida preparada? —inquirió Serena.

Pocas veces recibían visitas en la casa, generalmente eran de la familia de Bennett, porque Felicity no tenía familiares o amistades, solo un par de veces habían ido amigas de Serena a almorzar, pero nadie más, aun así Bennett la había visto a su hija interactuar con otros y, sin importar la edad que tuvieran, se mostraba de la misma manera articulada e interesada en cada pregunta que les hacía.

—Generalmente cocino, pero si estoy muy cansada, o tengo ganas de comer algo preparado, pues lo ordeno —le respondió Avery.

—¿Y cuál es tu comida preferida? —indagó su hija.

—La italiana. ¿La tuya?

—También —replicó Serena y, aunque no la estaba mirando, Bennett supo que estaba sonriendo.

—¿Te sirvo vino? —le preguntó a Avery; ella asintió.

—Yo probé vino una vez, pero lo encontré algo agrio —comentó su hija.

—Es entendible, ya que eres pequeña —le dijo Avery.

—A mi madre no le gustaba mucho, de todos modos, generalmente bebía agua —le contó Serena y Bennett asintió, porque Felicity solo bebía alcohol en eventos festivos, de lo contrario solo agua.

—Pues yo tampoco bebo alcohol con frecuencia, solo lo hago los fines de semanas, o cuando salgo —replicó Avery.

—Él apenas bebe también —le dijo Serena refiriéndose a Bennett.

—No soy un fanático del alcohol —musitó Bennett apenas mirándola, no porque fuera irrespetuoso, sino porque no estaba acostumbrado a tener visitas en su casa, o al contacto con extraños, el único contacto que tenía con extraños era con la gente con la que hacía negocios.

—Pues es mejor para la salud y la piel —comentó Avery.

—Así es —convino él.

—¿Y Emily Dickinson? —le preguntó Serena a Avery después, y Bennett se quedó mirándola un momento, pensando que le preguntaba por la poeta, pero luego recordó a la gata que llevaba ese nombre.

—Quedó con mi amiga Lisa, en realidad, ella pasa a verla dos veces para darle de comer —le respondió Avery.

—Más tarde te lo presentaré a Polka Dot, ahora está metido en su casita —le dijo Serena.

—Muero por conocerlo —declaró ella.

—Te encantará. Es tan cariñoso como tu gata, y le agrada todo el mundo —musitó Serena.

—¿A ti te gustan los perros? —le preguntó Avery a él. Bennett levantó la vista y se quedó mirándola un momento.

—Sí. En mi casa, es decir, en la casa de mis padres, siempre teníamos uno —le contó.

—Yo nunca tuve mascotas en la casa de mi familia, así que recién ahora sé cómo es tal cosa —le dijo ella.

—¿Creciste en Nueva York? —inquirió Bennett.

—Sí, en Brooklyn, pero me mudé a Manhattan cuando tenía dieciocho —le respondió ella.

—O sea que siempre viviste en la ciudad —musitó él.

—Sí, así es.

—Su departamento es muy lindo y cómodo, y el vecindario en el que vive también —le contó Serena y él asintió.

—¿Nunca viviste en una ciudad? —le preguntó Avery a él.

—No, bueno, antes vivía en el pueblo, y después de casarme me mudé para aquí —le contestó él.

—Pero él nunca viviría en una ciudad, de todos modos —dijo Serena y Bennett asintió.

—Es cierto.

—Pues esta zona es linda, y tranquila —comentó Avery, y Bennett pensó que tal vez no supo qué más comentar, dado que todo lo que se podía decir de aquella zona es que era tranquila, silenciosa

y que estaba alejada de todo ruido.

—¿Visitaste otros lugares en zonas rurales antes? —inquirió después.

—No, no realmente —replicó ella.

—Entonces esto te debe resultar demasiado rural —musitó.

—Sí, bueno, tampoco es que soy ajena a este Estado, es decir, porque vine a varias presentaciones de mis libros —le contó ella.

—Sí, lo sé, es que te vimos en el canal local —le dijo él y ella asintió, sonriendo de una forma que le pareció un poco incómoda—. ¿Te resulta divertido eso de que te hagan entrevistas?

—Pues la verdad es que no, es decir, forma parte de mi trabajo, porque de gran parte de ello dependen las ventas, pero es algo molesto si no te gusta mucho hablar ante una cámara, con un micrófono enfrente de ti. Pero bueno, como dije, forma parte de mi trabajo, así que debo hacerlo aunque no me guste —le explicó ella.

—Pues te veías bastante bien —musitó él y ella levantó las cejas—, es decir, no tartamudeabas ni hablabas de forma atropellada.

—Bueno, eso es porque llevo tiempo haciéndolo, si ves en Youtube mis primeras entrevistas, notarás el contraste con las últimas —le dijo ella.

—¿Y debes firmar muchos libros en esos eventos? —inquirió Serena con curiosidad y, de repente, Bennett recordó cuando ella y Felicity solían hablar de libros y esta le contaba sobre los escritores a los que había conocido en la librería en la que solía trabajar.

—Sí, bueno, eso depende de cuántos lectores vayan pero, por lo general, son bastantes —le contestó ella. Bennett se quedó mirándola mientras comía. Concordó con Serena mentalmente en que Avery era mucho más bonita en persona.

Cuando terminaron con la cena, Bennett sirvió el postre, que consistía en un pastel de chocolate y mantequilla de maní con crema glaseada y frambuesas.

—¿Hasta cuándo te quedarás? —le preguntó Serena a Avery.

—Hasta mañana después de almorzar —le respondió ella.

—¿Y cuándo regresarás de nuevo? —inquirió después de forma excitada.

—Pues no lo sé, este viaje no fue planeado, anoche decidí venir porque necesitaba desconectarme un poco de la ciudad —replicó ella.

—Bueno, pero tú podrías venir los fines de semanas, es decir, aunque sea una vez al mes, de todos modos, no trabajas, o sea sí, pero lo haces desde tu casa...

—¡Serena! —Su padre le lanzó una mirada de advertencia, que denotaba que se estaba propasando.

—Está bien —le dijo Avery de manera suave—, tiene razón, sí puedo venir dado que, como ella lo indicó, mi trabajo no está atado a un lugar o tiempo, es decir, no debo acudir a un sitio para hacerlo y tampoco tengo horarios fijados.

—Lo sé, pero Serena no puede exigirle a la gente que venga a visitarla, o meterse en sus cuestiones personales que no le competen —repuso Bennett mirando de forma seria a su hija, pero

esta ni se inmutó, solo se quedó mirándolo de forma impasible.

—De verdad, no es ningún problema, y solo me lo está pidiendo porque quiere que vuelva — musitó Avery y Bennett deslizó la mirada de Serena a la de ella, y pensó que estaba en lo cierto.

Su hija no era una niña a la que le gustara inmiscuirse en la vida de los demás, si apenas podía tildarla de traviesa, por lo que su insistencia en ver a Avery, así como el hecho de haberse autoinvitado a su casa e ido sola, se debían a que a Serena le agradaba mucho Avery y no entendía por qué, es decir, sabía que su fijación con ella había comenzado cuando la había visto en el canal de noticias, tras que la entrevista terminara le había hablado de ella a Bennett durante toda la tarde, le había pedido que le comprara sus libros, pero este le había respondido que no, dado que había visto en internet que eran para adultos. Después, cuando le había confesado que había ido a visitarla, Bennett se había quedado pensando el porqué, al día siguiente le había preguntado y Serena le había respondido: “Porque había algo en ella que me agradó mucho, me hizo recordar a mamá, pero no porque se pareciera a ella, porque no se parece, pero no lo sé, hay algo en ella que me la recuerda, no sé cómo explicarlo”. Bennett se había quedado callado ante ello, porque él también coincidía en el hecho de que le recordaba a Felicity, pero concordaba con ella en que no es que Avery se le pareciera, ni físicamente o en su forma de hablar, pero había algo que la hacía pensar en ella, que podrían haber sido muy buenas amigas, tal vez. Él tampoco sabía muy bien cómo explicarlo.

Capítulo 15

Cuando terminamos de comer, me sentí tan satisfecha que hasta me dio sueño, por suerte había bebido café con la tarta, porque con la comida, más el clima gélido que hacía, todo lo que me apetecía hacer era echarme en una cama y cubrirme con varias frazadas.

—¿Antes de que te vayas me acompañarías hasta mi dormitorio? —me preguntó Serena.

—Desde luego —le respondí y me pregunté qué más querría mostrarme.

Mientras me levantaba, le brindé una sonrisa a su padre, quien asintió pero se quedó sentado. Serena me tomó de la mano y me llevó por el pasillo hasta que llegamos a su dormitorio.

—Tal como lo imaginaba, ya está durmiendo aquí —musitó y me tomó un momento darme cuenta de que se refería a un perro grandote, blanco con manchas marrones, que dormía plácidamente desperdigado en una moqueta que estaba en el suelo, junto a la cama de Serena—. Este es Polka Dot.

El perro abrió los ojos ante la mención de su nombre y, en cuanto notó mi presencia, se irguió. Yo me acerqué y le froté la cabeza.

—Es hermoso —comenté.

—Es parecido al perro que tiene Madeline, por ello lo compré —me dijo mientras se sentaba en la cama, enfrente del perro.

—Pues es precioso, y se nota que es muy amable. ¿Duerme contigo? —indagué.

—Pues sí, generalmente sí —replicó.

—Apuesto a que te hace buena compañía —murmuré y ella asintió.

—¿Tú duermes con Emily Dickinson? —inquirió.

—Sí, ella siempre se acurruca a mis pies —le dije mientras me sentaba a su lado.

—Entonces tú también duermes acompañada —repuso y yo asentí.

—Así es.

—Oye, ¿es seguro que vendrás de nuevo otro fin de semana? —me preguntó después en un tono muy curioso.

—Sí, volveré —le aseguré.

—Genial —musitó y luego apoyó su cabeza en mi hombro—. Pero ven cuando tú quieras, no quiero que te sientas presionada por ello.

—Está bien, no me presionas, de todas maneras, te avisaré antes de venir —declaré.

—De acuerdo —dijo sonriendo. Levantó la cabecita y se quedó mirándome, después me preguntó medio en susurros—: Oye, ¿qué te pareció mi padre?

—Pues parece un buen hombre —comenté sin saber qué más decir, dado que tampoco había hablado mucho con él, o por lo menos no una conversación larga y profunda.

—Es más hablador cuando entra en confianza, pero es un hombre muy bueno e interesante —repuso.

—Oh, estoy segura de ello —repliqué y ella sonrió.

—Seguramente, la próxima vez que vengas, hablará más contigo —me dijo.

—Sí, es probable.

El domingo regresé después del mediodía a Nueva York, tal como lo había planeado. Mientras regresaba en el tren, me puse a pensar en Serena, en lo dulce y cálida que era, además de inteligente y observadora. La noche anterior me habían llevado con su padre al hotel y, antes de despedirse de mí, se había quedado prendada a mis brazos tan fuerte que me costó hacerla a un lado, pero tampoco quería hacerlo, porque me gustaba su tacto, me gustaba su abrazo y el aroma a gardenias que desprendía su cabello, o tal vez era su colonia, pero todo en ella era hermoso y reconfortante. Por un momento, hasta sopesé la idea de pedirle permiso a su padre para llevármela a Nueva York, pero el lunes tenía clases, así que no me pareció correcto. La despedida con este había sido más bien impersonal, apenas nos habíamos dado un apretón de manos dentro de la camioneta, pero parecía un muchacho interesante, y se notaba que era gentil y muy dedicado a su hija, aunque no era para menos, ya que Serena era hija única y había perdido a su madre. Hice a un lado esos pensamientos, me desplomé en el asiento del tren y cerré los ojos hasta que llegué a Manhattan.

Pasé toda la tarde haciendo balances con los impuestos, dado que en una semana se suponía que debía pagarlos. Me quedé mirando fijamente al monto, ya que claramente había aumentado por lo menos tres veces en comparación al año anterior. Había pensado ahorrar ese dinero para hacer unas vacaciones en el exterior, algo que llevaba tiempo deseando, y que con Lisa llevábamos meses planeando, tal vez ir a un crucero por Grecia o Italia, pero ahora, con todos los gastos que tenía, tendría que postergarlo por un tiempo más, porque era cierto que me iba bien como escritora, económicamente hablando, pero tampoco es que mis libros se vendieran como pan caliente y tuviera millones en mi cuenta bancaria.

Llegada la noche preparé una sopa de pollo, que la comí sentada en el sofá, con Emily Dickinson en mi regazo. La temperatura había subido un poco en las últimas horas, y presagiaban una tormenta de nieve para el fin de semana siguiente, por lo que tendría que permanecer encerrada.

Tras cepillarme los dientes, me acosté y me quedé mirando al techo mientras me preguntaba qué estaría haciendo Serena; seguramente ya estaría acostada, tal vez leyendo un libro o durmiendo. Imaginé a su padre dándole el beso de las buenas noches, arropándola, y mirándola desde la puerta del dormitorio. Esa imagen me produjo tal placer, que se me formó una sonrisa involuntaria

en el rostro.

Capítulo 16

Desde que había muerto Felicity, Bennett tenía un sueño recurrente cada noche: la veía sentada, con un vestido blanco, en los bosques que rodeaban la casa. Era un día de verano, eso podía verlo claramente, no solo porque el sol brillaba intensamente, dorando la vegetación, sino también porque había jazmines y dientes de león por doquier. Felicity caminaba entre ellos, tal como lo hacía cuando estaba viva, porque le gustaban los espacios rurales abiertos, y las flores y el verano, además de que le gustaba mucho ese sitio, la casa y los alrededores, era muy feliz allí, con su marido y su hija, y eso era algo que llenaba de una inmensa felicidad a Bennett, porque su felicidad era la de él, y porque sabía que Felicity había crecido con muchas carencias afectivas. Sus padres habían muerto en un accidente de auto cuando ella tenía apenas un año y, debido a ello, la habían criado unos parientes que apenas le prestaban atención, no había tenido muchas cosas materiales tampoco, ni muchos momentos que pudieran considerarse preciados, así que Bennett sentía que, en cierta forma, se los había dado, y nada lo complacía más en el mundo. Cada vez que despertaba de ese sueño, sentía como si hubiese permanecido sumido en un estado de relajación profunda, pero cuando se percataba de que estaba despierto, lo embargaba una sensación de tristeza y melancolía porque, entonces, recordaba que ella estaba muerta.

Ese domingo, tras levantarse, se preparó un desayuno succulento, como siempre lo hacía en ese día. Mientras bebía su café se acercó a la ventana del comedor, a contemplar el paisaje desde allí. El cielo era una lámina ominosa, y tanto los árboles como la vegetación en general estaban apagados, como si estuvieran deprimidos por la falta de sol, que no había proyectado su luz en varias semanas y que, de acuerdo al pronóstico, no lo haría durante un tiempo.

Serena desayunó en su dormitorio, como siempre lo hacía los domingos, mientras veía *Plaza Sésamo*, algo que solo hacía en ese día también, dado que no era muy dada a la televisión, prefería los libros en su lugar, tal como Felicity, algo que Bennett agradecía, ya que nunca hubiera sacado eso de él, porque su única lectura eran los periódicos. Al mediodía calentó una cacerola con pastas que había dejado Noreen y, tras servirla, se pusieron a comer.

—Me pregunto si Avery ya se fue a Nueva York —musitó Serena.

—Seguramente, ya que dijo que se iría después del mediodía, o tal vez lo haga en un rato —replicó Bennett.

—Espero que venga pronto de nuevo —comentó Serena con una nota esperanzada en la voz.

—Serena... entiendo que quieras verla, pero recuerda que ella tiene una vida en Nueva York, no podrá venir cada fin de semana, incluso si quiere hacerlo —le dijo él en tono suave.

—Lo sé, pero ya viste cómo vino este fin de semana, y le gustó, así que espero que venga de nuevo —repuso ella.

—Sí, pero ¿tanto te agrada como para insistir en verla? —le preguntó con curiosidad, porque Serena nunca había sido así con nadie, si bien era una niña muy sociable, eso no significaba que tuviera muchos amigos o contactos, de hecho, siempre estaba rodeada de la misma gente, por lo que aquello le resultaba extraño, pero como le había dicho que había algo en Avery que le recordaba a Felicity, comprendía sus deseos de verla constantemente.

—No es solo porque me agrada que quiero verla seguido, también es porque sé que a ella le hace muy bien verme a mí —le respondió su hija.

—¿Ah, sí? ¿Ella te dijo eso? —inquirió Bennett con intriga.

—No hace falta que me lo diga, yo lo sé porque está sola, no tiene a nadie más que a su amiga, que es su agente, y a su gata Emily Dickinson —le contestó Serena.

—Pero el que ella esté sola no significa que sea tu responsabilidad buscarle gente —le dijo él.

—Yo no siento que sea una responsabilidad si me gusta estar con ella, y sé que a ella también le gusta estar conmigo, las dos nos necesitamos en estos momentos —replicó ella.

Bennett se quedó mirándola un momento, pensando que tal vez Serena no solo buscaba a una amiga en Avery, sino también una figura materna. La consejera de la escuela le había hablado sobre ello tras la muerte de Felicity, le había advertido que, como Serena era muy pequeña, era muy probable que querría una figura materna en su vida para reemplazar el vacío que su madre había dejado, por lo que la madre de Bennett comenzó a llevarla a su casa, y esto lo aliviaba, no solo porque estaría cerca de una mujer, sino porque a veces él no sabía cómo responder a ciertas preguntas que solo alguien del sexo femenino podía hacerlo. Pero ahora se percataba de que su hija probablemente necesitaba a alguien que cumpliera el rol de una madre, y tal vez quería que Avery cumpliera ese papel. De repente, lo embargó una oleada de tristeza, porque sabía que su hija siempre extrañaría a su madre, pero no había pensado en el hecho de que pudiera necesitar a alguien que la suplantara, en cierto modo, pensó que le bastaba con que estuviera él y el resto de su familia. De todas maneras, no era la única niña huérfana de un padre en el mundo, había muchos padres solteros criando a sus hijos, era tan natural como tener a ambos padres, pero no había pensado que tal vez ella desearía tener una madre de nuevo, y era lógico que así fuera, porque todavía era pequeña y, entonces, se percató de que tal vez también le estaría buscando una novia para él.

Capítulo 17

Otra semana que comenzaba y, por alguna razón, me parecía que estaba reviviendo la semana anterior, como si todos los días fuesen iguales, probablemente porque casi siempre hacía lo mismo, a pesar de que trabajaba desde casa y no lo hacía bajo las órdenes o los horarios de alguien y, a pesar de que me gustaba que fuera así, comenzaba a parecerme de lo más monótono. No me había percatado de ello hasta ahora, pero era así. Tal vez debía buscar algo nuevo para hacer, como brindar ayuda en alguna organización que ayudara a gente desamparada, o apuntarme en clases de pintura o cerámica, o para realizar cualquier cosa que no supiera hacer y me ayudara a romper la rutina y añadir más emoción a mi vida. Lisa iba a clases de maquillaje y creación de joyas, solo como forma de entretenimiento, tal vez podía apuntarme a esas clases para ir con ella, aunque vivía en la zona oeste, que estaba al otro lado de mi vecindario. Probablemente también debía ensanchar mi entorno social, de ese modo podría salir más y conocer más gente. Yo no era una extrovertida por naturaleza, de hecho, era todo lo contrario, tenía un alma solitaria, pero tal vez me vendría bien relacionarme con más personas aparte de Lisa.

El martes por la tarde, me calcé mi ropa deportiva, tomé mi iPhone y me fui a correr al Central Park. El cielo estaba cubierto de nubarrones, había estado así durante toda la semana, y seguiría de esa manera, así como el clima frío. Corrí por casi una hora y media, porque sentía que mi cuerpo lo necesitaba para estar en movimiento y entrar en calor y, además, mientras corría me olvidaba del mundo entero, de todo lo que me rodeaba, era como si todo desaparecía y nada importaba, era casi similar al mundo en el que entraba cuando escribía, aunque ese era mucho más placentero, y hasta mágico o místico.

Cuando iba de regreso a mi casa, pasé por una librería local independiente a la que siempre iba, dado que allí había tenido una de mis primeras presentaciones, razón por la cual le tenía mucha estima, así como a los libreros que trabajaban ahí. Entré a saludarlos un momento, aunque no estreché sus manos o los abracé, ya que estaba sudada. Me contaron que habían ampliado el ala de la sección infantil, y que ahora, además de libros, también vendían juguetes, algo que me pareció bueno, porque la economía del país tampoco es que fuera la mejor, y era bien sabido que las librerías independientes no la tenían tan fácil como las librerías tradicionales.

El área infantil era ahora tres veces más grande que la última vez que había estado ahí, antes era un rectángulo con varios sillones y estantes, ahora había juegos de mesas pequeñas con sillas,

sillones grandes en formas de muñecos, una rocola colorida con dibujos, y paredes con diseños de personajes de libros infantiles, contra ellas estaban los estantes con libros y los muñecos. Se veía realmente encantador. Iba a darme vuelta para marcharme, cuando algo llamó mi atención. Me encaminé hacia el estante en donde estaban los muñecos y me quedé mirando a una muñeca enorme que estaba en el medio: era grandota, parecía hecha de felpa, llevaba un uniforme azul, el cabello rubio rojizo y un sombrero amarillo en la cabeza. Miré la nota que estaba junto a ella y decía: Madeline, personaje principal del libro homónimo francés de Ludwig Bemelmans. Me quedé mirando a la muñeca mientras sonreía. Después la tomé, pedí que la envolvieran, pagué por ella y juntas regresamos a casa. Cuando llegué allí, la puse en un rincón de mi dormitorio hasta que volviera a ver a Serena y, entonces, se la daría. El imaginarme su rostro sonriente al verla me produjo una oleada de satisfacción en el cuerpo, tanto que mi rostro compuso una sonrisa involuntaria, y hasta me había excitado, y no podía esperar a verla de nuevo para entregársela.

Capítulo 18

De tanto en tanto, los padres de Bennett asistían a algún evento social en el pueblo: la inauguración de algún lugar, el aniversario de otro, alguna festividad. No es que fueran precisamente gente de sociedad, pero sí estaban involucrados en cuestiones relacionadas a la comunidad, en especial la madre de Bennett, quien solía ser miembro del comité de restauración de lugares artísticos, ya que tenía un diploma en artes y solía impartir clases antes de que sus hijos nacieran, y a veces arrastraba a toda su familia a ellos, incluso a Bryce, quien vivía en Boston con su esposa y sus mellizos, y a Bea, que residía en Nueva York. Así que ese viernes por la noche, les pidió a todos que fueran a un evento caritativo del que ella formaba parte, era para recaudar fondos para niños con cáncer, para financiar nuevas investigaciones en el área oncológica, y para comprar más artefactos médicos, aunque fuera para el hospital de Norwalk, dado que en Westport no había hospitales, porque era un pueblo, pero todos los pueblos colindantes estaban unidos en ciertas cuestiones, como en la salud porque, de todas formas, cualquiera que enfermaba terminaba en el hospital de Norwalk.

Desde que había muerto Felicity, Bennett no había asistido a ninguna fiesta o evento del pueblo, básicamente porque no tenía ánimos para ello. Cuando su esposa vivía, iban a todos los eventos que se hacían, desde los caritativos hasta los desfiles por el aniversario de la fundación del pueblo, y no es que entonces los encontrara de lo más excitantes, pero al menos se entretenía un rato, probablemente porque sabía cuánto le gustaban a Felicity. A ella le encantaba Westport, a pesar de que vivían a las afueras (algo que también adoraba), y disfrutaba de todas esas celebraciones, tal vez porque cuando vivía en su antiguo pueblo casi no había asistido a ninguna, por lo que a Bennett le gustaba complacerla en ese sentido, le gustaba darle todo lo que no había tenido, así que si eso implicaba bailar desnudo en medio de una calle repleta de gente, y enfrente de sus propios padres, lo hubiera hecho solo por darle un momento feliz. La que sí iba siempre era Serena porque, tal como a su madre, le gustaban esas fiestas y, a pesar de sus intentos por llevarlo, comprendía que él no quería ir y no insistía en ello. Pero ahora Bennett se estaba replanteando el asistir, porque quería pasar más tiempo con Serena, tal como solía hacerlo Felicity. Así que el viernes por la noche se calzó un *jean* con un suéter, se peinó bien, y fue con su hija hacia el salón en donde se celebraría la fiesta. Al arribar allí, sus padres ya se encontraban sentados a la mesa, por lo que con Serena se acomodaron a un lado. Sus hermanos no habían ido en esta ocasión, se

habían excusado porque tenían mucho trabajo y, de todas maneras, irían en dos semanas, cuando fuera Navidad. Todas las mesas estaban repletas de gente, y el salón estaba bien adornado en colores pasteles. En el ambiente sonaba una música instrumental y la gente estaba bien engalanada. Primero sirvieron unos aperitivos y después platos con salmón ahumado y pavo relleno con ensaladas. Había una mesa repleta de postres y una fuente de chocolate. Cuando terminaron de comer, les sirvieron pastel y helado y luego cada uno podía servirse de la mesa de postres lo que quisiera. Serena se unió a una amiga de su escuela que había ido con sus padres, y fueron hacia donde estaba la fuente de chocolate, tomaron una frambuesa y la bañaron. Bennett la miró de forma embelesada, y deseó que Felicity estuviera ahí para ver lo grande y hermosa que estaba, el vestido que llevaba puesto, que lo había comprado con su abuela y su tía Bea en Nueva York, dado que ellas habían suplantado esa tarea de Felicity, porque eran mujeres y sabían de moda femenina, y tenían paciencia para llevar a una niña a una tienda y verla probarse varias prendas. Serena había crecido un par de centímetros desde que Felicity se había ido, y su cabello caramelo se había oscurecido un poco, alcanzando el mismo tono que tenía su madre; no había engordado, de hecho, mantenía la misma complexión delgada, y su andar era tan grácil como el de siempre, se movía con la soltura de una gacela, pero con pasos firmes y decididos, como si supiera en donde estaba parada y adónde iba en la vida. Su madre siguió la línea de su mirada y le dijo:

—Serena se ve hermosa.

—Sí, es una suerte que Felicity le haya enseñado cómo prepararse para una fiesta antes de marcharse —musitó, porque desde que Serena era pequeña, Felicity le había enseñado muchas cosas pero, cuando se enteró de que iba a morir, se aseguró de enseñarle cosas básicas y necesarias de la vida.

—Pues está creciendo tan rápido y tan enérgica —comentó su madre—. Por cierto, me dijo que te confesó la que nos hizo a Bea y a mí en Nueva York hace dos fines de semanas.

—¿Lo de que fue a visitar a una escritora sin siquiera haberles pedido permiso? Casi la maté cuando me lo contó —repuso Bennett.

—Te juro que por poco se me paró el corazón cuando me di cuenta de que se había marchado sola de la tienda; ahora ya no sé si llevarla a Nueva York, porque temo que vuelva a hacer lo mismo —expresó su madre con tono lastimero.

—Le di una buena regañina, pero ¿sabes qué? Una vez más me dio tal argumento que fue tan convincente y algo fundado, que ni pude enojarme como debería —le contó Bennett y su madre meneó la cabeza.

—Oh, lo imagino, y cuando llegue a la adolescencia habrá que controlarla para que no se salga con la suya, como solía hacerlo tu hermana —replicó su madre—. Tuvimos suerte de que esa mujer, a la que tanto quería conocer y fue a ver, resultó ser de lo más atenta y amable.

—Oh, sí, eso fue lo que me dejó tranquilo, que es una buena y noble mujer —le dijo Bennett.

—Por cierto, me contó Serena el martes por la noche, cuando la llamé por teléfono, que esa

mujer anduvo de visitas por aquí —repuso su madre, tratando de sonar relajada, cuando claramente estaba intrigada por ello.

—Sí, así es, vino el sábado y se fue el domingo —le respondió Bennett, sintiéndose algo nervioso de repente sin siquiera saber por qué.

—¿Y vino solo de paseo o porque Serena la invitó? —le preguntó su madre.

—Vino de paseo —replicó su hijo.

—Y de paso los visitó en la casa —musitó su madre mirándolo de forma interesada, como si le intrigara saber al respecto.

—Sí, la llamó a Serena y esta la invitó a que fuera, así que la recogimos del hotel en el que se hospedaba y la llevamos a cenar a la casa —le contó Bennett, sintiendo que la garganta se le había secado de repente, algo que le ocurría cuando se sentía nervioso o acorralado. Tomó la copa de *Chardonnay* y bebió un sorbo.

—Ya veo... o sea que tuviste el placer de conocerla —le dijo su madre, escrutándolo de forma penetrante, por lo que Bennett trató de no establecer contacto visual con ella, dado que esa mirada lo inhibía.

—Sí.

—¿Y qué te pareció? —lo interrogó, tal como solía hacerlo cuando él estaba en la secundaria.

—Pues... parece agradable e interesante, pero tampoco puedo decir que la conozca mucho —replicó.

—¿Y piensa regresar? —indagó su madre después.

—No lo sé —respondió Bennett, porque realmente no lo sabía, ella le había dicho a Serena que sí pero, tal como Bennett se lo había advertido a su hija, Avery era una escritora ocupada, y tenía su vida en Nueva York. Su madre pareció que iba a seguir interrogándolo al respecto, pero justo se acercó Wanda Robertson-Kane a saludarla; era una mujer de sociedad que siempre andaba impecablemente vestida y se mantenía bien para sus sesenta y tantos años, claro que las tantas cirugías y estiramientos que se había realizado en el rostro habían contribuido a ello. Wanda saludó a Barbara Mackintosh con dos besos, como siempre lo hacía con todo el mundo, y luego hizo lo mismo con Bennett.

—Bennett, querido, hacía tiempo que no te veía —comentó Wanda de manera afable.

—Sí, bueno, he andado ocupado —se excusó Bennett.

—Claro, lo imagino. Pues me alego de verte aquí, ¿sabes quién anda? Mi hija Cecilia —le dijo de forma excitada. Bennett alzó las cejas de forma interesada ante la mención de ese nombre.

—¿Ah, sí? Pues no la he visto —musitó, aunque había mucha gente y él apenas había lanzado una mirada al salón.

—Pues está en la otra punta, junto a sus hermanos, ¿sabes? Está pensando mudarse para aquí, porque acaba de atravesar por una ruptura muy dolorosa, el tipejo con el que andaba le hizo promesas de matrimonio y todo eso, pero resulta que era un don Juan empedernido que la engañaba con cinco muchachas distintas, bueno, cinco hasta donde ella sabía, pueden haber sido

más.

—Dios mío, pobre Cecilia, con lo buena y honesta que es —musitó la madre de Bennett mientras se llevaba una mano al pecho de forma algo melodramática.

—Sí, bueno, no la ha pasado nada bien, pero se está recuperando de eso, y por ello quiere mudarse de nuevo para aquí, le han ofrecido una plaza en el hospital de Norwalk y está pensando en aceptarla —le dijo la mujer en tono serio—. ¿Por qué no te acercas a saludarla en un momento? Le encantará verte, dado que la última vez que te vio fue después del funeral de Felicity.

Bennett se quedó mirándola, tratando de recordar si había visto a Cecilia después de ello, pero su memoria tras la muerte de Felicity se había vuelto flácida, y apenas recordaba a quiénes había visto o qué había hecho por aquella época.

—Enseguida me acercaré a saludarla —le prometió Bennett, aunque no sabía si fuera a hacerlo.

—Hazlo, que de seguro tendrán mucho de qué hablar —repuso la mujer y vio que su madre le había guiñado el ojo, como si estuviesen complotadas. ¿Acaso querían emparejarlo con Cecilia, su amor de la adolescencia? Aunque llamarlo “amor” tal vez era algo exagerado para un encantamiento y flirteo inocente, que era todo cuanto había ocurrido entre ellos por aquella época.

Wanda se sentó al lado de Barbara y se pusieron a conversar, por lo que Bennett, quien ya tenía la vejiga llena de tanto beber, se levantó de la mesa para ir al baño. Cuando salió de allí, se acercó a la mesa de los dulces, dado que ahí era la última vez que había visto a su hija, pero ahora no estaba. Escaneó con la mirada el salón, buscándola, hasta que la encontró, estaba al otro lado, junto a otros niños, bailando y riéndose, pasándosele bien, tanto que a Bennett le complació verla tan animada. Tras la muerte de Felicity, pocas veces había tenido la dicha de verla interactuando o jugando con otros, por lo que le agradaba ver que se divertía con otros niños, que seguía siendo niña.

Iba a regresar a la mesa en donde estaba su familia, cuando sintió que alguien lo tomó del hombro. Volteó y se encontró con Cecilia Kane, tan bonita y distinguida como siempre.

—Bennett, hola —lo saludó de forma animada, mientras se inclinaba a darle dos besos, tal como lo hacía su madre.

—Hola, Cecilia, tanto tiempo —le dijo él, mirándola bien. No había cambiado mucho desde sus años de adolescencia, aunque claro que estaba más madura, pero seguía siendo igual de hermosa, con su cabello rubio largo y sus ojos azules fulgurantes.

—Sí que ha sido bastante, creo que unos dos años —comentó ella y él asintió.

—Puede ser —musitó él. Ella se quedó mirándolo un momento, como examinando su aspecto en general, y después le preguntó:

—¿Y cómo has estado?

—Pues aquí, adaptándome a la vida sin mi esposa —le respondió él de forma sincera, aunque no había pensado decirle eso, le había salido de manera automática de sus labios, probablemente porque era la verdad. Cecilia frunció los labios, en una expresión lastimera.

—Lo sé, es decir, lo imagino, no debe ser fácil, en especial con una niña pequeña —repuso ella

—, por cierto, ¿anda aquí?

—Es la de vestido a cuadros con la cinta blanca en el cabello. —La señaló con la mirada a Serena y Cecilia miró hacia allí.

—Vaya, qué grande y hermosa está —expresó mirándola.

—Además de inteligente y articulada, igual que su madre, desde luego —musitó Bennett y Cecilia se quedó mirándolo.

—De seguro también tiene cualidades tuyas.

—Si las tiene, son muy nimias —repuso él.

—Pues, si bien físicamente tiene cosas de Felicity, como el cabello y la forma del rostro, por lo demás se ve igual a ti —comentó ella y él sonrió, dado que a ese parecido todos lo veían.

—Pues ella es lo único bueno en mi vida en estos días —dijo él y ella volvió a escutarlo.

—No puedo saber cómo es atravesar por una pérdida ya que, hasta el momento, gracias a Dios, yo no perdí a nadie, pero tienes suerte de tener una hija que te haga compañía.

—Sí, soy un suertudo —replicó Bennett y podía haber sonado sarcástico, pero no fue así, realmente se sentía un suertudo por tener a una hija de Felicity y él, de no haberla tenido a Serena en su vida, Dios sabía que se habría venido abajo y no habría podido levantarse—. Pero ¿qué hay de ti? ¿Qué tal tu vida en Chicago?

—Pues no muy bien, es decir, el trabajo bien, es mi única dicha en estos días pero, en la parte sentimental, pasé por una ruptura muy dolorosa recientemente —le contó y, aunque Bennett ya lo sabía, procuró sonar sorprendido.

—Vaya, cuánto lo siento —expresó de forma apenada, aunque su voz no había sonado como tal, sino más bien aplanada y hasta desganada, pero intuía que así sonaba desde que había muerto Felicity, como si le hubiera perdido el gusto a las cosas.

—Sí, bueno, estoy tratando de superarlo, pero no ha sido fácil, ¿sabes? Más que nada porque todos los lugares de Chicago me lo recuerdan —Bennett asintió, porque la comprendía, ya que así se sentía en relación a la ausencia de Felicity, todo Westport y su casa se la recordaban, tanto que en una época se había vuelto insoportable—. Pero me ofrecieron un empleo en el hospital de Norwalk, así que estoy considerando mudarme para aquí, de hecho, ya es una decisión tomada, a principio de año me mudaré de nuevo a Westport.

—Pues será un gran cambio el de pasar de vivir en una ciudad grande, a vivir de nuevo aquí —comentó Bennett y ella asintió.

—Sí, pero siento que quiero hacerlo. Quiero vivir de nuevo aquí, y no solo por la ruptura que sufrí, sino también porque mi padre ya está muy viejo, ¿sabes? Y quiero pasar más tiempo a su lado.

Bennett volvió a asentir, porque el padre de Cecilia era mucho más grande que su madre, de hecho, le llevaba casi veinte años, así que debía de rondar los ochenta.

—Pues, entonces, ojalá que tu mudanza sea para mejor —repuso él, y ella sonrió.

—Entonces tu vida actual es solo trabajar y oficiar de padre —le dijo ella.

—Sí, así es.

—¿Y no tienes vida social? —Él negó con la cabeza.

—Pero ahora estoy aquí, ¿verdad? —repuso y ella sonrió. Por un momento, a Bennett le pareció estar viendo a la Cecilia que lo hacía suspirar en secreto en la secundaria, en realidad, no solo a él, sino a todos los de su clase, ya que era la muchacha más bonita de la secundaria Staples.

Bennett iba a invitarla a bailar, no porque quisiera hacerlo, sino por cortesía porque, en cierta forma, Cecilia parecía alicaída, probablemente fuera por lo que le había contado sobre su situación sentimental, pero justo sintió que alguien lo tomó de la cintura, y no hizo falta que bajara la mirada para saber de quién se trataba, aun así, cuando miró hacia allí, vio a su hija mirándolo de forma expectante.

—Serena —le dijo abrazándola—, ¿te cansaste de jugar?

—No, solo vine a ver cómo estabas —repuso ella, como siempre tan atenta con su padre. Después volteó la mirada hacia Cecilia de forma curiosa.

—Serena, ella es Cecilia Kane, no sé si la recuerdas, es la hija de la señora Wanda, la amiga de tu abuela.

Serena no respondió nada, ni siquiera hizo gestos con la cabeza, solo se quedó mirando a Cecilia de manera impassible.

—Hola, Serena, es un placer volver a verte. ¡Cómo has crecido! —expresó Cecilia de forma cordial, pero Serena no le devolvió el saludo, solo respondió con una débil sonrisa apenas esbozada.

—Serena di “hola” aunque sea —le espetó su padre y esta le hizo caso, pero a regañadientes.

—Es un placer conocerte —fue todo lo que le dijo. Cecilia sonrió y Serena volvió la vista a su padre—. ¿A qué hora nos iremos?

—¿Por qué? ¿Ya estás cansada? —le preguntó Bennett sorprendido.

—Un poco —le respondió, pero le pareció que no era así.

—Pues en un rato —repuso Bennett, porque si bien le había gustado salir, tampoco pensaba quedarse hasta tarde, y esa fiesta tampoco tenía pinta de durar mucho más.

—Entonces me quedaré contigo —le dijo ella. Bennett solo asintió.

—Bueno, yo me iré, porque creo que mi padre también querrá irse, ya no aguanta estar tantas horas despierto, o la música elevada, o estar entre tanta gente —le explicó Cecilia.

—Pues fue un placer volver a verte —expresó Bennett, esta vez de una forma un poco más convincente.

—Lo mismo digo —replicó ella, sonriendo de forma cálida—. Oye, yo ahora me quedaré por aquí hasta el domingo, y después vendré recién para Navidad, ¿te parece bien que nos juntemos mañana?

Bennett se quedó mirándola sorprendido, porque nunca había salido por ahí con Cecilia, de hecho, pocas veces había hablado con ella a solas, además de que él últimamente no salía, aun así no pudo declinar y terminó aceptando.

—Te llamaré mañana a la casa de tus padres para acordar la hora y el lugar —le prometió.

—Esperaré tu llamado —le dijo ella y, después de despedirse de los dos, se marchó.

Bennett regresó con Serena a la mesa en la que estaban sus padres. Serena se sentó en el regazo de su abuelo y apoyó la cabeza en su pecho, en señal de que estaba exhausta, por lo que Bennett fue a recoger los abrigos del clóset para marcharse. Se despidieron de sus padres y se subieron a la Land Rover para marcharse a la casa.

Cuando llegaron a destino, Bennett acostó a Serena en su cama, quien ya estaba bostezando pero, antes de que Bennett se fuera a su dormitorio, le preguntó:

—Papá, ¿de verdad saldrás con esa mujer mañana?

Bennett se quedó mirándola un momento y después le respondió:

—Sí, es probable, porque, verás, Cecilia es una antigua compañera del instituto, y pues es una mujer agradable.

—¿Te gusta? —Serena era igual de directa que su madre a la hora de hacer preguntas o expresar opiniones.

—Que vaya a salir con ella a cenar, no significa que me guste, como te dije, es una antigua compañera, la gente sale a cenar con sus antiguos compañeros después de graduarse, para ponerse al corriente, ¿sabes? —ella asintió—. ¿Te molesta que salga con ella?

—Hummm, no lo sé.

—No tienes por qué tampoco —le dijo él y ella sonrió.

Capítulo 19

Faltaban dos semanas para que llegara la Navidad, la ciudad entera se estaba engalanando de rojo, verde y dorado, y ya se escuchaban villancicos sonar en el ambiente, algo que me deprimía, en realidad, toda esa época era deprimente en mi mundo desde hace varios años, probablemente desde que era niña, tras que mi madre muriera, porque el ánimo de mi padre por aquella época era peor, pero después de la muerte de este se tornó aún peor, porque por dos años tuve que pasar esa fecha con una familia vecina a la que apenas conocía, y con la que solo vivía porque así lo estipulaba la ley dado que, como era menor de edad, no podía estar por mi cuenta. Desde entonces, las festividades no tenían sentido para mí, no sentía el más mínimo entusiasmo por ellas, de hecho, no podía esperar a que pasaran, y si por mí fuera ni festejaría, en realidad, por varios años no lo había hecho, ni siquiera tenía un árbol o decoraba mi piso. Durante la Nochebuena, cenaba comida china y al día siguiente no hacía nada más que ver la nieve caer a través de la ventana, recién hacía dos años atrás había comenzado a celebrar de nuevo, de alguna forma, porque al primer año de mudarme para ahí había comprado un árbol (aunque era uno diminuto, para ponerlo encima de la mesa), y había cocinado una comida decente y no comprada. Y el año anterior, Lisa me había invitado a pasar en su departamento con tres amigos de ella que también estaban solos, pero este año era probable que ella se fuera a Minnesota, a pasarlo con su familia, así que estaría sola de nuevo, de todas maneras no me importaba, Navidad u otra festividad no significaba nada para mí.

Cuando llegó el sábado, me sorprendió que hubiera salido el sol y de manera intensa, pero estaba mucho más frío que los días anteriores, por lo que esa sería una noche muy fría. Por la tarde iba a llamar a Lisa para que hiciéramos algo, pero no me dieron ganas, solo me quedé sentada en el alféizar del *living*, mirando a través de la ventana, con Emily Dickinson en mi regazo. Ni siquiera me había cambiado desde que me había despertado, todavía llevaba el pijama puesto, y era probable que lo llevara hasta que me fuera a dormir. Me puse a pensar en Serena, en realidad había pensado en ella en toda la semana, cada noche, cuando me acostaba, me preguntaba qué estaría haciendo y luego, durante el día, la imaginaba yendo a la escuela, jugando con sus amigas, regresando a su casa, comiendo con su padre, leyendo un libro. Me pregunté si ella también pensaba en mí, eso creía, o quería creer, en vista de lo entusiasmada que se veía cuando estaba conmigo. Después pensé en su padre, y solo pude imaginarlo en su casa, o en su trabajo

pero, más que nada, en su hogar, sentado, leyendo o comiendo, o pensando en su esposa fallecida y me embargó una oleada de tristeza que casi me produjo un escozor en los ojos. Tenía muchas ganas de verlos, por inexplicable que pareciera, ya que apenas los conocía, en especial a él, que lo había visto solo una vez y que apenas habíamos hablado, pero tenía ganas de regresar a esa casa y de verlos de nuevo aunque, de momento, eso no fuera a ser posible.

Capítulo 20

El sábado finalmente había salido el sol, y con tanta intensidad que los árboles y la vegetación en general parecían agradecerlo, dado que brillaban bajo su luz. Pero era probable que en dos semanas, cuando comenzara la época festiva, todo se apagara de nuevo y empezara a nevar.

Bennett había tenido un largo día, porque ahora que el clima favorecía el trabajo en sus tierras, aprovecharon esto al máximo y estuvieron trabajando durante muchas horas seguidas. Cuando llegó a su casa, todo lo que le apetecía hacer era deslizarse en el sofá con una cerveza en la mano porque, aunque no bebiera con frecuencia, cuando tenía un día largo era todo lo que quería hacer: cenar y acostarse a dormir. Así que eso hizo, abrió una lata de cerveza, que la bebió sentado en el sofá, tratando de despejar la cabeza de todo y, en esos breves momentos, lograba hacerlo, porque estaba muy cansado y la casa estaba sumida en un silencio sepulcral, porque Serena se había ido a la casa de su madre. Así que Bennett cerró los ojos y se olvidó de todo, como siempre lo hacía cuando estaba exhausto, era como entrar en un estado de relajación profunda, se alejaba de todo y de todos los que lo rodeaban y en ese lugar no había nada, porque era como si su mente se vaciara por completo y sus pensamientos estuvieran suspendidos, ya que se encontraba en un lugar de eterno descanso, en donde no había nada ni nadie aunque, a veces, se hiciera presente Felicity, aun cuando no estuviera pensando en ella siquiera (o en nada, para el caso), pero, inconscientemente, ella siempre estaba en él, era una parte inherente de su vida, y siempre lo sería, pero esta vez no apareció, aunque sí se hizo presente alguien y, en cuanto vio su rostro, esbozó una sonrisa de manera involuntaria.

Cuando abrió los ojos, fue como despertarse de un sueño, se sentía completamente relajado y descansado, como si hubiera dormido por ocho horas seguidas, cuando todo lo que había hecho había sido cerrar los ojos por unos segundos. Se levantó y tiró la lata de cerveza en el contenedor de la basura y después se dispuso a bañarse, porque necesitaba una ducha larga y bien caliente cuando, de repente, recordó que le había prometido a Cecilia Kane llamarla para ir a cenar y, a pesar de que tenía ganas de salir con ella, más que nada para romper con la rutina y hacer algo excitante, también le apetecía quedarse en su casa, comiendo la comida casera que le había dejado Noreen, y luego acostarse a dormir. Estaba sacando el móvil de su bolsillo cuando el timbre sonó, se preguntó quién sería, dado que no esperaba a nadie, a menos que fuera algún capataz que trabajaba para él que había ido para decirle algo, pero no lo creía, ya que ellos usualmente se

contactaban con él por teléfono. Pero cuando abrió la puerta, pensó que había vuelto a entrar de nuevo en ese estado de relajación profunda, porque tenía ante él a la persona a la que había visto en su mente hace unos momentos.

—Hola —le dijo ella en un tono algo débil que le pareció cauteloso.

—Ho... la —la saludó él, y después se quedaron mirándose por un momento sin decir nada.

—Pasa —la invitó y ella entró de forma sigilosa. Antes de cerrar la puerta, Bennett reparó en que afuera había un auto gris aparcado, por lo que pensó que era de ella.

—Disculpa que haya venido así, de imprevisto, es que no tenía planeado venir, lo decidí hace dos horas —se disculpó ella.

—Descuida. Eres dueña de venir a Westport si quieres —repuso él de manera relajada, pero después se percató a qué se refería ella—. Oh, quisiste decir de haber venido a esta casa, pues también estás invitada a venir cuando quieras.

—Gracias —musitó ella y después miró alrededor, como buscando algo.

—Serena no está, se fue a la casa de mi madre, como lo hace cada sábado, y regresará mañana recién —le contó él.

—Oh —dijo ella en un tono que le pareció algo decepcionado porque, después de todo, a eso había ido hacia allí, hacia Westport y a esa casa, a ver a Serena.

—Pero puedo llamarla para que la traigan, de todos modos no está lejos de aquí —le propuso él, sacando el móvil de su bolsillo.

—No, no, deja nomás, no quiero modificar sus planes —replicó ella.

—De verdad no es molestia, si de todas maneras va todos los fines de semana a casa de mis padres. No es como si hubiese ido después de mucho tiempo o por algo especial —le dijo él.

—Está bien —cedió ella, de manera algo vacilante. Bennett tomó su móvil y llamó a la casa de su madre; tras que esta atendiera, le pasó a su hija.

—*¿Qué ocurre?* —le preguntó Serena, ya que él solo la llamaba cuando iba hacia allí para darle las buenas noches.

—Hay alguien aquí que vino a verte —le comunicó Bennett.

—*¿Quién?* —inquirió.

—Es de Nueva York y escribe —le dijo Bennett y, del otro lado, escuchó un grito de euforia que le produjo tal placer a sus oídos, como cuando la veía sonreír o sabía que estaba feliz por algo, porque la felicidad de su hija era la de él también.

—*¿Avery está ahí? Pásame con ella* —le pidió. Bennett le dio su móvil a Avery, que se había quedado parada junto al sofá, ella lo tomó y se lo puso a la oreja.

—Hola, Serena. *¿Cómo estás?* —le preguntó. Bennett se alejó un poco para darle privacidad mientras hablaba, aunque no mucho, dado que se situó junto a la ventana que estaba a unos pasos de ella. Vio, a través del cristal, que el cielo ya se estaba cubriendo de un manto negro, por lo que pronto aquella zona se sumiría en la oscuridad—. Vine recién, hace dos horas lo decidí porque estaba algo aburrida y tenía ganas de verte —oírla decir eso le produjo una sonrisa involuntaria

en los labios, porque le gustaba que Serena le hubiera agradado tanto como ella a su hija—, pues sí, me quedaré hasta mañana a la tarde. ¿Tú qué hacías? Bueno, sí, te esperaré, nos vemos en un rato.

—Enseguida vendrá —le dijo Avery mientras le devolvía el móvil a Bennett.

—De acuerdo. Yo iré a bañarme, porque estuve trabajando todo el día que estoy algo sudado.

—Ve tranquilo nomás —musitó ella.

—Si quieres puedes ir al comedor a ver televisión, o al dormitorio de Serena hasta que ella llegue —le propuso él.

—Está bien, me quedaré sentada aquí —repuso ella.

—De todas maneras, no demoraré mucho, y si Serena llega enseguida te hará compañía. —Ella solo sonrió en respuesta, por lo que él dio vuelta y enfiló hacia el baño. Una vez que se quitó la ropa, se introdujo bajo la lluvia y dejó que esta regara su cuerpo y sus pensamientos pero, por mucho que intentó relajarse y disfrutar del acto de bañarse, no pudo hacerlo, porque no podía dejar de pensar en el hecho de que, a dos pasos de allí, se encontraba una mujer. Hacía mucho que no recibían visitas femeninas por ahí, y esta era demasiado interesante, y bonita, tal vez no de un modo exuberante, sino más bien de uno recatado y dulce, como lo era Felicity, aunque Felicity tenía un estilo muy sencillo, y Avery se notaba que era una muchacha que vivía en la gran ciudad, aunque tampoco es que fuera sofisticada en el modo de vestirse o andar, pero tenía esos aires de ser urbana, aun así era igual de clásica que Felicity.

Procuró bañarse rápido, porque Avery había quedado sola, aunque Serena llegaría en cualquier momento, si es que no había llegado ya. Cruzó prácticamente corriendo hacia su dormitorio, porque estaba enfrente y solo lo envolvía una toalla. Tras cambiarse, se miró en el espejo de cuerpo entero, para comprobar qué tal se veía, y le complació la imagen que este le devolvió, no porque fuera un tipo vanidoso, pero sabía que no era poco agraciado, tampoco es que fuera de esos que generaba un alboroto entre la población femenina y voltearan a mirarlo como si fuese una maravilla, pero digamos que estaba contento con lo que Dios le había dado.

Salió de la habitación y se dirigió al vestíbulo, en donde le sorprendió encontrar a Avery sola.

—¿Serena no llegó todavía? —le preguntó y Avery negó con la cabeza. Sacó el móvil de su bolsillo para llamarla. Tal como esperaba, lo atendió su madre, ya que era la dueña de la casa y siempre contestaba las llamadas, así había sido siempre, desde que Bennett tenía uso de razón. Su madre puso a Serena de inmediato al teléfono.

—Serena, ¿qué ocurre? ¿Por qué no viniste todavía? ¿Acaso no le dijiste a tu abuela que tienes visitas? —le espetó.

—*Es que... la abuela se quedará sola si me voy* —le dijo.

—¿Cómo que quedará sola? ¿Y papá en dónde está? —inquirió Bennett confundido, ya que su padre casi nunca viajaba, y si lo hacía siempre iba con su esposa.

—*Fue a Norwalk, a una partida de póker en casa de un amigo, y dijo que regresaría muy tarde* —le respondió.

—Pero a tu abuela no le ocurrirá nada si se queda sola, ya lo ha hecho otras veces y, de todas maneras, ya sabes que Norwalk está a solo unos minutos de aquí, así que tu abuelo regresará pronto —señaló Bennett.

—*Sí, pero no quiero que se quede sola* —musitó Serena en tono lastimero.

—¿Y qué ocurrirá con tu amiga? Vino desde Nueva York a verte y está aquí esperándote —le dijo Bennett medio en susurros, porque no quería que Avery escuchara esa parte.

—*Pues dile que la veré mañana, de todas maneras, ella se quedará hasta la tarde, así que puedo almorzar con ella* —replicó.

—¿Y qué le diré ahora? ¿Que se vaya y vuelva mañana? —le preguntó Bennett.

—*Puedes invitarla a cenar contigo, porque ella no conoce a nadie más que a nosotros por aquí* —sugirió y Bennett se quedó pensando un momento.

—De acuerdo, pero mañana regresa temprano. Te llamaré más tarde para darte las buenas noches —le dijo y después colgó.

Se volvió hacia Avery que esperaba sentada pacientemente en el sofá.

—Serena no podrá venir, pero me dijo que mañana almorzará contigo —le comunicó.

—Oh, está bien, entonces la veré mañana —replicó ella mientras se paraba, como si se dispusiera a marcharse.

—Pero podemos ir a cenar en algún restaurante —le dijo y ella se quedó mirándolo, por lo que pensó que rechazaría la invitación.

—De acuerdo —repuso y a Bennett le complació que aceptara. Tomó su abrigo y salieron de la casa.

—¿Te parece bien si dejas el auto aquí y vamos en mi camioneta? —ella asintió, así que se subieron a su Land Rover y partieron rumbo al restaurante.

Capítulo 21

El restaurante era bonito, pero no llegaba a ser sofisticado, lo cual era un alivio, porque yo no vestía un atuendo elegante ya que, ni bien había llegado, había alquilado un auto y había ido hacia la casa de Serena. Nos sentamos en un rincón, junto a una pared, e hicimos nuestras órdenes, después él se quedó mirándome; me sentí un poco inhibida por ello, o por el hecho de estar cenando con un muchacho, algo que nunca había hecho, en realidad, y encima las luces en ese sector eran tenues, por lo que tornaba el ambiente más íntimo.

—¿Y te registraste en el Westport Inn de nuevo? —me preguntó.

—No, de hecho, vine tan de imprevisto que no lo hice, pero lo haré esta noche —le respondí y él asintió.

—¿Y qué tal todo por Nueva York? —inquirió después.

—Pues bien, normal —repuse, tomando la copa de bourbon.

—¿Y tu gata, con nombre de poeta, quedó con tu amiga?

—Ja, sí, tal como siempre que me ausento de Nueva York —repliqué, lanzando una mirada alrededor; estaba lleno de gente, y la mayoría parecían ser parejas.

—Mi hermana también vive en Nueva York, aunque eso ya lo sabías —yo asentí—. Ella tiene un perro que le hace compañía, porque congenia mejor con ellos, supongo que porque en la casa de mis padres siempre tuvimos uno y no gatos.

—¿Es la única hermana que tienes? —indagué.

—No, también tengo un hermano llamado Bryce, vive en Boston con su esposa y sus mellizos; él es el menor, Bea es la del medio y yo soy el mayor, a Bea le llevo un año y medio, y a Bryce, tres —me contó.

—¿Y tienes buena relación con ambos?

—Sí, es decir, no es que sea amigo íntimo de ellos y les cuente todos mis secretos, pero sí, nos llevamos bien —repuso.

—Y de los tres solo tú te quedaste aquí —le dije.

—Sí, bueno, es que yo no tenía intenciones de irme a la universidad, básicamente porque no me gusta estudiar, así que me quedé a trabajar en las tierras de mi familia.

—Ya... ¿y nunca quisiste probar vivir en otro sitio? —inquirí.

—No negaré que no me he preguntado cómo será esa experiencia, pero la verdad es que

siempre fui feliz aquí —replicó.

—¿Y cuándo te mudaste a esa casa? —le pregunté, aunque intuía que fue tras casarse.

—Pues fue tras casarme con Felicity, mi esposa, ella quedó embarazada al poco tiempo de que comenzamos a salir y entonces nos casamos. Vivimos por un tiempo en un pequeño departamento que yo rentaba por aquella época aquí, y hablamos de vivir en el pueblo, pero Felicity siempre había anhelado tener una casa a las afueras, rodeada de verdes prados, con vista a las montañas así que, de inmediato, llamé a varios contratistas y les di las instrucciones de la casa que quería; estuvo lista justo para cuando Serena nació.

—Pues es una casa preciosa, de verdad —comenté, porque lo era, a pesar de que estaba alejada de todo.

—Sí, bueno, Felicity fue quien prácticamente la ideó, es decir, vimos un par de diseños en la cartilla que el contratista nos mostró y ella tomó una que le gustaba e hizo un bosquejo, señaló cuántas habitaciones quería que tuviera, las dimensiones de cada una, las distribuciones de cada cosa, el color de todas, que quedó complacida con el resultado final, porque era tal cual ella la quería. —Pude notar un matiz de orgullo en su voz al contarme aquello, como si se sintiera orgulloso de su esposa muerta. Sentí una punzada en el pecho que no supe muy bien a qué atribuir.

—Pues qué bueno que haya tenido la casa de sus sueños —musité.

—Sí, ella era feliz allí, ¿sabes? Porque finalmente tuvo la casa de sus sueños, o una casa, para empezar.

—¿Nunca tuvo una casa? —indagué con curiosidad.

—No, no una a la que ella pudiera llamar hogar, ¿sabes? Es decir, creció en una casa pequeña, pero con gente que no era su familia, es decir, sí, pero eran familiares lejanos. Sus padres murieron cuando ella era muy pequeña como para recordarlos siquiera, y no tenía hermanos, así que esa familia la acogió, pero nunca se sintió parte de ella, no es como si la mal trataban, más bien la ignoraban y ella no se sentía parte de esa familia. —Yo asentí, ya que entendía a qué se refería.

—¿Y cómo la conociste? ¿Ella era de aquí también? —interrogué y él me relató la historia de que ella se había mudado desde un pueblo de Nueva York a Norwalk tras terminar la secundaria, que tenía un empleo en una librería de allí, que una noche, cuando fue a un bar de esa ciudad, la conoció y, desde entonces, su mundo cambió de forma significativa.

—Pues lamento mucho que la hayas perdido —musité porque se notaba cuánto la amaba, cuán feliz había sido a su lado y cuánto la añoraba.

—Ha sido muy duro, ¿sabes? Porque creí que siempre estaría a mi lado. Era muy joven para morir, llevábamos apenas siete años juntos, y Serena solo tenía seis años, nunca la verá crecer, y Serena ya nunca tendrá a su madre. —Su tono se volvió melancólico y apagado, que me produjo una punzada de dolor en el pecho.

—Pues sé lo duro y triste que es, porque yo también perdí a mi madre cuando era niña y, al

igual que Serena, soy hija única, así que no fue nada fácil crecer sin ella y si bien mi padre estaba, era como si no lo estuviera, tras la muerte de mi madre se volvió ausente y apagado, ya no era el mismo, aunque no recuerdo si cuando ella vivía era de lo más alegre, pero sé que era más cálido y después, cuando yo tenía quince, murió, así que me quedé sola.

—Pues lo siento —dijo con una expresión sincera—. ¿Con quién quedaste cuando él murió?

—Me acogió una familia vecina, porque faltaba un año y medio para que cumpliera los dieciocho, y no estuvo mal, es decir, porque ya los conocía y eran personas agradables, pero no eran mi familia, y estaba sola, ya no tenía familiares, y de ahí en más estaría sola.

A mí no me gustaba causar lástima por mi situación familiar, aunque a veces me autocompadeciera un poco por ello, pero la mirada en el rostro de Bennett me hizo sentir como una niña pequeña y solitaria.

—Pues, de nuevo, lo lamento. Me hiciste acordar un poco a Felicity en ese sentido —comentó y yo concordé para mis adentros—. ¿Y qué hiciste tras cumplir los dieciocho? ¿Fuiste a la universidad?

—Esa era la idea inicial, y lo hice. Fui a la universidad de Nueva York por un semestre para estudiar latín y estudios sociales, pero no lo sé, me sentí fuera de lugar, como si en ese momento mi cabeza no estuviera preparada para ello, así que conseguí un empleo y dejé la universidad, pensaba retomarla después, cuando me sintiera con más ganas, pero mi vida tomó otro curso, pasé de un empleo a otro por unos años que después la idea de retomar los estudios se volvió lejana.

Desde luego que dejé de lado el hecho de que en esos años todo fue acelerado y lento a la vez, que prácticamente no tenía contacto con la gente, no uno real de todos modos, y que mi vida social era demasiado caótica, en realidad me limitaba a salir por ahí sola, ir a un bar y terminar bebiendo y enredada con algún tipo al que no conocía de nada y al que nunca volvería a ver, siempre era uno diferente, cada fin de semana. Me avergonzaba recordar esa época, aunque Lisa decía que era comprensible, dado que estaba sola y necesitaba llenar muchos vacíos.

En ese momento llegaron nuestros platos, por lo que comenzamos a comer.

—¿Y cómo llegaste a convertirte en escritora? —me preguntó después.

—Pues mientras tenía esos empleos trabajaba durante el día, y por las tardes y noches escribía porque me hacía sentir bien, era como una especie de catarsis y no es que mi intención fuera publicar, solo lo hacía como un pasatiempo, pero cada vez me veía más sumergida en ese mundo, cada día sentía que me arrastraba al empleo y no podía esperar a regresar a casa para seguir escribiendo, así que decidí enviar mi manuscrito a varias agencias, y recibí un par de rechazos hasta que alguien aceptó publicarme, y tuve suerte de que mis libros se vendieran bien, porque eso me permitió dejar mi empleo y dedicarme por completo a la escritura.

—Pues qué bueno que hayas encontrado lo que te apasiona. Debes ser buena si tus libros se venden tan bien —musitó.

—Pues me gusta lo que hago, y tengo suerte de que a la gente también —repuse.

—A Felicity solían gustarle mucho los libros, de hecho, podía pasarse días enteros leyendo, era

como si cuando leía se olvidase del mundo externo —me contó.

—Y, por lo visto, Serena heredó ese aspecto de ella.

—Sí, lo hizo, bueno, no sé si lo heredó, es decir, porque creo que eso no se hereda sino, más bien, esta le inculcó el leer, o le transmitió su pasión por ello —repuso.

—Sí, lo entiendo, se nota que eso fue lo que la hizo una niña tan despierta y estimulada —comenté y él asintió.

—Sí, yo también lo creo, aunque muchas veces pensé que tal vez nació así, porque me sorprende con las cosas que dice, pero comienzo a pensar que la lectura la hizo así.

—Se nota lo orgulloso que estás de ella, aunque cualquiera lo estaría en tu lugar.

—Orgulloso es poco, a veces pienso que soy tan suertudo que me tocó la mejor hija que existe. No pude evitar esbozar una sonrisa ante ello, o ante la mera mención de Serena.

—Pues es imposible que esa niña no despierte mínimamente simpatía en la gente, porque es tan adorable y despierta que genera solo cosas buenas —murmuré, y él sonrió de forma complacida.

—¿Sabes? A veces escucho comentarios de sus maestras o de gente del pueblo, sobre lo buena e inteligente que es Serena, pero siempre me sorprendo.

—Pues no me puedo imaginar lo que es ser padre, pero debe ser una sensación hermosa —comenté, porque siempre me había preguntado cómo sería tener un hijo, lo que se sentiría por él o ella, lo que sería querer dar la vida por una persona.

—Lo es. Cada mañana me levanto por ella, y todo lo que hago gira alrededor de su existencia. Mi mundo entero cambió desde que ella llegó, es como si se hubiese configurado o algo así, de repente me encontré adorando cada aspecto de esa nueva persona que contribuí a crear, amándola como si fuese lo único en la vida, a veces, cuando lo pienso, me resulta abrumadora la forma en que ya la amaba desde antes de que naciera, y la cantidad de amor que parecía albergar dentro que ya estaba reservado para ella. Es la sensación más maravillosa que un ser humano puede experimentar. —El brillo que emergió de sus ojos, y la cadencia embelesada que había aparecido cuando empezó a hablar de Serena, me produjo un revoltijo de ternura en el pecho, que tuve que parar de comer por un minuto—. ¿Alguna vez pensaste en tener un hijo?

—Claro, como todos —respondí, volviendo a tomar los utensilios.

—Pues no todos quieren ser padres. Varios capataces que trabajan en mis tierras no quieren tener hijos, y mi hermana Bea dice que cada vez se convence más de que no tiene madera para ser madre.

—Eso es cierto —convine, dado que Lisa no quería tener hijos, o casarse, y se mostraba bastante segura en ello.

—Pero se nota que tú serás una buena madre —levanté una ceja ante ello—, es decir, porque Serena te adora, de hecho, le caíste bien a través de la televisión y, si bien es una niña sociable, tampoco congenia de ese modo con cualquiera, así que de seguro debes despertar lo mismo en otros niños.

—Pues no, de hecho, nunca desperté tal cosa en un niño, si apenas los tengo en cuenta —le

confesé, porque no tenía mucha relación con los niños, en mi piso casi no había y no me relacionaba con gente que los tuviera—, pero me gustan, y Serena es tan adorable que me siento halagada de caerle tan bien.

—¿Sabes qué me dijo la vez pasada? —Levanté las cejas de forma curiosa—. Que una de las razones por la que le gustas tanto es porque le recuerdas en algún aspecto a su madre.

Como estaba bebiendo el vino, casi me atraganté, después me quedé pensando un momento en lo que había dicho.

—¿En qué aspecto? —le pregunté con interés.

—No supo decirme qué aspecto precisamente, porque físicamente no te pareces a ella, y no sé si en cuanto a la personalidad, pero a mí también me la recuerdas un poco en algo, aunque tampoco sabría decirte en qué.

—Pues me agrada que sea así, porque ella parecía ser una persona agradable —comenté sin saber qué más decir, pero la verdad era que me sentía halagada por ello.

—Felicity era la mejor, te hubiera encantado conocerla, creo que habrían sido buenas amigas.

Yo sonreí ante ello y él se quedó mirándome de forma fija por un momento que me inhibió un poco, a pesar de que las luces eran tenues en ese restaurante, y alumbraban más las velas que estaban en las mesas que las artificiales.

—Pues cuánto lamento que se haya ido —expresé y él solo asintió sin decir nada.

Una vez que terminamos de comer, ordenamos unos batidos de chocolate con crema de postre.

—¿Y llevas mucho tiempo soltera? —Me sorprendió un poco que me preguntara aquello, aunque claro que era de esperar, ya que nos estábamos conociendo, en cierto modo.

—Pues... sí —repliqué y él se quedó mirándome, como esperando que siguiera hablando—, es decir, nunca estuve en una relación seria, si es lo que querías saber.

—Oh... ya veo —dijo de una forma que me pareció confundida o incrédula—. ¿Por qué?

—No lo sé, supongo que durante un tiempo no estuve dispuesta a ello, y tampoco conocí a alguien con quien quisiera iniciar algo serio —repliqué.

—Supongo que no es fácil encontrar a alguien en Nueva York después de todo, es decir, mi hermana Bea vive allí, y dice que la mayoría de los muchachos que conoció son patanes o tipos que claramente no quieren tener nada serio.

—Sí, supongo que está en lo cierto —concordé.

—Pero no creo que tengas problemas para encontrar a alguien, de todos modos —añadió después—, es decir, porque eres talentosa, exitosa, interesante, buena, y... pues hermosa.

La oleada de calor que se apoderó de mi cuerpo me había llegado al rostro, y esperaba que no se manifestara a través de un rubor ardiente en las mejillas, porque entonces se daría cuenta de que estaba nerviosa.

—Pues gracias por todo lo que dijiste; eres muy generoso. —O cordial, pensé, tal vez solo estaba tratando de ser condescendiente, tenía pinta de ser de esos, o había dicho todo eso solo porque se sentía en falta por las atenciones que había tenido para con su hija.

Cuando salimos del restaurante, el aire gélido de la noche me hizo tiritar, dado que llevaba puesto un abrigo liviano, ya que había ido tan de imprevisto que no me había registrado en el hotel y había ido directamente a la casa de los Mackintosh.

Una vez que llegamos a destino, nos bajamos de la Land Rover y yo me disponía a despedirme de Bennett allí mismo, y tendría que hacerlo rápido porque en esa zona hacía más frío, y encima esa era la única casa que había por ahí, todo alrededor era penumbras que hasta me daba miedo mirar.

—Bueno, muchas gracias por la cena —expresé—. Dile a Serena que la veré mañana al mediodía.

—Cuenta con ello —me prometió y después nos quedamos mirándonos. Iba a despedirme de él cuando me preguntó—: ¿Piensas irte al hotel?

—Pues es eso o dormir en el auto —repliqué de forma sarcástica.

—Es que es muy tarde, a veces los hoteles cierran a determinada hora de la noche —me dijo y caí en la cuenta de ello. En los pueblos era diferente a la ciudad, en donde los hoteles, moteles y posadas estaban siempre abiertos.

—Oh, vaya...

—Pero puedes quedarte aquí, es decir, hay un dormitorio de huéspedes —me ofreció, pero dudé ante ello.

—No sé si sea apropiado.

—¿Por qué no? Si es solo un dormitorio que está en la planta alta, a mí no me molesta, y a Serena le encantará también.

Yo me quedé pensativa un momento, considerándolo mentalmente, pero era cierto que era muy probable que a esas horas ya no pudiera registrarme en ningún hotel. Así que acepté, aunque me inhibiera un poco dormir allí, sabiendo que estaríamos los dos solos en esa casa, apartados de todo y todos y encima, lo que era más importante, Bennett era muy apuesto, y no fui consciente hasta que me acosté, de que me sentía atraída por él.

Capítulo 22

Desde que vivía allí que las habitaciones de huéspedes no se ocupaban, probablemente porque Felicity no tenía familiares que los visitaran, y los de Bennett nunca se quedaban, dado que vivían en el pueblo, ni siquiera Bryce o Bea cuando andaban de paso. Así que esta era la primera vez que alguien se quedaba a dormir, y eso lo tenía algo inquieto a Bennett, porque era consciente de que no estaba solo, y de que la persona que estaba en una de las habitaciones de la planta alta era una mujer hermosa, que le despertaba emociones que no había sentido en mucho tiempo: interés, para empezar, porque desde que Felicity no estaba que el universo femenino parecía haber desaparecido para él, las mujeres solo eran seres humanos, al igual que los hombres, no había nada en ellas que despertaran su curiosidad, pero en el momento en que había visto a Avery, a través de la televisión y luego en persona, sintió algo similar a lo que le había producido Felicity, aun cuando él no fuera capaz de admitirlo, porque no quería que ninguna otra mujer ocupara el lugar de Felicity en ciertas cuestiones. Pero no iba a negar que le gustaba Avery, la manera en que hablaba, con tanta elocuencia y soltura, su voz relajada y dulce, sus ojos marrones tan profundos, sus labios color carmín, que parecían ser suaves, sus rasgos tan preciosos, que parecían tallados, y su cuerpo era igual de bonito, pues era una mujer alta, esbelta, de complexión delgada y fina, destilaba un aire de ciudad, pero también algo muy femenino que no sabía cómo describir. Antes de cerrar los ojos, la imaginó arrebujada debajo de las frazadas y su rostro compuso una sonrisa placentera.

Cuando abrió los ojos, se quedó un rato contemplando el cielo a través de la ventana, las cortinas estaban corridas, por lo que Bennett se quedó mirando al cielo que estaba cubierto de nubes grises, aunque unos rayos discretos parecían filtrarse a través de ellas; tal vez sería un día soleado después de todo.

Se levantó de la cama y se cambió y, justo cuando estaba yendo hacia la cocina para prepararse su café, recordó que tenía una visita durmiendo en el dormitorio de arriba. No sabía si subir a despertarla para desayunar, pero no le pareció correcto, por si estaba durmiendo. Fue hacia la casita de Polka Dot, a ponerle agua y comida, después enfiló hacia la cocina a prepararse el café. Tras encender la cafetera, fue hacia afuera a recoger el periódico, cuando abrió la puerta una brisa helada le pegó en todo el cuerpo, haciéndolo tiritar un poco, pero el sol ya estaba brillando con más intensidad. Se sentó en el taburete y se puso a leer el periódico mientras bebía café, cuando le

pareció escuchar un ruido proveniente de la planta superior, aguzó el oído para ver si oía algo más y, un rato después, lo hizo, por lo que supo que Avery se había despertado. Se encaminó hacia el pasillo y le gritó que estaba en la cocina, algo que le pareció ridículo, pero no tenía ganas de subir a la segunda planta. Al rato, ella entró por la puerta, luciendo un chándal y una sudadera azul, llevaba el cabello suelto y su rostro, exento de maquillaje, parecía visiblemente descansado.

—Buenos días —lo saludó de forma relajada.

—Buenos días. ¿Qué tal dormiste? —le preguntó con interés, ya que realmente quería saberlo, porque como esos dormitorios no se usaban, las habitaciones allí eran más frías y temía que se sintieran más solitarias. Felicity solía decir que las casas y las habitaciones tenían espíritu propio y él terminó creyendo que tal vez era así.

—Muy bien, de hecho, sentí como si hubiese dormido por diez horas seguidas en un *resort*. — Su respuesta lo complació.

—Bueno, eso es porque este lugar está alejado de todo —repuso y después le indicó que se sentara en el taburete que estaba enfrente de él—. ¿Te sirvo café? —ella asintió—, justo iba a preparar el desayuno, ¿tienes alguna preferencia?

—No realmente, aunque lo único que no como es tocino —replicó ella—, es que una vez vi un documental, en el Discovery Channel, en el que mostraban cómo sacrificaban a todos esos cerditos indefensos y dulces y, desde entonces, ni siquiera pruebo el jamón.

Bennett se quedó mirándola un momento de forma intrigada y después le dijo:

—Felicity tampoco comía, por la misma razón, así que aquí no comemos ningún producto porcino.

—¿Ella era vegetariana? —le preguntó Avery.

—Oh, no, sí comía pavo, carnes rojas y blancas, supongo que porque no vio ningún documental sobre la matanza de vacas, pavos o pollos.

—Tampoco yo —repuso sonriendo de forma animada y, por un momento, Bennett se quedó prendado a ella.

—Entonces empezaré a preparar el desayuno —dijo.

—Te ayudaré —se ofreció ella.

Bennett se puso a cocinar huevos en la hornalla, mientras que Avery preparaba la mezcla para hacer panqueques. Colocaron un cuenco con leche y cereales, y otro con frutas y mantequilla y jaleas, y después se sentaron a desayunar. Bennett se percató de cuánta hambre tenía, y Avery también, dado que comían una cosa tras otra y apenas hablaban, aun así la observó mientras desayunaba y la forma en que comía y bebía le recordó un poco a Felicity, de hecho, le pareció sentir su presencia allí con ellos, algo que le ocurría de vez en cuando. Tras la muerte de Felicity había sido constante, siempre la sentía cerca de él, a toda hora y adónde iba. Le había contado sobre ello a sus padres y estos le habían dicho que era natural que lo sintiera así, ya que la presencia de Felicity había sido importante en su vida que era probable que la sintiera por mucho

tiempo, aunque su madre después le había dicho que también podía tratarse de su espíritu, que estaba en la casa para cuidar de él y Serena, pero Bennett no sabía qué pensar al respecto, porque no creía que tal cosa como los espíritus o fantasmas existieran, aun cuando quisiera creer que era así porque, de ese modo, Felicity seguía existiendo, solo que en otro plano, y tal vez, algún día, hasta volverían a verse y a estar juntos de nuevo.

Justo cuando habían terminado de desayunar, se escuchó que se había abierto la puerta frontal. Bennett se levantó y se encaminó por el pasillo para recibir a su hija.

—¡Papá! —gritó con euforia, como si llevara días sin verlo. Corrió a sus brazos y Bennett la atrapó, tal como siempre lo hacía y luego la abrazó fuertemente, como si llevara tiempo sin verla.

—¿Qué tal dormiste anoche? —le preguntó cuando ella se hizo a un lado.

—Muy bien, pero olvidaste llamarme para darme las buenas noches —le recriminó.

—Sí, lo lamento, es que regresé tarde de cenar que pensé que ya estarías dormida —se excusó, pensando que era la primera vez, desde que Serena dormía en casa de su madre, que no la llamaba para darle las buenas noches.

—¿Cenaste con Avery al final? —inquirió con voz esperanzada.

—Sí, así es. Fuimos a un restaurante, tal como lo sugeriste. —Su respuesta produjo una reacción placentera en el rostro de su hija, que se manifestó en una sonrisa que le iluminó todo el rostro, una expresión que a él tanto le gustaba ver.

—¿Y te dijo si vendría hoy a almorzar? —indagó y Bennett estuvo a punto de decirle que Avery se había quedado a dormir allí pero, en su lugar, la llevó hacia la cocina. En cuanto Serena vio a Avery sentada ahí, se soltó de la mano de su padre y corrió a los brazos de ella.

—¡Avery! —vociferó de forma tan entusiasmada, que Bennett cayó en la cuenta de que no se excitaba tanto por algo desde la muerte de Felicity.

—Hola, Serena. ¡Qué bueno volver a verte! —le dijo Avery de forma afectuosa al tiempo que la abrazaba. La imagen le produjo tal ternura a Bennett, que sintió que su corazón se había dulcificado como si le hubieran untado melaza. De inmediato, recordó a Felicity abrazando de esa forma a su hija y, al verlas juntas, siempre se le encogía el corazón, tal como en ese momento.

—¿Viniste temprano del hotel? —inquirió Serena y Avery miró a Bennett, como esperando que le contara que se había quedado allí.

—Era muy tarde cuando regresamos del restaurante, así que la invité a que durmiera aquí, en uno de los dormitorios de huéspedes —le contó Bennett.

—¿De verdad dormiste aquí? —le preguntó Serena de forma entusiasta y Avery asintió.

—Por cierto, hay algo que quiero mostrarte, pero tendrás que esperarme aquí —le dijo Avery mientras se soltaba de su abrazo. Salió de la cocina, y luego de la casa, dirigiéndose hacia el auto que había rentado. Serena se quedó parada junto a la mesada, mirando a Bennett de forma intrigada, este solo se encogió de hombros, como si no supiera qué era lo que Avery había ido a buscar. Al rato, Avery regresó, portando algo en sus manos.

—En cuanto la vi me acordé de ti, así que te la compré —le contó Avery mientras le entregaba

la enorme muñeca. El rostro de Serena era digno de retratar, que Bennett sacó su móvil de su bolsillo y le tomó una fotografía.

—Oh, por Dios. ¡Es Madeline! —exclamó de forma maravillada.

—¿Te gusta? —le preguntó Avery, inútilmente, dado que el rostro de Serena rezumaba puro encantamiento y excitación.

—Me encanta —declaró, al tiempo que la abrazaba. Bennett volvió a tomarle otra fotografía y se vio tentado de captar a Avery también, pero le pareció incorrecto hacerlo sin su permiso.

—Me alegra mucho saberlo —repuso Avery de forma complacida, algo que le agradó mucho a Bennett, así como el que le hubiera comprado una muñeca del personaje preferido de Serena.

—Gracias por habérsela comprado —expresó Bennett, porque le pareció correcto hacerlo, en vista de que era el padre de la niña.

—No hay de qué, de hecho, es un placer para mí —le dijo ella y a él le complació escuchar su respuesta.

—Iré a ponerla en mi dormitorio —anunció Serena, saliendo de forma acelerada de la cocina. Bennett y Avery se quedaron en silencio, solo mirándose de una forma tan intensa, que Bennett pensó que iba a perder el equilibrio, aunque estaba apoyado en el umbral de la puerta. Por suerte, Serena regresó al instante, por lo que ambos dirigieron la atención a ella.

—Enseguida almorzaremos, así que vayan a lavarse las manos —les pidió Bennett, por lo que las dos salieron de la habitación de manera obediente. Él se fue hacia la nevera, a hurgar qué había dejado Noreen; encontró una cazuela de espaguetis con salsa de nueces y pollo, así que lo puso en el horno y después se dispuso a preparar la mesa, pero justo entraron Avery y Serena y se ofrecieron a ayudarlo y él las dejó hacerlo, porque cuando Felicity vivía siempre preparaban la mesa juntas.

Mientras comían, Serena les contó lo que había hecho el día anterior en casa de su abuela: hornearon tartas y *cupcakes*, fueron a tomar el té con el comité de la Sociedad Histórica y, por la noche, vieron una película. Ese itinerario pocas veces variaba, como cuando iban hacia Nueva York a ver a Bea, o cuando había eventos. Luego les preguntó qué habían hecho ellos. Bennett le contó que solo habían ido al restaurante, y que después regresaron a la casa. Serena le preguntó a Avery si le había gustado dormir allí y ella le respondió que sí.

Una vez que terminaron de comer, salieron al aire exterior, el sol había salido con más intensidad por lo que, a pesar del frío, hacía un lindo día.

Se encaminaron por el césped, en donde en primavera florecían los dientes de león y los jazmines, y en donde a Serena le gustaba revolcarse. Ella y Avery iban cogidas de las manos, y Bennett caminaba al lado de ambas. Serena le contó que, cuando Felicity vivía, siempre se sentaban en un banco que estaba en la entrada al bosque, a admirar la vista. Cuando llegaron allí, Serena le mostró el banco en cuestión, que ahora tenía una placa impresa en el respaldo, en ella se leía la frase: “Eres lo que el mundo creó porque le hacía falta. A la memoria de Felicity Mackintosh”. Bennett notó que Avery se quedó mirando a la placa, por lo que le dijo que él había

escogido esa frase porque se la había leído en los votos matrimoniales el día de su boda. Avery se quedó mirándolo de una forma que no pudo descifrar, parecía maravillada, pero también algo más. Serena le siguió mostrando parte del bosque, mientras le contaba que le gustaba jugar allí en verano. Avery comentó que en esa época del año los atardeceres debían de ser idílicos, y que le encantaría verlos desde ahí. Bennett no pudo evitar imaginarla en esos prados, luciendo un vestido blanco holgado, caminando por encima de los pastizales con Serena, jugando con los dientes de león, después sentados los tres en el césped, contemplando el atardecer que, en esa parte del pueblo, en donde todo era despejado y más vasto, se veía espectacular.

Cuando regresaron a la casa, bebieron una taza de chocolate con pastel horneado por Noreen. Una hora después, Avery estaba lista para marcharse a Nueva York. Serena se puso algo triste por su partida, y Bennett, aunque no fuera consciente de ello, también. Avery le dio un fuerte abrazo a Serena y después extendió su mano hacia Bennett; él la asió de manera suave, sintiendo que todo su cuerpo se había agitado de repente ante ese contacto.

Capítulo 23

Cuando llegué a mi departamento, tomé a Emily Dickinson y me senté en un sillón con ella, porque cada vez que me iba me sentía un poco mal por dejarla sola (incluso si era solo por un fin de semana). Ella se frotó en mi rostro y después se acurrucó en mi regazo. Yo traté de relajarme, mientras cerraba los ojos para descansar un poco. Estaba un poco exhausta, a pesar de que no tenía por qué, ya que al haber estado en una zona rural sentía como si hubiera estado en un *resort*, porque la tranquilidad en esa parte del país era absorbente y apabullante para alguien que vivía en una ciudad muy concurrida y ruidosa las veinticuatro horas del día.

Al cabo de un rato, me levanté y me puse a preparar la cena; solo calenté una sopa de lata, porque no me apetecía cocinar. La comí mientras veía una película, aunque no pude concentrarme mucho en ella, porque mi mente estaba en otra parte.

Al acostarme, me quedé mirando al techo, pensando en Serena y Bennett. Había pasado un lindo fin de semana junto a ellos, más que lindo, hacía tiempo que no la pasaba tan bien, ni siquiera cuando salía con Lisa, y eso que me agradaba la compañía de ella, aunque lo más probable era que lo que no me gustaba fuera salir por ahí, en especial a lugares muy concurridos. Los primeros años, tras mudarme hacia allí, era lo que más me agradaba de esa ciudad pero, a medida que los años pasaban, le fui perdiendo el gusto, tal vez era algo natural, debido a que iba creciendo, ya estaba más cerca de los treinta, por lo que mi cuerpo y espíritu necesitaban otro tipo de cosas que llenaran más mi alma, que me nutrieran más, y la zona en la que Serena vivía con su padre era idílica. La noche anterior en que había dormido allí fue como sumirme en un sueño relajante y placentero; de hecho, tuve sueños muy vívidos en los que estaba en esos bosques en un día de verano, corriendo por los prados, con Serena a mi lado, y más atrás venía alguien y, aunque no pudiera ver quién era, sabía que se trataba de Bennett. Más allá, en el otro extremo del bosque, aparecía una silueta y, aunque apenas era visible desde allí (porque estaba casi cubierta por los rayos del sol), sabía que era Felicity. Cuando me desperté, sentí como si hubiera dormido, pero como si a la vez no lo hubiera hecho, porque era como si hubiese estado despierta todo el tiempo debido a la nitidez del sueño. Por un momento, sopesé la idea de contarle a Bennett sobre el sueño, en especial cuando dimos una caminata por el bosque, pero no me pareció correcto hacerlo, dado que no había tanta confianza entre nosotros, tal vez podía no gustarle el hecho de que mencionara a su esposa siquiera, podía ser de esos, que en ciertos aspectos se mostrara reacio

o irritable, aunque no me parecía, ya que durante la cena, la noche anterior, me había parecido un hombre bastante amable y equilibrado, además de responsable y con los pies en la tierra, aparte de que con Serena era muy tierno, pero porque era de esperar, en vista de que era su única hija y había perdido a su madre. Aunque mi padre no era así conmigo tras que mi madre muriera, y eso que yo también era su única hija y si bien nunca se enojaba conmigo, tampoco me daba muestras de afecto, era como si yo fuera su hija, pero a veces no estuviera presente siquiera. Muchas veces me había preguntado qué ocurría en su cabeza, en qué pensaba durante todo el día, si eran pensamientos triviales y cotidianos, o si pensaba en mi madre todo el tiempo. Me inclinaba a pensar que era así, ya que su semblante siempre estaba apagado y sin vida, como si estuviera presente en la Tierra pero su cabeza estuviera en otra parte, muy alejada de este mundo. Años después de que él muriera también había considerado la posibilidad de que hubiera sufrido alguna enfermedad mental, o padeciera una depresión no tratada, pero sea como fuere ahora no tenía modo de saberlo.

Antes de dormirme, pensé en Serena y su padre, en si ya estarían durmiendo, y deseé estar de nuevo allí con ellos.

A la mañana siguiente fui hacia el cementerio a visitar a mis padres, hacía mucho que no lo hacía y, a medida que se acercaba Navidad, más pensaba en ellos. Al llegar allí, dejé un ramo de gardenias en la tumba de ambos, dado que eran las flores preferidas de mi madre. Estaban enterrados uno al lado del otro, como mi padre lo había estipulado, y como mi madre lo habría querido. Me senté en el césped y me quedé mirando a sus lápidas, pensando en si estarían en algún lugar juntos y mirándome desde ahí. Realmente esperaba que así fuera.

Por la tarde, me encontré con Lisa en una cafetería, más que nada para ponernos al día. Tras ordenar nuestros pedidos, empezamos a hablar.

—Cuéntame, ¿qué tal tu fin de semana en el campo? —me preguntó de forma burlona.

—No es el campo, bueno, la zona en la que Serena vive sí, pero es todo muy pintoresco y tranquilo —le conté y ella se quedó mirándome, escrutando mi rostro de forma atenta, como lo hacía cada vez que no me veía por un tiempo, o que detectaba algo nuevo en mí, y me pregunté qué sería.

—Pues se te ve mucho más relajada, eso no se puede negar —comentó, todavía mirándome de esa forma—. ¿Y qué hiciste con Serena?

—Pues almorzamos ayer y luego dimos un paseo alrededor de su casa, ya sabes que allí todo es bosque, árboles, prados y colinas, que es una visión realmente encantadora —respondí.

—Pero entonces solo viste a Serena ayer, ¿no el sábado por la noche? —inquirió.

—No, es que fui a buscarla en su casa para darle la sorpresa de que había ido, pero ella estaba en la casa de su abuela, dado que va cada sábado para allí —repuse.

—Oh... claro y entonces solo te quedaste en el hotel.

—No, de hecho, Bennett, el padre de Serena, me invitó a cenar en un restaurante, ya que yo había ido hacia ahí y estaba sola —le expliqué.

—Oh... fuiste a cenar con el viudito —dijo de forma burlona—. ¿Y qué tal?

—Pues es un hombre interesante, es decir, no es que destile interés por los poros, pero es bueno, inteligente y muy trabajador, y no es aburrido a la hora de hablar, a pesar de que socialmente no se relaciona con mucha gente —le conté y ella se quedó mirándome.

—¿Y físicamente?, ¿qué tal es? —indagó con interés; no es que Lisa fuera superficial, pero tendía a hacer esas preguntas cuando se trataba del sexo masculino.

—Pues... es alto, no como un jugador de baloncesto, pero es más alto que yo, tiene la tez clara y la complexión delgada, pero no escuálido, su cabello es lacio, castaño claro, como el de Serena (aunque el de ella es más bien caramelo, como el de su madre), tiene los ojos avellanas y su semblante es pacífico, es decir, amable.

Lisa hizo a un lado su taza de *latte* y dijo:

—Pues me gusta la descripción tan detallada y precisa que me diste de él, de hecho, no recuerdo que hubieras sido así con ningún muchacho al que conociste alguna vez.

—Bueno, es que es el padre de Serena, y no es la primera vez que lo veo, de hecho, ya habíamos cenado una vez en su casa, el primer fin de semana que fui para allí, ¿lo recuerdas?

—Pues no, no lo recuerdo, porque nunca me contaste tal cosa.

—¿Cómo que no? —le pregunté con incredulidad, ya que siempre que me iba a algún lado le daba un parte de todo lo que había hecho.

—Pues, de haber sido así, me acordaría, Avery. Todo lo que me contaste de ese fin de semana es que Serena te había mostrado su casa y a su perro Beethoven, nada más —replicó.

—Su perro se llama Polka Dot. Tu confusión viene del hecho de que te dije que era un San Bernardo —la corregí.

—Pero bueno, el hecho es que no me contaste que habían cenado y me pregunto por qué —dijo mientras me miraba de forma intrigada.

—Pues no lo sé, supongo que se me pasó por alto —musité mientras me encogía de hombros, pero Lisa me miró de forma escéptica.

—Como digas —repuso resoplando—. Entonces, dices que el viudito es interesante, buen padre, responsable, trabajador, amable y apuesto. ¿Te sientes atraída por él?

Me revolví un poco en la silla de manera nerviosa, deseando en mi interior que habláramos de otra cosa en su lugar.

—Pues... no voy a negar que cada vez que estoy cerca de él me pongo nerviosa, y cuando me mira mi corazón empieza a palpar con fuerza y luego, al venir de allá, siento que quiero regresar.

Al decirlo en voz alta, fui consciente de cuánto me gustaba Bennett, y no solo porque fuera apuesto, porque tampoco es que tuviera una belleza exultante, pero todo su ser emanaba un encanto que nunca antes había visto en nadie a quien hubiera conocido, y eso que había conocido a muchos tipos en Nueva York, no es que me hubiera involucrado con todos ellos, pero la ciudad estaba repleta de hombres guapos y nadie me había despertado el interés que me había generado Bennett. Había algo en él que hacía que me estremeciera y me producía un cosquilleo interior que no lo

había sentido por nadie, o tal vez solo cuando estaba en la secundaria, aunque en ese entonces estaba justificado por toda la cuestión hormonal, pero con Bennett era más intenso y parecía ir en crecimiento a medida que lo veía, ya que la primera vez que lo había visto me había llamado la atención, pero de un modo inocente, y solo basado en una impresión inicial, porque apenas habíamos hablado, pero el fin de semana en que habíamos cenado juntos, cada vez que hablaba sentía como si su voz me acariciara los oídos, porque tenía una cadencia suave pero firme; y cada vez que te escuchaba lo hacía prestándote toda su atención, como si realmente le interesara lo que decías, y cuando hablaba, había algo que iba más allá de su voz y de lo que decía, era como si se expresara con su alma, como si se abriera y te dejara ver un pedazo de él. Y cuando hablaba de Felicity, no podía evitar sentir una mezcla de admiración y envidia en mi interior, porque se notaba cuánto la había amado, como si hubiese estado destinada para él, como si la hubiese estado esperando y su vida se hubiera derrumbado cuando ella había muerto.

—¿Y él? ¿Se muestra interesado por ti? —me preguntó.

—Claro, pero porque soy amiga de Serena, es atento por ello y, porque como te dije antes, prácticamente no tiene vida social —le dije muy a mi pesar, porque no iba a engañarme haciéndome ilusiones con que me veía como a algo más que a una mera amiga, y de su hija, y aun si llegara a mostrarse interesado en mí, estaba claro que nadie podría reemplazar jamás a su esposa.

—Bueno, eso no lo sabes, después de todo lleva tiempo solo, es hombre, por mucho que haya estado enamorado de su esposa ella está muerta, y él tiene sus necesidades masculinas y, por lo que dices, eres la única mujer de su edad a la que ve últimamente, y tú eres hermosa, exitosa, buena, interesante, su hija te adora, que todo eso debe despertar algo en él.

—Sea como sea, no sé si sea buena idea involucrarme con él, para empezar por lo de su esposa muerta, que siempre está presente en su vida como si estuviera viva. Y, además, por Serena, imagina que nos enredamos y la cosa termina mal, ella quedará devastada y ya no podremos vernos más.

Sentí un nudo en el pecho al decir eso, porque me había acostumbrado a tener a Serena en mi vida, que imaginar que ya no estaba en ella me producía una sensación de vacío y tristeza.

Esa noche, tras cenar, me acosté y tomé mi teléfono móvil. Deslicé el dedo por los contactos hasta llegar al de Serena o, más bien, al de Bennett. Estuve un buen rato mirando al número con el dedo encima, hasta que decidí presionarlo. Mientras escuchaba el sonido de llamado del otro lado, las palpitaciones de mi corazón comenzaron a acelerarse ante la expectación. Por un momento, temí que ya fuera tarde y estuvieran durmiendo, pero cuando la voz relajada de Bennett atendió del otro lado, sentí que se me iba a cortar la respiración.

—*Hola, ¿hay alguien ahí?* —preguntó porque yo no respondía.

—Sí, hola. Bennett, soy...

—*Avery, hola.* —Me sorprendió que me reconociera.

—Hola, Bennett. Espero no haber sido inoportuna al llamar a esta hora —dije sintiendo que un

cosquilleo me recorría todo el cuerpo.

—*No, no, para nada, solo estaba viendo la televisión* —me dijo y lo imaginé sentado en su cama (si es que estaba ahí), viendo lo que fuera que estuviera mirando.

—¿Qué estabas viendo? —le pregunté, para poder formarme una idea mental completa.

—*Nada interesante, es decir, para ti, que eres mujer.*

—Supongo que te refieres a un partido de fútbol —repuse.

—*Cerca, de básquet* —replicó con una cadencia risueña que pude verlo esbozando sus labios y, en cuanto lo hice, sentí una punzada de emoción en mi estómago que casi salté de la cama. Como estaba acostada, me senté para poder controlar mejor mis reacciones corporales.

—¿Qué otro deporte te gusta, aparte de ese? —inquirí.

—*Pues, fútbol, rugby y golf, pero solo para verlos en la televisión, no para jugar a ellos.*

—¿Y alguna vez practicaste algún deporte? ¿En la secundaria, tal vez?

No me importaba en lo más mínimo hablar de deportes pero, de repente, quise saber cualquier aspecto de él, algo que nunca me había ocurrido, o tal vez solo en la secundaria, cuando quería saberlo todo de Sandy Nielsen, un chico un año mayor que me tenía loca por ese entonces, aunque nunca hubiera sucedido nada entre nosotros, porque él tenía novia y ni siquiera sabía de mi existencia.

—*Oh, no, era parte del grupo de los sedentarios* —dijo y yo me reí—, *es decir, más allá de andar en bicicleta por el pueblo no hacía más nada.*

—¿O sea que formabas parte de los sabelotodos? —pregunté, aunque no me parecía, dado que no había querido ir a la universidad.

—*No, solo era uno de los que estudiaban para sacar la calificación justa. No sobresalía ni atlética o socialmente, así que digamos que era de los tranquilos y poco distinguidos* —repuso y, de repente, quise saber cómo era su versión de adolescente.

—Apuesto a que tenías locas a las chicas. —En el momento en que lo dije, me percaté de la cadencia coqueta que había usado; esperaba que él no lo hubiera notado.

—*Oh, seguro, si hasta las cocineras babeaban por mí cuando recogía mi bandeja con comida.*

—Ja. ¿Entonces no tuviste novia en la secundaria? —inquirí con curiosidad, e incredulidad, porque no podía concebir tal cosa.

—*No, es decir, salí con un par de chicas, pero eran cosas inocentes, ya sabes cómo es todo a esa edad, nada es serio ni aunque lo parezca, bueno, supongo que tú también tuviste ese tipo de relaciones en esa época.*

—No, bueno, solo tuve una cita por aquel entonces, y también fue de lo más inocente que ni siquiera podía considerarse una relación —le dije.

—*Pero apuesto a que tú sí tenías a todos los chicos babeando por ti* —repuso y sentí que mis mejillas se encendieron.

—No, para nada —repliqué.

—*Deja de ser modesta. De seguro todos babearon por ti cuando te coronaron de reina.*

Casi lancé una carcajada al oír eso.

—Pues si hubiese ocurrido tal cosa, tal vez lo hubiesen hecho, o tal vez no, supongo que nunca lo sabremos.

—*¿Me estás diciendo que no fuiste la reina del baile? ¿De ninguno?* —preguntó con tal incredulidad que imaginé su cara de asombro.

—¿Qué te hace pensar que lo fui?

—*Pues... tu aspecto.* —El rubor de mis mejillas iba en aumento que temí mirarme en el espejo, por miedo a descubrir que estaba tan roja como un tomate.

—¿Qué hay con mi aspecto? —inquirí con algo de nerviosismo mientras me deslizaba lentamente en la cama.

—*Bueno... pues... ya lo sabes, tienes espejo en tu casa, ¿verdad?*

—Claro, ¿pero qué es lo que se supone que debo ver en él?

—*Pues... lo hermosa que eres.*

De repente, mi cuerpo dejó de cosquillar para paralizarse por un momento y luego estremecerse por completo.

—Oh, pues gracias por el cumplido —expresé mientras sentía un sacudón de emoción en mi interior.

—*No hay de qué. Solo digo lo que es obvio.*

—Pues no lo es para mí.

—*¿No? Entonces no sé si pensar que eres muy modesta o que me mentiste respecto a que tienes espejo en tu casa.* —Solo reí en respuesta, porque si bien no me consideraba poco agraciada, tampoco me creía hermosa, aun cuando Lisa o mis lectores me lo dijeran a menudo—. *A lo mejor tu aspecto era diferente en la secundaria, eras sabelotodo o usabas gafas y tenías acné, es decir, es la única explicación coherente que encuentro para que no te hubieran escogido reina.*

—Ni era sabelotodo ni pasé por la fase rara de usar gafas o tener acné pero, si quieres saber cómo era por esa época, puedo enviarte fotografías —le ofrecí.

—*¿De verdad? Pues no puedo esperar a verlas y, para ser justos, yo te enviaré unas de cuando era adolescente o, mejor aún, te las mostraré cuando vengas de nuevo.*

Sentí una oleada de emoción en mi interior al oír eso, no lo de ver las fotografías (aunque quería hacerlo, incluso de su niñez y nacimiento), sino lo de que esperaba volver a verme.

—De acuerdo, es un trato. La próxima vez que vaya a Westport llevaré mi álbum de fotografías y tú me mostrarás el tuyo —le dije mientras comenzaba a excitarme por dentro ante la idea.

—*¿Entonces... cuándo será? ¿Cuándo vendrás de nuevo?*

—Pues... no lo sé —le respondí aunque, si por mí hubiese sido, hubiese tomado el tren al día siguiente para ir.

—*¿Cuándo puedes?* —me preguntó y parecía muy excitado ante la idea de que fuera de nuevo.

Pero tal vez era porque Serena quería verme, no él. Mi excitación se desinfló como un globo que pierde aire.

—Pues yo puedo siempre, es decir, ya sabes que trabajo desde casa, aunque ahora no lo estoy haciendo, porque todavía estoy trabajando en la promoción del último libro, pero depende de ustedes, porque tampoco quiero importunar cuando sé que tienen cosas que hacer.

—*En realidad, casi no tenemos para hacer, bueno, Serena tiene más vida social que yo, pero a ella le encanta verte, ya sabes y, de todos modos, no importunas para nada. ¿Te gustaría venir el fin de semana que viene, y quedarte de nuevo a dormir aquí, así no vas y vienes de un hotel?*

—Desde luego —repliqué de inmediato.

—*Entonces, el sábado que viene te esperamos* —dijo.

—Por cierto, ¿cómo está Serena? —le pregunté recordando, de repente, que por ella había llamado, aunque en parte.

—*Ya está acostada, aunque no sé si se habrá dormido. Ayer te estuvo extrañando cuando te fuiste.*

Sentí una oleada de ternura al oír eso.

—Oh, pues yo también la extrañé al llegar aquí. —A ambos, en realidad, pensé.

—*Pues, entonces, mañana le contaré que llamaste y le diré que vendrás el sábado que viene* —repuso—. *Por cierto, le gustó tanto la muñeca que le regalaste, que ahora duerme abrazada a ella.*

—¿Sí? Cuánto me alegra oírlo —le dije y después tuve que despedirme de él, aunque no quisiera hacerlo—. Bueno, Bennett, solo llamaba para saber cómo están, dale mis recuerdos a Serena, y dile que no puedo esperar al sábado que viene para poder verla de nuevo.

—*Oh, pues cuenta con ello, y gracias por llamar, puedes hacerlo cuando quieras, a esta hora siempre estamos disponibles.*

—De acuerdo. Adiós.

Cuando me acosté, lo hice con una sonrisa esbozada. Sabía que Bennett me había invitado para que pudiera ver a Serena de nuevo pero, aun así, una parte mía esperaba que a él también le hiciera gracia verme de nuevo.

Capítulo 24

Antes de que Felicity llegara a su vida, cada semana era igual para Bennett, cada día, en realidad, porque todo lo que hacía era trabajar y regresar a su casa para comer, bañarse y ver algo en la televisión. Todo le parecía monótono, en cierta forma, como si cada día se repitiera, pero luego, cuando conoció a Felicity, cada día comenzó a brillar aunque estuviera nublado, más aún cuando nació Serena, ya nada era ordinario. Pero, tras la muerte de Felicity, todo había vuelto a ser como al principio, porque, a pesar de que le gustara su trabajo, sentía que debía arrastrarse hacia él cada día. Suerte que estaba Serena porque, de no haberlo estado, habría sido exactamente igual o peor que antes. Pero esta última semana, Bennett se encontró con mejor ánimo, como no lo había estado desde la muerte de su esposa. Los capataces que trabajaban para él lo habían notado, porque su semblante lo delataba, además de que se la había pasado tarareando cualquier canción, cuando no era usual en él. Hizo caso omiso a los comentarios sarcásticos que estos le lanzaron, pero tampoco se cuestionó el estar actuando de esa manera, solo se dejó llevar por su buen humor, se lo merecía, después de haber estado tanto tiempo en un limbo. De lo que sí se había percatado, era que cada día que pasaba esperaba con ansiedad a que llegara el sábado porque, entonces, volvería a ver a Avery. Cada noche sopesaba la idea de llamarla, pero le parecía imprudente hacerlo porque, de todos modos, la vería el sábado, aun así le hubiera gustado hablar con ella, cada día si fuera posible, porque le gustaba escuchar su voz, que le contara cosas de su vida, por insípidas que fueran, quería saber todo sobre ella, hasta el más mínimo detalle de su existencia.

Para cuando llegó el sábado, estaba tan excitado como Serena por la llegada de Avery. Le había pedido a Noreen que preparara comidas muy exquisitas y que fueran suculentas, aunque, de todos modos, ella siempre cocinaba delicioso y en abundancia. También le había indicado que acomodara bien la habitación de la segunda planta, en la que Avery se quedaría. Noreen le había preguntado si tendrían visitas, y él le había respondido que iría una amiga de la familia, ante lo que Noreen había levantado una ceja de forma curiosa, pero no había dicho nada.

—¿A qué hora te dijo que llegaría? —le preguntó Serena, de manera ansiosa, mientras miraba por la ventana del recibidor.

—Al mediodía estará aquí, así que en cualquier momento llegará —le respondió Bennett de manera relajada pero, por dentro, estaba tan nervioso como su hija.

—El día no está muy lindo —señaló Serena, dado que el cielo era una lámina gris, y la niebla

se estaba apoderando del bosque en esa parte del pueblo. Bennett se preguntó por qué Serena había hecho esa observación, porque ella no las hacía en vano—. Tal vez desistió de venir porque la carretera está llena de neblina.

—Dudo que la neblina haya llegado hasta las carreteras —le dijo Bennett, pero se preguntó si sería así, porque la razón de que hubiera neblina en esa parte del pueblo, era que estaba cerca de una isla, y porque era zona descampada, dudaba que en el pueblo o en las carreteras fuera así, pero nunca se sabía.

—¿Te dijo hasta cuándo se quedaría? —le preguntó Serena después, sin despegar la vista de la ventana, de hecho, parecía que su cara estuviera pegada al cristal.

—Pues hasta mañana, recuerda que ella solo viene por el fin de semana —replicó Bennett.

—Lo sé —dijo de forma alicaída y Bennett se quedó mirándola. Sabía cuánto le gustaba a Serena que Avery fuera a la casa, y que quería que se quedara por más tiempo que un fin de semana, e iba a explicarle, una vez más, que Avery tenía una vida en Nueva York, y que no podría ir cada fin de semana a Westport, pero no quiso hacerlo, porque sabía que Serena entendía aunque, aun así, anhelaba verla por más tiempo. Él la comprendía en ese sentido porque, tras la última visita de Avery, también había deseado que se quedara más tiempo. Algo que le había sorprendido enormemente, pero no lo había cuestionado en absoluto.

Al cabo de un rato, escuchó los motores de un auto acercarse a la casa y, cuando vio que el rostro de Serena se tiñó de excitación, supo que Avery había llegado.

—¡Ahí viene, ahí viene! —anunció Serena de forma animada mientras salía de la casa para recibirla. Bennett la siguió, sintiendo un incipiente cosquilleo burbujear en su interior. Trató de serenarse para que no se le notara, y porque era algo que no sentía desde Felicity, que ahora le resultaba hasta novedoso.

Cuando Avery bajó del auto, Serena se lanzó a sus brazos. Ella la abrazó de una manera tan fuerte y afectuosa que Bennett, una vez más, sintió una punzada de amor en su pecho, pero no solo por ver la encantadora escena entre Avery y su hija sino porque, al verla, sintió que la respiración se le iba a cortar. Le pareció mucho más hermosa que la última vez que la había visto, a pesar de que seguía luciendo igual, no tenía nada nuevo, pero para él era una visión del cielo.

Una vez que Serena se despegó de sus brazos, la llevó de la mano a la casa. Bennett estaba en el porche, por lo que aguardó a que subieran los escalones, cuando se dio cuenta de que ella llevaba una valija pequeña en la mano. Se apresuró hacia ella y la tomó, entonces Avery alzó la vista y sus ojos se encontraron. Bennett sintió el impulso de inclinarse a sus brazos y tomarla, pero solo se limitó a darle un beso en la mejilla y, cuando lo hizo, creyó que tambalearía.

—Bienvenida de nuevo —le dijo.

—Gracias —repuso ella, sin despegar los ojos de los de él. Tal vez se habrían quedado mirándose por un rato, pero Serena rompió el hechizo cuando la apuró a que entraran en la casa. Tras entrar, Bennett subió a la segunda planta, a dejar la valija de Avery en el dormitorio, después bajó y se fue hacia el comedor, en donde la mesa ya estaba preparada, y la comida también, dado

que la habían calentado y la habían dejado cubierta en varias cazuelas. Los tres se sentaron y empezaron a comer.

—¿Qué hiciste en esta semana? —le preguntó Serena a Avery con bastante interés. Se habían sentado en la misma posición que el domingo anterior: Bennett en la punta, Serena, del lado izquierdo, y Avery, del derecho.

—Pues no mucho. Casi no trabajé, porque todavía estoy con la promoción de mi último libro, aunque tampoco tengo mucha inspiración para una novela, de momento, y fui al refugio de animales en el que ayudo, y nada más —replicó ella.

Bennett trató de imaginarla haciendo esas cosas. Durante la semana, se había pasado pensando en ello, cómo sería su vida en Nueva York, las cosas que hacía allí, el departamento en el que vivía. Había visto varias entrevistas de ella en internet, y se había quedado mirando fijamente a sus fotografías, reparando en cada aspecto de su rostro, mientras fantaseaba con las cosas que le haría, tanto a su boca como a su cuerpo. Una noche hasta había soñado con ella, dos veces, en realidad, aunque era prácticamente el mismo sueño: el primero era erótico, pero el segundo era más dulce, se veía caminando con ella por los prados que rodeaban la casa, iban cogidos de las manos en un día soleado, y después se les unía Serena. Cuando se despertó, lo hizo con una sonrisa impresa en el rostro, como lo hacía cuando soñaba con Felicity y, entonces, cayó en la cuenta de que era el mismo sueño que usualmente tenía con Felicity, excepto que ahora era con Avery.

—¿Y tú qué hiciste? —le preguntó Avery a Serena.

—Pues fui a la escuela. Esta será nuestra última semana de clases antes del receso navideño, y el domingo que viene haremos una presentación de Navidad en la que cantaremos villancicos —le contó Serena de forma animada.

—Qué bueno —repuso Avery.

—¿A ti te gustan los villancicos? —le preguntó Serena.

—Claro que sí.

—¿Cuál es tu preferido? —inquirió Serena con curiosidad.

—*The Twelve Days of Christmas* —replicó Avery.

—Ese era el preferido de mi mamá también —le dijo Serena.

—¿Y cuál es el tuyo? —le preguntó Avery.

—*Sleigh Ride* —le respondió Serena.

—Es muy bonita; me gusta la versión de Amy Grant —comentó Avery.

—Oh, la que yo suelo escuchar es una infantil, en realidad —le contó Serena, y Avery sonrió. Después deslizó su mirada hacia Bennett, quien sintió una punzada de nerviosismo al encontrarse con sus ojos.

—¿Y tú qué hiciste, Bennett? —inquirió con curiosidad, y él se preguntó si realmente quería saberlo, o si solo le preguntaba por ser cordial.

—Pues no mucho más que trabajar —replicó con algo de incomodidad.

—Y ayer compramos un árbol —le contó Serena después.

—Oh, ¿y lo decoraron? —le preguntó Avery, y Serena negó con la cabeza.

—No, lo haremos hoy —le respondió ella—. ¿Tú ya decoraste tu árbol?

—Ni siquiera compré uno —replicó, y Serena se quedó mirándola de forma atónita, como si hubiese dicho algo inaudito.

—¿Por qué no? —indagó.

—No sé, supongo que porque vivo sola, y tampoco me entusiasma mucho la Navidad —le dijo, y Bennett se quedó pensando en el hecho de que no tenía familia, y se preguntó con quién pasaba ese día.

—A él tampoco le gusta mucho, ahora —le contó Serena, en referencia a su padre. Bennett se quedó mirándola y sintió los ojos de Avery posados en él con fuerza.

—Pues no a todos les gusta —comentó Avery.

—¿Y con quién celebras ese día? —le preguntó Serena con curiosidad.

—Pues el año pasado lo pasé con Lisa, pero este año ella se irá a Minnesota, a la casa de su familia, así que supongo que estaré sola.

Al principio, Serena se quedó mirándola de forma incrédula, pero luego su rostro adoptó una expresión lastimera. Bennett sabía que estaba sintiendo pena por Avery.

—¿Y tu amiga Lisa no tiene marido o hijos? —inquirió Serena.

—No, es soltera.

—Pues, Avery, tal vez si te casaras y tuvieras hijos, tendrías con quien pasar ese día.

Bennett se atragantó con el vino que estaba bebiendo, y después la fulminó a Serena con la mirada.

—¡Serena! —le espetó y esta volvió la vista hacia él de forma alarmada, porque Bennett prácticamente le había gritado—. No puedes decirle eso a una persona.

—Está bien, no es ninguna... —comenzó a decir Avery de forma relajada, pero Bennett la detuvo porque siguió regañando a su hija.

—Lo que acabas de hacer es una falta de respeto total, porque hay gente que no celebra las festividades y eso no es algo que esté mal, porque tal vez no les gusta o simplemente no tienen con quién festejar, no puedes andar sugiriéndoles que se casen o tengan hijos así tienen con quien pasar ese día, porque es como decirles que hay algo mal con ellos.

Serena se quedó mirándolo seria, con los ojos abiertos de par en par, como si se hubiera percatado de que se había excedido. Después desvió su mirada a Avery y le dijo:

—Perdóname, Avery, no fue mi intención faltarte el respeto, solo me dio pena pensar que pasas la Navidad sola, porque las festividades son para pasarla en familia, o con gente que quieres, por ello sugerí lo que dije.

Se la notaba realmente apenada, y a Bennett le dio una punzada en el pecho por haberle hablado de esa manera, pero es que había rebasado la confianza de Avery al decir eso.

—Descuida, Serena, no me molestó lo que dijiste, de hecho, sé que tu intención fue buena —

repuso Avery de forma natural—. Pero de verdad no me gustan mucho las festividades, les perdí el gusto hace tiempo.

—Lo entiendo —dijo Serena asintiendo.

Una vez que terminaron de comer, Serena llevó a Avery al *living*, para mostrarle el árbol que habían comprado, y Bennett se unió a ellas.

—Aquí están las cajas con ornamentos, ¿quieres ayudarnos a decorarlo? —le preguntó Serena a Avery.

—Desde luego —replicó esta, por lo que abrieron las cajas y extrajeron los adornos, que fueron colocándolos en el árbol. Como cada año desde que había muerto Felicity, Bennett sintió una oleada de nostalgia al realizar esa actividad, porque era algo que solían hacer con ella, además de que esa época en sí era de lo más deprimente.

Cuando terminaron de decorar todo, se quedaron mirando al árbol y a la habitación en general, dado que habían puesto varios adornos, como un Santa Claus y sus elfos, y otras cosas, en toda la sala.

—Pues quedó hermoso, ¿verdad? —dijo Serena.

—Así es —convino Avery.

Bennett no hizo comentario alguno, porque si bien las había ayudado con la decoración, solo lo había hecho por ser servicial, y porque era lo que Felicity hubiera querido, dado que aquel ritual de ornamentar era sagrado para ella, que le encantaba la Navidad pero, tras su muerte, dejó de encontrarlo interesante, de hecho, de no haber estado Serena en su vida, ni siquiera se habría molestado en seguir celebrando aquella festividad. En ese sentido, se sentía identificado con Avery. Se quedó mirándola, parada junto a Serena y, entonces, se percató de que estaban cogidas de la mano, y eso, una vez más, le produjo una punzada de ternura en el pecho.

Cuando salieron de allí, Serena llevó a Avery a su dormitorio, a mostrarle quién-sabe-qué-cosa, en tanto que Bennett tomó las llaves de su auto para ir a un sitio. Fue hacia la recámara de Serena para avisarle a dónde iba. En cuanto entró ahí, las encontró a las dos sentadas en la cama, viendo lo que parecía ser los trabajos de Serena de la escuela. Ambas levantaron la vista cuando lo oyeron entrar y se quedaron mirándolo.

—Disculpen que interrumpa, pero venía a decirles que saldré un rato —anunció.

—¿Adónde irás, papá? ¿A la casa de la abuela? —le preguntó Serena, porque cuando Bennett salía lo hacía solo para ir a la casa de su madre.

—No, iré al cementerio —le dijo.

—¿Podemos ir contigo? —inquirió Serena—, así de paso Avery conoce su tumba.

—Sí, claro. ¿Quieres venir con nosotros? —le preguntó Bennett.

—Desde luego —respondió Avery.

Los tres salieron de la casa, se subieron a la Land Rover, y partieron al cementerio a ver a Felicity. A pesar de que cada fin de semana iban a visitarla, esta vez Bennett se puso nervioso por ello, porque era la primera vez que iba con una mujer, y con una que le gustaba.

Capítulo 25

Ir al cementerio con Bennett y Serena me puso algo incómoda, porque íbamos a visitar a Felicity, y me parecía que a esa visita solían hacerla ellos solos, porque tenían un lazo íntimo con ella, y yo no era nadie, es decir, sí, era amiga de Serena, y un poco de Bennett, pero nunca la había conocido a ella por lo que, en ese sentido, me sentía algo fuera de lugar.

Cuando arribamos en el cementerio Willowbrook, nos encaminamos por entre medio de las lápidas hasta llegar a la de Felicity. Como Serena había llevado un ramo de flores de su casa, lo depositó encima de la lápida de su madre. Sentí una oleada de dolor en mi interior, porque me recordó a cuando yo era niña, tras que muriera mi madre, y mi padre me llevaba al cementerio. Si bien sabía que mi madre había muerto, cada vez que mi padre me decía que íbamos a verla, pensaba que, de algún modo, la vería a ella, que bajaría del cielo para verme un rato o algo así. Me pregunté si Serena, de alguna forma, pensaba así también, pero no lo creía, porque era una niña inteligente y despierta, no es que yo fuera tonta, pero era más pequeña que ella cuando mi madre había muerto, y Serena parecía ser más realista y tenía un padre que era mucho más comunicativo de lo que era el mío, con el que seguro hablaba de ella.

Los tres nos quedamos con la mirada puesta en la lápida. En la inscripción solo se leía su nombre con un epitafio que decía: “Adorada madre y esposa”. A pesar de que había vivido poco tiempo, pensé que había sido afortunada por haber encontrado a su amor en Bennett, y por haber tenido a una hija tan hermosa y buena como Serena.

Cuando regresamos a la casa ya estaba anocheciendo, a pesar de que eran las cinco de la tarde, pero no era de extrañar, dado que era invierno, y en la Costa Este.

—Avery, yo me iré a bañar —me dijo Serena, como si tuviera que avisarme, pero tal vez lo hacía porque era su visita.

—De acuerdo, ve tranquila nomás —repuse y ella sonrió.

—¿Tú te quedarás con ella? —le preguntó a su padre, que estaba parado detrás de nosotras.

—Sí, claro —le respondió él.

—Bueno, no tardaré mucho —repuso y se perdió por el pasillo. Yo me volví y vi que Bennett me estaba mirando, por lo que esboqué una sonrisa. Iba a decirle algo, pero justo me acordé de una cosa.

—Enseguida vengo, debo sacar algo del auto —le avisé, y él asintió.

—De acuerdo, yo estaré en el *living* —me dijo.

Cuando salí al exterior, tirité un poco por lo gélido que estaba, a pesar de que yo llevaba puesto un abrigo grueso y caliente por dentro, además de una chalina que me cubría el cuello, pero en esa zona descampada el frío era más palpable. Tomé del auto lo que había ido a buscar, y después entré en la casa de nuevo.

Fui hacia el *living*, en donde Bennett se encontraba sentado en el sofá; no estaba haciendo nada, solo estaba sentado allí, como si estuviera aguardando por mí. Me senté a su lado y le entregué lo que había llevado.

—Es lo que te prometí que traería —le dije y él sonrió de una forma que me pareció tierna, en realidad, su sonrisa, así como su semblante, era muy dulce y sincera, incluso cuando no sonreía.

—Oh, te acordaste —musitó.

—Desde luego —repuse. Él abrió el álbum y empezó a verlo. Como yo tenía un solo álbum en el que se resumía mi niñez y adolescencia, solo había fotografías de esas edades.

—¿Estos son tus padres? —me preguntó Bennett.

—Sí, son ellos —respondí. En la imagen aparecíamos los tres el día de mi nacimiento—. Esa es mi primera Navidad.

—Te pareces a tu madre, más que a tu padre —comentó y yo asentí, porque también me lo parecía.

—Y en esa tenía tres años —le conté. En el retrato aparecía luciendo un vestido rojo con lunares, como estábamos en la playa llevaba un sombrero al tono.

—Pues eras una monada —repuso y un cosquilleo me recorrió el cuerpo—. Me recuerdas un poco a Serena a esa edad, porque Felicity solía vestirla con mucha ropa a lunares.

—Pues Serena era preciosa a esa edad, en realidad, a cualquier edad —expresé.

—Conuerdo con ello.

—Esa era nuestra casa de Brooklyn —le dije mientras sentía una punzada de nostalgia al verla. Habíamos vivido allí desde que yo había nacido, y cuando mi padre había muerto, y tuve que mudarme con mis vecinos del frente, se me hacía un nudo en el estómago cada vez que salía y debía verla, a veces evitaba mirar hacia ahí, pero me era casi imposible. Cada noche, antes de dormirme, pensaba en el hecho de que estaba enfrente, de que hasta hace poco había vivido allí, y de que ya nunca más podría hacerlo.

Bennett siguió pasando las páginas hasta que llegó a mi versión de adolescente y, entonces, sentí un revoltijo de nervios en mi interior, porque eso era lo que él más quería ver.

—Vaya, pues no cambiaste mucho desde entonces —comentó—, es decir, desde luego que maduraste, pero a rasgos generales conservas mucho de esta muchacha.

—Sí, eso creo —convine, ya que también lo creía.

—Pues déjame decirte que sigo sin entender cómo es que no te escogieron reina de ningún baile.

Su comentario me hizo retorcerme por dentro porque, claramente, era un cumplido, aunque

podía decirlo de forma amable, y tal vez me estaba emocionando más de la cuenta.

—Pues, para serte sincera, nunca me importaron esas cosas de ser popular o de ser escogida reina —le dije con sinceridad, dado que cuando estaba en la secundaria, todo lo que deseaba era que se acabara pronto, no porque fuera objeto de las chicas bravuconas, sino porque nada quería más que empezar una nueva vida.

—Sí, se nota que no te interesan esas cosas, pero pensé que podías ser reina porque eras una preciosura.

Ahora me sentía arder por dentro y, a pesar de que él no me estaba mirando, ya que tenía la vista fija en la fotografía, sentí que el ambiente se había tornado más íntimo.

—¿Cumplirás con tu parte del trato? —le pregunté, porque ya había terminado de ver las fotografías.

—Ja, claro. Enseguida regreso.

Me quedé sentada con el álbum en mi regazo, sintiendo que una oleada de nervios se había desatado en mi interior y me estaban haciendo temblar. Traté de mantener la compostura, aunque me fuera difícil, porque Bennett me gustaba cada vez más.

Cuando entró, volvió a sentarse a mi lado y, esta vez, me entregó su álbum. Lo abrí con algo de nerviosismo, porque ansiaba ver sus versiones más jóvenes. Al igual que con mi álbum, en este había fotografías desde su primera infancia. En pocas aparecía solo, porque casi siempre estaba acompañado de sus dos hermanos y sus padres. Cuando llegué a la mitad, comenzaron a aparecer las imágenes de su adolescencia.

—Pues tú tampoco cambiaste mucho desde entonces —comenté, porque en esa época no llevaba gafas, tampoco tenía acné, tal vez solo era más delgado que ahora.

—No, supongo que no —repuso.

—¿Estos son tus amigos? —le pregunté, viendo a dos muchachos que aparecían en varias fotografías con él.

—Sí, bueno, lo eran en esa época, después se fueron a la universidad y no regresaron, es decir, vienen, pero solo de paseo —me explicó.

—Sí, lo comprendo, algo parecido me ocurrió a mí con mis amigas del secundario —le conté aunque, en mi caso, tampoco me había importado mucho quedar en contacto con ellas, porque para mí terminar la secundaria significaba empezar una nueva vida desde cero.

Cuando terminé de ver las fotografías, cerré el álbum y se lo entregué.

—Gracias por habérmelo mostrado —expresé.

—De nada, y gracias a ti también —me dijo y después nos quedamos callados, por suerte justo entró Serena en el salón.

—¿Qué hacían? —nos preguntó.

—Solo estábamos viendo fotografías de nuestra infancia y adolescencia —le respondió Bennett.

—¿Trajiste fotografías de cuando eras chica, Avery? ¿Puedo verlas? —inquirió.

—Desde luego —le dije mientras abría el álbum. Ella se sentó a mi lado, entre Bennett y yo, le entregué el álbum y comenzó a verlo de forma interesada. Bennett también la miraba de nuevo junto a ella. Me quedé mirándolo de forma embelesada, porque no podía evitarlo.

Cuando lo veía, sentía que mi respiración iba a detenerse y lo único que quería era que me tomara en sus brazos, pero sabía que eso no ocurriría, porque se notaba que todavía estaba enamorado de su esposa, cada vez que la mencionaba su mirada se iluminaba y era como ver otra versión de él, una más cálida y juvenil, como alguien que está experimentando un primer enamoramiento. Seguía extrañándola, probablemente como el primer día desde que había muerto, y así la seguía amando también, como el primer día en que la habría visto. No estaba listo para mirar a alguien siquiera, así que él no me veía de la misma forma, a pesar de los halagos que me hacía, yo solo era la amiga de Serena, nada más. Debía repetirme eso como si fuera un mantra, para poder mentalizarme y dejar de crearme falsas esperanzas con algo que no ocurriría.

Capítulo 26

Esa noche cenaron los tres allí, en la casa. Fue una velada bastante distendida y relajada. Como siempre, quien más habló fue Serena, aunque así también era cuando Felicity vivía; Serena era quien más hablaba, y a ambos solía complacerles que lo hiciera.

Después de tomar el postre, cada uno se encaminó hacia su dormitorio, pero antes se quedaron parados en el pasillo.

—¿A ti no te da miedo dormir en el dormitorio de arriba, Avery? —le preguntó Serena—. Porque sino podrías dormir conmigo, en mi recámara.

—Ja, no. No te preocupes por mí, que la habitación es muy acogedora —le respondió Avery, que tenía tomada de la mano a Serena.

—¿Y no te sientes sola ahí? —inquirió después.

—¿Acaso no recuerdas que en Nueva York vivo y duermo sola? —le dijo Avery, y Serena sonrió.

—Bueno, que duermas bien, Avery —expresó Serena.

—Tú también, Serena, que tengas dulces sueños —repuso ella, y después miró a Bennett; sus miradas quedaron enlazadas por un momento, duró un instante, pero a Bennett le pareció que había sido una eternidad.

—Gracias —musitó Serena, después Avery se agachó un poco y con Serena se fundieron en un dulce abrazo. Bennett sintió que su corazón se estaba ensanchando de a poco porque, de repente, le pareció estar viendo a Felicity y a Serena, ya que solían abrazarse de esa manera. Esa imagen también le había producido una punzada de dolor, que lo había sacudido por dentro. De inmediato, se encaminó hacia su dormitorio, sin siquiera despedirse de Serena, porque se había sentido tan conmovido por la escena, que algo en su interior se había alterado. Se tiró en la cama y se quedó con la mirada fija en el techo y la cabeza en blanco. Intentaba no pensar, pero su corazón latía de forma acelerada, como lo hacía cuando experimentaba una situación que lo exaltaba. Después de un rato, tomó el retrato que estaba en la mesa, al lado de su cama, y se quedó mirándolo. En la imagen aparecían él y Felicity en el día de su boda; su vestido era de color marfil con tirantes, no era un modelo sofisticado, de hecho, era bastante sencillo, ni siquiera tenía una cola y ella tampoco llevaba un velo o tiara en el cabello, lo tenía suelto y solo sujetado con una hebilla, aun así era la imagen más hermosa que había visto en su vida. Felicity era lo más bello que había visto

en la Tierra y, tras conocerla, creyó que nunca más vería de ese modo a otra muchacha, hasta ahora, y había sido inesperado, y sentía que no estaba preparado para ello, y tampoco quería estarlo, pero no podía evitar sentirse de esa manera, porque sentía que la estaba traicionando a Felicity, aunque no solo a ella, sino también a la relación que habían tenido. Se quedó un rato acostado, con el retrato aferrado en su pecho, hasta que escuchó un golpe en la puerta. Se incorporó de inmediato, dejó la fotografía en la mesa, y fue a abrir. Del otro lado se encontraba parada Serena, ya se había puesto su pijama y lo estaba mirando a Bennett de forma extrañada.

—¿Te sientes bien? —inquirió y Bennett se preguntó si su semblante mostraba algún rastro de cómo se sentía.

—Sí, ¿por qué?

—Porque, de repente, te encerraste aquí, y tu rostro parecía algo desencajado, tal como ahora. —No debería haberle sorprendido el tipo de vocabulario que su hija usaba, como tampoco el que fuera sumamente observadora y reparara en todo, pero debía admitir que nunca dejaría de asombrarse

—Solo estoy algo cansado —le mintió, pero parecía que Serena le había creído, porque no hizo más preguntas—. Vamos a tu dormitorio, así te doy las buenas noches —le dijo mientras le extendía su mano, Serena la tomó y juntos cruzaron hacia la recámara de ella. Tras que la arropara con las frazadas, Bennett le dio un beso en la frente y después se abrazaron.

—Que tengas dulces sueños con tu mamá —le deseó, tal como lo hacía cada noche. Esperaba que soñara con ella, así como él también.

—Tú también —repuso ella sonriendo y, justo cuando él se estaba por levantarse de la cama para irse, ella añadió—: ¿Papá? ¿Te gusta tenerla a Avery aquí?

—Claro, sí. ¿Por qué?, ¿pensaste que me molesta que venga? —le preguntó sorprendido, pensando que tal vez no se había mostrado demasiado agradable con ella.

—No, solo quería saberlo —le dijo su hija, después se quedó mirándolo, por lo que Bennett sabía que iba a decirle algo más—. ¿Te parece bonita?

—Sí, claro, ¿por qué? —inquirió, aunque intuía que era porque le gustaba para él.

—Solo preguntaba por curiosidad —repuso.

Cuando Bennett regresó a su dormitorio, comenzó a desvestirse y a ponerse el pijama. Al acostarse, se quedó pensando un momento. En realidad, solo una cosa había en su cabeza en esos momentos o, más bien, una persona, y se encontraba en la habitación de arriba. Al cabo de un rato, cerró los ojos y se quedó dormido.

Capítulo 27

Tenía los ojos cerrados desde hace una hora, o más, pero no había caso, el sueño parecía rehusarse a llegar esa noche. Me pregunté por qué, ya que no había tomado una siesta, además de que me había levantado temprano y tampoco había ingerido cafeína excepto en el desayuno. Después de un rato, como no había forma de que me durmiera, resolví levantarme de la cama. Me puse un albornoz, dado que mi pijama era de lino y se adhería a la piel. Bajé con pasos demasiado controlados, porque temía despertar a alguien, o que Polka Dot despertara, me desconociera y empezara a ladrar, después de todo no me veía con frecuencia. Pero, cuando entré en la cocina, me llevé un tremendo susto al ver a una figura parada junto a la mesada y estuve a punto de gritar, hasta que me di cuenta de que era Bennett.

—Menudo susto me diste —le dije con la mano en el pecho. No sabía por qué, pero siempre que me asustaba me llevaba de manera instintiva la mano al pecho, en vez de a la boca.

—Oh, lo lamento, no fue mi intención asustarte —se excusó de forma apenada.

—Desde luego que no —repuse.

—¿También te despertaste de repente? —me preguntó con curiosidad.

—Más bien no me dormí —repliqué, y él levantó una ceja de forma extrañada.

—¿Por algo en particular? —inquirió.

—No lo sé, es decir, no lo creo, solo que el sueño no se digna a aparecer —le dije, y él asintió.

—Pues, justo iba a calentar leche, así que prepararé dos tazas, ¿te parece bien? —asentí, por lo que él puso la leche en la lumbre y yo me senté a un taburete a esperar.

—¿Y tú por qué te despertaste? ¿Acaso tuviste una pesadilla? —indagué con cautela.

—No, bueno... no, pero digamos que sí me desperté a causa de un sueño —respondió. Esperé un momento para ver si me decía más al respecto, pero no lo hizo, y me pareció fuera de lugar seguir interrogándolo. Aun así, no pude evitar pensar que tal vez había estado soñando con su esposa, de seguro lo hacía a menudo, dado que había sido una persona importante en su vida. Me pregunté cómo sería que alguien soñara contigo, en especial alguien del sexo masculino, ya que estaba segura de que nadie había soñado conmigo alguna vez.

Cuando la leche estuvo lista, sirvió dos tazas y me dio una.

—Espero que no te importe, pero le añadí una pizca de canela, porque eso ayuda a dormir, de acuerdo a mi madre —me dijo sonriendo.

—Está bien. Había escuchado eso con respecto a la canela —comenté.

—¿Quieres que vayamos a beber en el *living*? Ahí está más caldeado que aquí por la chimenea.

—De acuerdo.

Una vez que entramos en el *living*, nos sentamos en el sofá, junto a la chimenea.

—En esta parte se siente mucho más el frío —comenté—, es decir, no en este salón, sino en esta zona.

—Ni que lo digas —repuso—, esa debe haber sido una de las pocas cosas que no me gustaron cuando decidí vivir aquí.

—¿Qué otra cosa no te gustaba de tener que vivir aquí? —le pregunté con curiosidad.

—En realidad eran pocas, y muy nimias, es decir, el frío era una, y la otra la seguridad, porque debo admitir que al ser la única casa por aquí, que está alejada de todo, puede ser un blanco fácil para asaltantes, pero tiene varios sistemas de seguridad, además de que Westport siempre se caracterizó por ser seguro, así que eso me deja tranquilo.

—Pues es una casa preciosa y acogedora, es fácil acostumbrarse a ella, así como a la zona —expresé, porque era cierto, a pesar de que yo había ido tres veces me sentía demasiado cómoda cada vez que iba, como si me fuera un lugar familiar.

—Sí, es cierto. A pesar de que al principio me tomó un poco acostumbrarme a esta zona, más que nada porque siempre viví en el pueblo, pronto me amoldé y ahora no me imagino viviendo en otro lado.

—Oye, espero no sonar entrometida, pero ¿has considerado la idea de volver a estar con alguien?

Había tratado de ser lo más cautelosa posible al preguntarle eso, porque sabía que era un tema sensible para él y podía ofenderse, además de que no había tanta confianza entre nosotros.

—Pues... no —respondió, tal como lo esperaba—, es decir, si bien Felicity murió hace dos años, no creo estar preparado para tal cosa.

Y se notaba, no solo por todo lo que Serena me había contado sobre él respecto a ese tema, sino también porque no era capaz de mirarme a los ojos al contestarme.

—Lo entiendo, y no quise incomodarte al preguntarte eso, es solo que eres un hombre joven, trabajador y bueno, tienes muchas cualidades positivas que ofrecerle a una mujer.

Él levantó la vista y se quedó mirándome de una forma tan penetrante, que sentí que me había atravesado la piel y me hizo estremecer por dentro.

—Te agradezco por decirlo, y sí, es cierto que soy joven, y que en algún momento tendré que seguir adelante, pero de momento no siento que sea lo correcto, porque no estoy preparado para ello.

—Sí, lo comprendo —repuse.

—¿Qué hay de ti? ¿Crees que vayas a estar con alguien dentro de poco? —me preguntó.

—Pues lo dudo.

—¿En serio? ¿Por qué no? —inquirió inclinando la cabeza, como si le interesara escuchar mi

respuesta.

—Bueno, por el simple hecho de que eso no está en mis manos —él levantó una ceja al oír eso—, es decir, no tengo modo de saber si dentro de poco conoceré a alguien con quien quiera estar.

—¿Pero estás preparada para ello? Es decir, quiero creer que sí, dado que llevas sola mucho tiempo, y por decisión propia, es decir, no atravesaste por una ruptura dolorosa o perdiste a un amor, de hecho ni te rompieron el corazón como para que hayas quedado susceptible al respecto.

—No, ya sé, pero, no lo sé, tal vez sí estoy preparada, pero no conocí a nadie todavía.

Bajé la mirada a la taza al decir eso, porque no me atrevía a mirar a una persona al mentirle.

¿Pero qué iba a decirle? ¿Que me gustaba él y que esperaba, inútilmente, que decidiera seguir adelante, que dejara atrás el recuerdo de su amada esposa y se fijara en mí?

—Bueno, tú también tienes mucho que ofrecerle a cualquier hombre que decida estar contigo.

Yo solo asentí de forma alicaída, porque eso era todo lo que obtendría de él: cumplidos basados en la cordialidad porque se sentía agradecido de que estuviera para su hija, quien tanto me necesitaba porque precisaba llenar el vacío que había dejado su madre. Yo sabía lo que era eso, y esa era una de las razones por la que seguía viéndola, además de que me agradaba mucho, nunca antes había tenido un contacto tan cercano con una niña, de hecho, apenas tenía en cuenta a los niños, no es que no me agradaran, más bien pasaban desapercibidos ante mis ojos, pero a Serena no pude ignorarla desde el primer instante en que la conocí, de hecho me había cautivado con el *email* que me había enviado, porque era una niña que encandilaba a cualquiera, por eso la seguía viendo.

Bennett extendió su mano hacia mí y, por un momento, pensé que quería tocar la mía, pero después caí en la cuenta de que me estaba pidiendo la taza. Se la di y, cuando lo hice, nuestros dedos rozaron. Sentí una descarga eléctrica que me hizo temblar por dentro, a pesar de que el ambiente era cálido.

Tras que él dejara las tazas en la cocina, nos quedamos un rato en el pasillo.

—Creo que ahora los dos podremos dormir —me dijo Bennett esbozando una media sonrisa. A pesar de que no sonreía a menudo, cada vez que lo hacía parecía que todo su rostro se iluminaba y, entonces, todo parecía tornarse hermoso.

—Sí, así es. Que duermas bien y tengas buenos sueños —le deseé, y él sonrió.

—Tú también.

Acto seguido, nos quedamos mirándonos, por lo que di vuelta y comencé a subir por la escalera. Cuando llegué al dormitorio, me acosté y cerré los ojos, rogando dormirme rápido, porque si me quedaba despierta pensaría en Bennett, dado que me era inevitable hacerlo, tal vez esa era la razón por la que no había podido dormirme, quizás esta vez, a diferencia de la vez anterior en que me había quedado allí, era más consciente de cuánto me gustaba Bennett. Cada vez me gustaba más, despertaba sentimientos que ni sabía que tenía albergados, o no los tenía, y él los había despertado.

Capítulo 28

Bennett se despertó sintiéndose enérgico el domingo por la mañana aunque, en realidad, ya casi era el mediodía, porque al despertarse a mitad de la noche se habían reducido sus horas de sueño. Aun así, después había dormido plácidamente, que casi no quería despertarse.

Tras cambiarse, fue al dormitorio de Serena y, cuando abrió la puerta, la encontró sentada en su cama, leyendo un libro junto a Polka Dot.

—Buenos días, hija —la saludó mientras se acercaba a ella. Le dio un beso y un abrazo, tal como lo hacía cada mañana.

—¿Qué tal dormiste, papá? —le preguntó ella, como siempre lo hacía, dado que era una niña atenta y educada.

—Pues muy bien. ¿Y tú? —inquirió él.

—Muy bien, de forma relajada —le respondió ella—. Pero ¿por qué te levantas a esta hora?

—Es que digamos que, a pesar de que dormí bien, me desperté a mitad de la noche —le contó él.

—¿Por qué? —indagó ella, tal como él lo esperaba, ya que a Serena no se le escapaba una.

—No lo sé, simplemente estaba durmiendo y, de repente, me desperté —le dijo él y ella se quedó mirándolo.

—¿Tuviste una pesadilla? —le preguntó Serena.

—No, nada de eso, solo me desperté —replicó y después cambió de tema—. Oye, como ya es cerca del mediodía, almorzaremos en vez de desayunar.

—De acuerdo, pero yo ya desayuné porque sí me levanté temprano —le contestó ella y a él no le sorprendió.

—Bueno, entonces vayamos a preparar la mesa y a esperar a que Avery despierte.

Los dos se levantaron de la cama y, justo cuando iban saliendo de la habitación, escucharon unos pasos bajar por los peldaños de la escalera. Ambos se quedaron allí, aguardando a que Avery se apareciera ante ellos y, cuando lo hizo, Bennett tuvo que contener la respiración, no es que ella llevara puesto un atuendo sofisticado, porque, de hecho, solo llevaba un *jean* con un jersey, pero cada vez que la veía sentía que todo se detenía. Lo mismo solía producirle Felicity, cada vez que la veía, incluso cuando llevaban varios años de casados y la veía cada día, sentía que era lo más bello que existía que a veces caía en la cuenta de lo suertudo que era por tenerla a

su lado, porque, en cierta forma, fuera suya.

Cuando Avery llegó a donde estaban ellos, saludó a Serena con un beso, esta la rodeó con sus brazos y la abrazó fuertemente. Una vez más, Bennett sintió que su corazón se dulcificaba ante esa escena. Tras separarse del abrazo de Serena, Avery miró a Bennett y sonrió.

—Buenos días, Bennett.

—Buenos días, Avery. ¿Qué tal dormiste? —le preguntó.

—Bien, por suerte —le dijo ella esbozando una mueca.

—Pues me alegro. Ahora vayamos a almorzar.

Cuando entraron en el comedor, pusieron las cosas en la mesa y, tras que Bennett calentara la comida, empezaron a comer.

—Oye, Avery, ¿por qué te levantaste a esta hora? ¿También te despertaste a mitad de la noche, como mi papá? —le preguntó Serena con curiosidad. Bennett meneó la cabeza de forma divertida, porque realmente no se le escapaba ninguna, reparaba en todo y siempre indagaba cuando notaba algo.

—En realidad, yo no pude dormirme, es decir, estuve dando vueltas en la cama como hasta las dos, después bajé a beber una taza de leche, cuando encontré a tu papá, y la bebimos juntos, y gracias a eso pude dormir bien después —le explicó ella. De inmediato, Serena deslizó su mirada hacia Bennett.

—¿O sea que bebieron una taza de leche juntos porque no podían dormir?

Bennett no le respondió, porque no hacía falta que lo hiciera, así que solo asintió.

—Pues yo dormí de forma tan placentera, que no me desperté sino hasta esta mañana —les contó Serena.

—Pues qué bueno por ti —le dijo Avery sonriendo.

—Oye, Avery, ¿tú cuándo volverás de nuevo? —inquirió Serena después. Bennett iba a espetarle al respecto, pero a estas alturas no le vio el sentido, porque cada vez que Serena viera a Avery le preguntaría lo mismo, y porque ahora, en cierta forma, él también quería saberlo, solo que no iba a preguntarle, así que dejó que lo hiciera su hija.

—Pues no sé, porque la semana que viene es Navidad, y después de seguro nevará, así que es probable que venga recién el año que viene —le respondió ella, y tanto la expresión de Serena como la de Bennett fue de puro desencanto. Faltaban como tres semanas para que comenzara el año nuevo, y tal vez no era mucho tiempo, pero a Bennett sí le pareció que era así.

—Oh, pues qué fastidio que no pueda verte por tanto tiempo —expresó Serena por los dos, y Bennett concordó con ella para sus adentros.

—Sí, también lo creo, pero una vez que pasen las festividades, y que el clima mejore, volveremos a vernos —le dijo Avery y Serena asintió de una forma que a Bennett le pareció alicaída; al parecer, Avery se percató de ello, por lo que añadió—: Pero podemos hablar a través de videollamadas.

—Desde luego —repuso Serena, ahora un poco más animada.

Tras que tomaran el postre, Bennett supo que era hora de que Avery se marchara. Una vez que ella cargó su equipaje en el auto, los dos se quedaron parados en los peldaños del porche.

—Hablaemos cada noche, como me lo prometiste, ¿verdad? —le preguntó Serena.

—Desde luego, de hecho, mañana por la noche te llamaré —le prometió Avery y Serena se lanzó a sus brazos. Bennett comenzó a sentir que lo embargaba una oleada de ternura y tristeza. Cuando ella se desligó de los brazos de Serena, se volvió hacia Bennett, quien estaba aguardando de manera expectante, porque no sabía cómo se despedirían, y porque tampoco quería hacerlo.

—Pues, adiós, Bennett —le dijo ella y, acto seguido, se inclinó hacia su mejilla. Él la besó y sintió que las piernas comenzaron a flaquearle.

Cuando entraron en la casa, ambos se sentían igual de acongojados, aunque no fueran a expresarlo en voz alta. Serena se fue a su dormitorio, y Bennett se desplomó en el sofá del *living*, el mismo en el que la noche anterior se había sentado con Avery, y la había mirado de manera embelesada todo el tiempo. Le había dicho que no quería iniciar una relación con nadie porque no estaba preparado, lo cual era cierto, pero a la vez mentira, porque sí se sentía atraído por alguien: por ella, pero no podía decirle, solo podía fantasear y soñar con ella, como lo había hecho la noche anterior, antes de despertarse en mitad de la noche, y después, cuando volvió a dormirse. Y ahora que se había ido se sentía miserable, porque le gustaba tenerla en la casa, le gustaba verla, o saber que estaba allí. Ahora la casa se sentía algo solitaria, como cuando Felicity se había ido, aunque claro que no era la misma situación, pero sí cómo lo hacía sentir. Si bien era cierto que él no estaba preparado para iniciar una relación, tampoco estaba preparado para sentir lo mismo que había sentido por Felicity por otra mujer, y eso lo excitaba y asustaba a partes iguales.

Capítulo 29

Cada vez que regresaba de viaje debido a la gira por la promoción del libro, sentía un tremendo estado de alivio y alegría, porque si bien me gustaba viajar a conocer otros lugares, nada me gustaba más que regresar a mi departamento, a mi oasis personal, porque me agradaba mucho mi casa, me sentía cómoda y adaptada en ella. Pero ahora, cuando regresé de Connecticut, me resultó el lugar más deprimente de la Tierra, aunque no creía que fuera a ser el departamento en sí, sino yo. No quería regresar de Westport, no quería alejarme de Serena, y de Bennett, me había acostumbrado tanto a verlos y a visitar esa casa, que ahora sentía que no quería estar en otro lugar que no fuera ese. Tal vez sonaba exagerado, dado que solo había ido tres veces, pero aparte de Lisa nunca había visitado a nadie con tanta frecuencia.

Emily Dickinson se subió a mis brazos y frotó su rostro en el mío, sacándome de mis cavilaciones.

—¿Cómo estás, preciosa? Perdona que últimamente te deje seguido, pero te prometo que ahora no me iré por un tiempo.

En cuanto le dije eso, sentí una punzada de dolor en el pecho que casi me produjo un escozor en los ojos, porque ahora no los vería a Serena y a Bennett por lo menos por un mes.

Pasé casi toda la tarde tendida en el sofá, leyendo un libro, con Emily Dickinson acostada a mi lado. Después acomodé un poco el departamento y traté de escribir porque necesitaba mantener la cabeza distraída para no pensar y deprimirme. Aun así, esa noche, por primera vez en mucho tiempo sentí el peso de la soledad encima, y me pareció demasiado aplastante.

El lunes por la mañana retomé mis papeles en cuanto a la escritura, pero me costó demasiado concentrarme, en parte porque no estaba muy inmersa en la historia, y en parte porque mi cabeza seguía enfrascada en Connecticut.

Decidí salir a despejar la mente y ver gente, pero la ciudad me resultó tan abrumadora de repente, como si fuera una forastera que estaba allí por primera vez. No sabía si era porque al haber pasado un fin de semana en el campo había absorbido tanta tranquilidad que ahora el ruido y el ajetreo me resultaban insoportables, y el hecho de que toda Manhattan estuviera decorada con adornos navideños no ayudaba tampoco, dado que me deprimía un poco.

Por la noche, tras cenar, tomé mi teléfono porque le había prometido a Serena llamarla para hablar por videollamada. Aguardé con algo de nerviosismo, porque sabía que sería Bennett quien

me atendería, dado que era su teléfono móvil, pero cuando la pantalla se activó, apareció Serena en ella.

—*¡Avery!* —exclamó con tanta euforia que mi corazón dio un salto de emoción al verla y escucharla.

—Hola, Serena. *¿Cómo estás?* —le pregunté.

—*Bien, estaba acostada, leyendo. ¿Tú qué hacías?*

—Lo mismo —le dije, y ella sonrió.

—*¿Hiciste muchas cosas hoy?* —inquirió después.

—No tantas como me hubiera gustado. *¿Qué hay de ti? ¿Fuiste a la escuela?*

—*Sí, y estoy contenta porque solo iré hasta el viernes y el domingo tengo el espectáculo navideño* —repuso de forma entusiasmada.

—Pues cuánto me alegro por ti. *¿Cómo está el clima por ahí?*

—*Bastante frío, y hoy estuvo nublado. ¿Y ahí?*

—También.

—*¿Esa que está ahí es Emily Dickinson?* —indagó aguzando la vista.

—Sí, es ella. —La puse a la gata más cerca de mi pecho, así ella la veía bien.

—*Hola, gatita, ¿cómo estás?* —le preguntó Serena sonriendo.

—*¿Cómo está Polka Dot?* —inquirí.

—*Oh, pues está bien, ya está durmiendo en su casita* —me contó.

—*¿Y... tu padre?* —interrogué de forma nerviosa, mientras sentía un cosquilleo en la zona abdominal.

—*Está en su dormitorio, ¿quieres hablar con él?*

—Oh, no, solo te preguntaba.

Desde luego que quería verlo, aunque fuera a través de la pantalla y hablar con él, pero no me parecía una buena idea, porque el metejón que sentía por él no hacía más que ir en aumento que no quería que creciera más, porque no era correcto.

—*¿Sabes? Hoy estuvimos hablando de ti.*

A pesar de que sabía que debía dejar de pensar en él de ese modo, no pude evitar excitarme ante ello.

—*¿Ah, sí? ¿De qué?* —le pregunté, tratando de no mostrarme demasiado interesada.

—*Solo de tu vida allá, en Nueva York* —fue todo lo que dijo pero, como se apretó los labios, me pareció que quería decirme algo más, pero no iba a hacerlo.

—Ah.

—*Oye, ¿me llamarás mañana de nuevo?* —inquirió.

—Claro.

—*Bueno, llámame como a esta hora, ¿sí? Ahora me iré a dormir.*

—De acuerdo, linda, que duermas bien y tengas dulces sueños —le dije y ella asintió sonriendo de forma animada.

—*También tú* —repuso y después me envió un beso con la mano a través de la pantalla que me derritió el corazón.

El resto de la semana fue igual de monótona y deprimente, tanto que lo único que me entusiasmaba era estar con Emily Dickinson y aguardar a que llegara la noche para hablar con Serena. En ninguna de las cinco noches que habíamos hablado Bennett se había hecho presente; le entregaba su teléfono a Serena cuando yo llamaba, eso me hacía pensar que tal vez no quería hablar conmigo, y dolía, desde luego, porque era la constatación de que no le importaba, aunque ya lo sabía, pero bueno, había esperado, inútilmente, que tal vez se apareciera por lo menos para saludarme pero, al parecer, ni eso quería. Tal vez esa era la confirmación de que debía olvidarme de él, porque nunca estaría disponible para mí.

Eso, más el hecho de que Navidad estaba a cuatro días, me deprimía a tal punto de querer dejar la ciudad e irme a un lugar remoto, en donde no existiera la Navidad, pero, por desgracia, no existía tal sitio.

Estaba tan sumida en mis pensamientos, que casi salté de la cama al oír el sonido de mi móvil. Pensé que sería Serena, pero era Lisa.

—¿Qué hay, Lisa? ¿Ya tienes todo listo para viajar? —le pregunté.

—*Sí, así es. Oye, te llamaba para preguntarte cómo estás.*

—Pues aquí, tratando de buscar inspiración para mi nuevo libro, evitar la Navidad aunque sea imposible, y pensando que mañana compraré varias botellas de alcohol para embriagarme hasta que pase el martes.

—*En realidad, me refería a tu ánimo, pero eso responde a mi pregunta* —se burló.

—Son solo cuatro días, Lisa, no voy a tirarme por el balcón por ello —bromeé.

—*Bueno. Yo regresaré antes de año nuevo, así que festejaremos. De hecho, Moira, del sector de publicidad de la editorial, brindará una fiesta en la azotea de su edificio, y me pidió que te dijera que nos invitaba.*

—Ya, entonces supongo que iremos —repuse.

—*Vaya, casi me abrumas con tanto entusiasmo* —dijo con sarcasmo.

—Bueno, Lisa, es esta época que me tiene mal, y tampoco es que las fiestas me exciten precisamente.

—*Ya, pero ánimate, que será para recibir el nuevo año. Los celtas creían que festejar la llegada de un nuevo año era signo de buen augurio para que te vaya bien en todo* —comentó.

—Bueno, si los celtas lo dicen, entonces tendré que festejar.

—*Y, además, irán muchos tipos buenos y solteros, tal vez ahí conozcas a uno que te haga olvidar al viudito.*

—Sí, es una buena idea. —Pensé, porque realmente necesitaba sacar a Bennett de mi sistema.

—*Bueno, Avery, que tú, Emily Dickinson y todos los litros de alcohol que vayas a beber tengan una buena Navidad.*

—También tú, Lisa, saludos a tus padres.

Dejé el móvil en la mesa de luz y me cubrí con las frazadas, disponiéndome a dormir, porque estaba claro que Serena no me llamaría esa noche. Recordé que me había dicho que, como era sábado y no tenía clases, iba a estar ensayando casi todo el día porque el domingo tenía el espectáculo navideño, así que eso lo justificaba, aun así extrañé hablar con ella, porque estaba acostumbrada a hacerlo.

Cuando ya estaba quedándome dormida, un ruido me hizo abrir los ojos de forma abrupta. Tomé el móvil y vi que era el número de Bennett. Miré la hora y ya eran más de las once, por lo que atendí rápidamente, temiendo que fuera a ser una emergencia. En cuanto lo hice, la imagen de Serena se hizo visible ante mí

—Hola, Serena, pensé que ya no llamarías. ¿Ocurre algo?

—*No, es que hace un rato me desocupé del ensayo* —me dijo.

—Ya veo. ¿Y estás lista para cantar mañana?

—*Sí, lo espero ansiosa* —expresó con entusiasmo.

—Pues de seguro brillarás. ¿Me mostrarás fotografías o videos de ello? —le pedí.

—*Bueno... no* —me sorprendió su respuesta.

—De acuerdo, solo te lo pregunté porque me gustaría verte, pero lo entiendo —le aclaré, sintiéndome algo incómoda de repente, porque no es como si le hubiera pedido algo privado, y ella siempre se mostraba tan atenta y amable que me tomó por sorpresa su respuesta.

—*No, es que quiero que lo presencias.*

—¿Cómo dices?

—*Quiero que vengas mañana a Westport a ver mi espectáculo* —me pidió.

—Oh... bueno, supongo que podría ir por la tarde —repuse pensándolo.

—*Genial. Entonces después dime a qué hora llegarás, así mi papá te recoge de la estación de trenes.*

—De acuerdo. Mañana te diré.

—*Entonces te veré mañana.*

—Que duermas bien y tengas dulces sueños, Serena.

—*Tú también.*

Tras colocar el móvil en la mesa, me dispuse a dormirme, pero esta vez con una sonrisa, porque me entusiasmaba la idea de ver a Serena en su espectáculo y, muy en lo profundo, aun cuando estuviera mal, también a Bennett.

Capítulo 30

Las festividades lo ponían loco a Bennett, y no de una buena manera, porque ya no le entusiasaban demasiado desde que Felicity había muerto, pero además porque todos parecían eufóricos y no hablaban de otra cosa que no fuera la Navidad, era como si no pudiera escapar de ella, y encima Serena lo enloquecía con lo del espectáculo navideño, aunque eso sí lo animaba, porque tenía que ver con ella y era algo que la hacía feliz. Agradecía que los niños no perdieran el entusiasmo por las cosas ordinarias de la vida tras una pérdida significativa, porque a Serena le seguían gustando las mismas cosas de siempre, no le había perdido el gusto a nada, en cambio, los adultos eran otra cosa, tenían la tendencia a volverse pesimistas con facilidad, perdían la emoción que solían tener, y algunas cosas ya no les resultaban igual que antes. Aun así, a pesar de todo lo malo de esa fecha, que solo le hacía recordar a Felicity, también sentía algo de esperanza, por primera vez en mucho tiempo.

A las cuatro de la tarde, se subió a su Land Rover y condujo hasta el teatro local, en donde tendría lugar el espectáculo navideño. Tras dejar a Serena con su grupo de amigos, volvió a subirse a la camioneta y partió hacia la estación de trenes con demasiada ansiedad.

Cuando llegó allí, se encaminó hacia el andén y se sentó en un banco a aguardar a que llegara el tren correspondiente. El día estaba demasiado frío, pero a Bennett no le importó, no solo porque estaba acostumbrado a ello, sino también porque estaba demasiado nervioso que sentía que estaba sudando por dentro.

Quince minutos después, el tren arribó y, entonces, Bennett se paró y se encaminó hacia la plataforma. Cuando la gente comenzó a descender, Bennett sintió como si fuera a recibir un obsequio que había pedido y, en el momento en que Avery apareció, sintió que su presente había llegado.

Capítulo 31

En cuanto entramos en el teatro, nos sentamos en las butacas que estaban desocupadas, aunque el lugar ya estaba lleno de gente. El salón entero estaba ornamentado con adornos navideños y en el escenario ya estaba puesta la escenografía con la misma temática. A los diez minutos, una mujer se acercó al micrófono y anunció que comenzaba el espectáculo de villancicos. Un tropel de niños se apareció, engalanados en trajes en colores rojos y verdes. Se colocaron en una fila y comenzaron a cantar. Eran muchos infantes, más de veinte, de hecho, pero logré ubicar a Serena en la segunda fila. Tenía puesto un vestido borgoña que parecía ser de terciopelo, con una cinta dorada en el cabello. Se veía muy mona por lo que, de manera instintiva, saqué mi móvil de la cartera y le tomé una fotografía, por desgracia desde allí no se la veía de forma nítida, pero después la vería, de todas maneras.

Escudriñé el rostro de Bennett: como era natural, miraba de forma embelesada a su hija. Pensé en que años anteriores, durante los eventos en los que Serena participaba, solía ir con su esposa. Los imaginé sentados allí, en ese teatro (dado que era el único del pueblo), observando a su hija de forma maravillada. Y, de repente, me sentí mal porque, de algún modo, me parecía que yo estaba fuera de lugar allí, es decir, si bien Serena me había invitado, sentía como si estuviera ocupando el lugar de su madre, como si estuviera usurpando un sitio o algo así. Traté de hacer a un lado ese sentimiento, y me concentré en el espectáculo de Serena porque, después de todo, a eso había ido.

Cantaron cinco villancicos seguidos, y después apareció en escena una representación del nacimiento del niño Dios, y otro de la Tierra Santa. Después se inclinaron hacia el público, haciendo una reverencia, y todos aplaudimos.

Cuando el telón se cerró, todos comenzamos a levantarnos para irnos. Con Bennett nos quedamos en un lugar apartado, aguardando por Serena. Al rato, ella vino corriendo hacia nosotros y me rodeó las piernas. Yo le devolví el abrazo y después le di un beso en la cabeza.

—Felicidades, Serena, estuviste adorable —le dije, y ella sonrió. Bennett nos estaba mirando de forma animada.

—Yo también vine a verte —expresó en tono burlón y Serena se desligó de mí para abrazarlo a él.

—¿Te gustó cómo canté? —le preguntó ella.

—Mucho —le respondió él mientras le acariciaba el cabello.

—Pero no es que podías escuchar solo mi voz, dado que estaba perdida entre la de los otros niños —señaló ella, y él asintió sonriendo.

—Es cierto —convino Bennett, después me miró a mí—. ¿Saben qué? Iré a buscar nuestros abrigos del guardarropas, ustedes espérenme aquí, que hay una larga fila de gente.

Bennett enfiló hacia allí y yo me quedé con Serena a un lado.

—¿Llegaste a tiempo para cuando el espectáculo empezó? —me preguntó Serena mientras me tomaba de las manos. Cada gesto suyo estaba cargado de ternura que sentía que mi corazón se derretía.

—Sí, un rato antes —le respondí—. ¿Estás entusiasmada porque no irás a la escuela por dos semanas?

—Sí, y porque mañana es Nochebuena, y el martes Navidad —repuso de manera eufórica. Pensé en lo bueno que era ser niño, ya que no había nada que no te entusiasmara.

—¿Y qué harás durante el receso navideño? —inquirí después.

—Pues nada —dijo sonriendo y yo reí—. Supongo que jugaré con los presentes que reciba, y tal vez juegue en la nieve con Polka Dot.

—Claro, podrás descansar también —musité, y ella asintió. Miré hacia donde estaba ubicado el guardarropas, para ver si Bennett venía, pero lo vi hablando con una mujer de cabellera rubia larga, si bien no estaban cerca, se notaba que era muy bonita, alta, esbelta, e iba muy bien vestida, como si fuera una mujer distinguida. Me quedé mirándolos fijamente, dado que parecían estar hablando de forma animada, porque se reían y ella le tocaba el brazo de a ratos.

—Oye, Serena, esa mujer que está con tu padre, ¿es la madre de una amiga tuya? —indagué con algo de cautela. Ella siguió la dirección de mi mirada y volteó la vista hacia allí.

—Oh, no. Esa es Cecilia, la hija de una vieja... es decir, de una señora que tiene muchas cirugías y es amiga de mi abuela. Están hablando porque Cecilia fue a la escuela con él —me contó.

—Ya veo...

—Y también le gusta —añadió después y yo me quedé mirándola.

—¿A él le gusta ella? —le pregunté, porque tenía sentido si era así, dado que era una mujer hermosa y sofisticada.

—Oh, no, ella de él —me aclaró—. No es que esté loca por él, pero la vez pasada, en una fiesta a la que fuimos, la vi flirteando de forma descarada.

—Pues de seguro a él también le debe de gustar ella, ya que es una mujer hermosa —comenté, con la mirada otra vez puesta en ellos, mientras sentía que una oleada de celos me embargaba.

—Oh, no, si ni siquiera es su tipo —me dijo y me alivió oírlo.

—Serena, aquí estás —me volví al escuchar la voz femenina y, cuando lo hice, descubrí que era su abuela; estaba con un hombre que supuse era su marido.

—¡Abuela! —exclamó ella, al tiempo que la abrazaba.

—Mi niña, estuviste espléndida, como siempre —expresó la mujer de forma embelesada, mientras le daba un beso en la frente. Después alzó la vista y se quedó mirándome de forma sorprendida.

—Hola, no sé si me recuerda, soy Avery Willoughby, la escritora a la que Serena fue a visitar sin su permiso en Nueva York —le dije, y ella asintió, sonriendo de forma divertida.

—Cómo olvidarte, si no todos los días esta niña se me escapa para ir a ver a una mujer a la que nunca conoció en persona —comentó de forma risueña. Serena se aferró a su abuelo, por lo que la señora se quedó hablando conmigo—. ¿Cuándo llegaste, querida?

—Recién. Serena me invitó anoche, así que hoy vine —le respondí.

—Tengo entendido que vienes seguido a visitarlos —repuso tratando de sonar relajada, pero la curiosidad era palpable.

—Sí, es que con Serena nos hicimos buenas amigas —repliqué, y ella asintió de forma animada.

—Claro, si cada vez que viene a mi casa no hace más que hablarme de ti. —Compuse una sonrisa al oír eso—. Te tiene tanta estima que hace tiempo que no la veo así de entusiasmada con alguien, desde que murió su madre, de hecho.

—Sí, lo sé —le dije.

—Lo cual me encanta, porque se nota que tú eres una buena mujer, y la pobre lo ha pasado mal desde que su madre murió, a pesar de que no siempre lo exprese —yo asentí ante ello, dado que la comprendía—. Por cierto, este es Byron, mi marido. —El hombre levantó la vista al escuchar su nombre y esbozó una sonrisa.

—Es un placer conocerte, querida —me saludó al tiempo que estrechaba mi mano. Tenía el cabello cano y era delgado, su rostro estaba surcado de arrugas y tenía los ojos avellanas.

Se parecía mucho a Bennett en cuanto a las facciones.

—El placer es mío, señor —repuse.

—¿Y qué hacían las dos solas aquí? ¿En dónde está Bennett? —me preguntó la mujer.

—Fue a recoger nuestros abrigo del guardarropa —en el momento en que le estaba diciendo eso, Bennett se apareció ante nosotras.

—Oh, Bennett, justo estaba preguntando por ti —le dijo su madre.

—Hola, madre y padre —los saludó.

—¿Qué haremos ahora? —inquirió Serena.

—Pues no lo sé, ¿qué tienes ganas de hacer? —le preguntó Bennett.

—Algunos de mis amigos irán a Chips a comer algo, ¿podemos ir también?

—Desde luego —le respondió él, como si siempre estuviera dispuesto a complacerla en todo.

—Bueno. Nosotros nos vamos —anunció su madre.

—¿No quieren ir a cenar con nosotros? —le preguntó Bennett.

—No, tenemos un compromiso —replicó ella y después se inclinó a darle dos besos. Saludó a Serena y a lo último a mí—. Me agradó verte de nuevo.

—También a mí —le dije al tiempo que ella me besaba.

—Te veré mañana de nuevo.

Iba a responderle que por la mañana ya me iría a Nueva York, así que no tendría ocasión de verla, pero ella ya se estaba marchando. Después de que su marido me saludara, ambos desaparecieron.

Con Bennett y Serena salimos del teatro, nos subimos a la Land Rover, y partimos juntos hacia el restaurante.

Capítulo 32

El restaurante estaba ocupado por varios compañeros de Serena que habían ido con sus padres. A los niños los ubicaron en las mesas pequeñas, en tanto que los demás se dispersaron por el lugar. Avery y Bennett se sentaron a una mesa junto a la vitrina con vista a la calle.

—Se nota que a Serena esta época la hace muy feliz —comentó Avery.

—Sí, lo cual es una fortuna, porque Navidad puede ser una época muy triste si pasaste por una pérdida —repuso Bennett, y Avery asintió.

—Si lo sabré —musitó ella mientras bajaba la mirada, que a Bennett le produjo una punzada de dolor al pensar en todas las Navidades y cumpleaños o fechas especiales que había tenido que pasar sola, tal como Felicity antes de conocerlo a él, aunque había vivido por mucho tiempo con sus tíos, se sentía sola.

—¿Y tu amiga fue a pasar Navidad con su familia? —le preguntó Bennett.

—Sí, se fue a Minnesota anoche y regresará antes de año nuevo —le respondió ella.

—¿No tiene que estar presente en la editorial? ¿No es la dueña o algo así? —inquirió él.

—No, es una de las agentes, pero hace mucho que no se tomaba vacaciones, y tampoco va seguido a ver a su familia, que ahora aprovechó para quedarse unos días con ellos —le explicó Avery.

—Ya veo —dijo él—. Sé un poco acerca de cómo trabajan en las editoriales, por Felicity, más que nada, que trabajaba en una librería y era devota de los libros, pero todo lo que sé es que tienen un equipo de gente que trabaja detrás de un libro, nada más.

—Sí, bueno, hay un agente que representa a varios autores, un editor, que se ocupa de marcarte las correcciones de cada libro, una ilustradora que trabaja en la portada, y un publicista que se encarga de la promoción del libro, aparte de un relacionista público que arregla las cuestiones de los eventos, giras y entrevistas —le contó ella.

—¿Y te cuesta escribir? Es decir, supongo que no, por algo eres buena, si vendes muchos libros —repuso él.

—Pues no, no es todo fácil, porque a veces debo escribir varios capítulos de distintas historias hasta dar con la correcta, luego, de vez en cuando, sufro el bloqueo de escritor, y tengo que escribir varios borradores hasta dar con el final y después me pongo a pulirlo, o sea a revisarlo para corregir errores y añadir o quitar cosas —le explicó ella.

—Claro, lo entiendo, es decir, porque algo de eso escuché una vez, pero no lo sabía con detalles, porque nunca antes conocí a un escritor —le dijo él.

—Sí, lo sé.

—¿Entonces esa es la parte mala de tu trabajo, el bloqueo y los borradores y eso? —le preguntó.

—Sí, podría decirse, porque lo demás es muy gratificante, el encontrar la historia y los personajes perfectos, el llegar a conocerlos y entrar en un mundo desconocido para mí, pero que es muy excitante de conocer. —Tanto su expresión como su voz habían adoptado un brillo que le iluminó todo el rostro. A Bennett le produjo alegría ver esto, porque se notaba cuánto le gustaba lo que hacía y hablar de ello.

—¿Y siempre trabajas desde tu casa? —inquirió él mientras tomaba su hamburguesa, dado que ese restaurante brindaba más bien comida chatarra, pero Bennett pensó que estaba bien porque llevaba tiempo sin probarla, además de que al día siguiente tendría una succulenta cena navideña.

—Sí, bueno, antes solía ir a bares o restaurantes, o a bibliotecas, pero ahora prefiero la intimidad y el silencio de mi casa —repuso ella.

—En especial porque Manhattan es siempre ruidosa —comentó él, y ella asintió—. ¿No te cansa a veces de estar constantemente rodeada de ruido?

—Hummm, no tanto, porque siempre viví en Nueva York, aunque antes vivía en Brooklyn, pero es casi lo mismo y, de todas maneras, después de un tiempo te acostumbras —replicó ella.

—Claro. A mí, que llevo tiempo viviendo en una zona remota, me costaría mucho estar un día allí —dijo él, y ella asintió.

—Sí, es probable, además de que se nota que eres muchacho de campo.

—Lo tomaré como un cumplido —repuso Bennett esbozando una mueca.

—Oh, por supuesto que lo es, es decir, lo dije en el buen sentido, ya que se nota que estás muy cómodo allí —le aclaró ella.

—Sí, así es.

Bennett desvió la mirada hacia la mesa en la que estaba Serena; se la veía muy animada hablando y comiendo con sus amigos, que sintió una punzada de alegría al verla tan feliz. Como si lo hubiera presentado, o lo hubiera visto a través del rabillo de su ojo, ella deslizó su mirada hacia él y lo saludó con la mano de forma risueña. Bennett le devolvió el saludo de la misma forma, y después le indicó con el dedo índice que estaba todo bien.

—Oye... ¿quién era esa muchacha con la que estabas hablando cuando fuiste a recoger los abrigos?

La pregunta lo tomó tan desprevenido a Bennett, que tardó un momento en contestarle, porque probablemente lo que más le había sorprendido era que lo hubiera visto hablando con Cecilia.

—Oh, esa mujer es Cecilia, fui con ella a la escuela, aunque ahora vive en Chicago, pero se mudará para aquí después de año nuevo —le explicó, y ella asintió.

—¿Y son muy amigos? —inquirió después.

—No, de hecho no somos amigos, solo nos saludamos y charlamos un rato porque fuimos compañeros, pero nuestras madres son amigas —le contó.

—Oh, ya veo —musitó—. ¿Y es casada?

Bennett levantó una ceja, porque se preguntó a qué venía tanto interrogatorio en relación a Cecilia.

—No, está soltera, de hecho sufrió una ruptura amorosa hace poco que la dejó bastante mal, por eso se mudará de nuevo para aquí —le contestó.

—Pues se nota que es muy bonita y sofisticada —comentó ella y Bennett se quedó mirándola.

—Sí, lo es, de hecho, en la secundaria fue la reina de cada baile, y robaba las miradas y suspiros de todos —le dijo Bennett, y ella asintió.

—¿También los tuyos? —indagó de forma directa, que Bennett se preguntó si siempre sería así.

—Pues, si debo ser sincero, sí, por lo que te dije de que era la más bonita de nuestra clase, y probablemente de toda la escuela —replicó con algo de incomodidad. Hubiera preferido hablar de otra cosa en su lugar, pero ella parecía querer seguir con lo mismo.

—Sí, lo entiendo, aunque Serena me había dicho que no era tu tipo.

Bennett se quedó mirándola extrañado al escuchar eso.

—¿Estuviste hablando con Serena sobre Cecilia? —inquirió y ella se mordió el labio, como si de repente se hubiera arrepentido de haberle dicho eso.

—Solo te vimos hablando con ella, y Serena me dijo que era una compañera tuya y que se sentía atraída por ti, pero que tú no porque no es tu tipo.

—No creo que yo sea su tipo tampoco, es decir, porque aquí salió con dos muchachos, y soy todo lo opuesto a ambos —repuso Bennett.

—Por ahí cambió de parecer, es decir, la gente cambia con el paso del tiempo.

—Bueno, no lo sé.

—¿Saldrías con ella de ser así? —le preguntó y Bennett comenzó a pensar que tal vez se habría puesto un poco celosa por ello, a pesar de que ella no mostrara un interés romántico en él, es decir, era amable y se interesaba por él, pero solo porque era el padre de Serena.

—Hummm —dijo Bennett, no porque lo dudara o porque lo estuviera considerando, sino porque quería ver la reacción de ella si vacilaba. Evaluó su rostro en busca de algo que delatara que le molestaba, pero solo estaba impassible, como esperando por su respuesta—. Pues Serena tiene razón: no es mi tipo.

Al decir esto, el rostro de ella se iluminó y pareció que iba a componer una sonrisa, pero se notaba que se contuvo. De todas maneras, su reacción lo complació a Bennett.

Cuando regresaron a la casa de los Mackintosh, los tres entraron al interior de forma rápida porque la noche estaba muy fría. Avery subió a la segunda planta a dejar su valija y, mientras tanto, Bennett y Serena aguardaron abajo.

—Bueno, supongo que ya todos nos acostaremos —dijo Avery.

—Sí, así es —repuso Bennett.

—Pues, entonces, que tengas dulces sueños, Serena. No sé si te veré mañana porque me iré muy temprano, dado que temo que por Navidad no haya tantos viajes, ya que todo estará congestionado.

Serena se quedó mirándola extrañada y después miró a Bennett.

—¿Entonces no te quedarás a pasar Navidad con nosotros?

—¿Por qué me quedaría? —inquirió Avery con incredulidad. Serena volvió a mirar a Bennett.

—¿Acaso no le preguntaste?

Bennett negó con la cabeza.

—Quería que se lo preguntaras tú, dado que te corresponde porque eres más amiga de ella que yo —le dijo, y Serena asintió.

—Verás: mi abuela te invitó a cenar en su casa mañana por Nochebuena, y a nosotros nos encantaría tenerte aquí, es decir, en la casa de la abuela, celebrando con nosotros y que te quedarás por Navidad. ¿Qué dices, te gustaría quedarte?

Bennett notó que la propuesta había tomado a Avery por sorpresa, y temió que fuera a decir que no, porque no le gustaba la Navidad, y porque no conocía a su familia.

—Pues... no lo sé, es decir, les agradezco el que hayan pensado en mí para invitarme, pero he pasado tantas Navidades sola que ya ni me afecta, es solo un día, no me ocurrirá nada por estar sola.

A pesar de que Bennett sabía que esa sería su respuesta, sintió una punzada de decepción, y no solo por Serena, a quien se le había ocurrido la idea de invitarla, sino también por él.

—No es que te estemos invitando porque te tengamos lástima por ello —Bennett se vio en la obligación de aclararle—, es más bien que no queremos que estés sola, y también deseamos que estés con nosotros, porque eres una persona importante, para ambos.

Bennett ni siquiera había pensado en tratar de convencerla, porque no era muy bueno en ello, y si bien lo había hecho para que Serena no se decepcionara, también era cierto que lo había hecho por él, porque cuando Serena le había dicho que no quería que Avery pasara la Navidad sola, y que si podían invitarla a pasar con ellos, Bennett accedió de inmediato y lo consultó con su madre, quien estuvo de acuerdo, no solo porque era una mujer noble, sino también porque sabía lo que Avery representaba para Serena, aunque ignoraba lo que significaba para Bennett.

Avery se había quedado impávida porque, claramente, no esperaba que Bennett le dijera eso. Al cabo de un rato, habló:

—Pues... —dijo mirando a Serena, quien estaba expectante de su respuesta—, de acuerdo, me quedaré.

—¡Sí! —exclamó Serena de manera triunfal y rodeó a Avery por la cintura; ella la abrazó de manera dulce que, como cada vez, produjo una sonrisa en el rostro de Bennett.

—Pero hay un problema, en realidad dos —repuso Avery—: como pensaba que iba a quedarme por esta noche, traje solo un pijama y un suéter para cambiarme y, aparte de eso, mi gata quedó sola, y mi amiga Lisa no está en Nueva York para ir a verla, y no hay nadie más de confianza que

lo haga, además de que nadie lo hará de todos modos por la Navidad, y no quiero que se quede sola tanto tiempo porque la comida que le dejé solo le durará hasta mañana, y porque me extraña cuando me voy por mucho tiempo.

—Pues, ¿quieres que mañana temprano te lleve en la camioneta a Nueva York? Así empacas más ropa y traes a tu gata —le ofreció Bennett sin dudarlo.

—No es necesario, tomaré el tren —le dijo ella.

—No sé si te permitan traer un animal en él, por muy pequeño que sea —señaló él—. A mí no me molesta llevarte, de todos modos mañana no trabajo y Nueva York está cerca de aquí.

—¿Y estás de acuerdo con que una gata esté por varios días aquí? —le preguntó ella después.

—Los gatos son pequeños y, de acuerdo a lo que me contó Serena, es amorosa, así que no veo cuál es el problema, tal vez peleé con Polka Dot, pero eso será todo —replicó él, y ella esbozó una sonrisa.

—De acuerdo, te lo agradezco mucho —expresó y sus miradas quedaron enlazadas por un momento que Bennett empezaba a sentir que, tal vez, una parte de ella, sí estaba interesada en él.

Capítulo 33

Si bien no me agradaba la Navidad, debía admitir que ahora estaba entusiasmada al respecto. La invitación me había tomado por sorpresa, y ahí comprendí por qué la madre de Bennett había asumido que me vería al día siguiente, pero debía confesar que también estaba ansiosa por ello, porque cenaría con una familia a la que no conocía, y yo no era parte de ella, pero traté de no pensar mucho en ello y me dormí rápidamente porque a la mañana siguiente saldríamos temprano hacia Nueva York.

Por la mañana nos despertamos a las seis, porque sabíamos que el tráfico estaría bastante complicado ese día, y queríamos regresar rápido a Westport, dado que Serena quedaría durmiendo sola, algo que me dio miedo, y por ello insistí una vez más en ir en tren, pero Bennett me dijo que, de todas maneras, Serena dormiría por lo menos hasta las nueve o diez, porque había comido muchas cosas dulces la noche anterior y se había dormido tarde, así que hasta esa hora, con suerte, ya estaríamos de regreso.

Como salimos de la casa sin desayunar, paramos en un Starbucks de Westport para comprar dos tazas de café y varias rosquillas. El cielo todavía era un manto oscuro, como era usual en invierno, pero las carreteras ya estaban repletas de autos. Rogué que no fuéramos a quedar en un atasco, no solo porque me ponían de mal humor (como a cualquiera), sino también porque esperaba que Serena no despertara hasta que llegáramos.

Por suerte, en camioneta se iba más rápido que en tren, así que llegamos en menos de una hora, por lo menos a Manhattan, porque nos tomó un par de minutos más hasta arribar en mi edificio.

—Te esperaré aquí —me dijo Bennett tras aparcar junto a la acera.

—¿No quieres subir un momento? —le ofrecí; él negó con la cabeza, pero después se quedó mirándome.

—¿Tienes que traer muchas cosas? Es decir, entre tu valija y la gata —me preguntó.

—Sí, pero no te preocupes, puedo sola —le dije, aunque no sabía si era así, porque eran demasiadas cosas y pesadas, pero no quería decirle porque me parecía que ya se había tomado demasiadas molestias en llevarme hasta allí.

—Aun así, me gustaría ayudarte —insistió él y yo asentí, porque quería que de paso conociera mi departamento.

Al entrar en mi piso, sentí una punzada de emoción porque Bennett fuera a verlo.

—Vaya, es bonito, tal cual lo imaginé, es decir, por la descripción que Serena me dio de él — me explicó.

—Si quieres te lo muestro entero, a pesar de que aparte de este salón, que es *living*/comedor/cocina, solo hay tres habitaciones más.

—Aun así, me gustaría verlo —repuso, y me embargó una oleada de nervios por tener que mostrarle mi lugar privado a un muchacho. Mientras nos encaminábamos, Emily Dickinson se apareció ante nosotros, venía corriendo desde mi dormitorio, por lo que debía de haber estado durmiendo allí y cuando nos oyó saltó de la cama.

—Hola, amiguita, ¿me extrañaste? —le pregunté mientras ella frotaba su rostro en el mío y después me lamía—. Esta es Emily Dickinson —le dije a Bennett. Él le acarició el cuello y ella lo dejó hacerlo.

—Hasta que al fin te conozco, Emily Dickinson —expresó él de manera animada. Después emprendimos nuestro camino hacia mi oficina. Bennett se adentró y la examinó de forma minuciosa, pasando la mirada por las paredes de color marfil, que estaban decoradas con cuadros de frases de mis libros preferidos, o retratos de mis escritores favoritos, como Emily Dickinson. Después deslizó la mirada hacia la pequeña biblioteca que estaba contra la pared y luego hacia el escritorio que estaba enfrente.

—Pues es bonito —comentó, y yo asentí.

Cuando salimos de allí, entramos en mi dormitorio, y ahí me sentí más inhibida, porque era un lugar más íntimo. Él hizo casi la misma exploración que con mi oficina, mirando cada cosa con detenimiento, desde el clóset hasta mi cama.

—Pues todo tu piso es encantador. Se nota que es tuyo, es decir, tiene tu estilo —repuso, y yo asentí.

—Me alegra que te haya gustado. Ahora me pondré a empacar, si quieres puedes sentarte aquí mientras lo hago, o ir hacia el *living* —le dije.

—Iré al *living*, así te doy privacidad.

Tras que él saliera de mi dormitorio, tomé mi valija y busqué en el clóset la ropa que llevaría: varios *jeans* y chándales, conjuntos deportivos, suéteres y camisetas, además de calzados y mis maquillajes, porque esa noche iría a una cena navideña y, de repente, fui consciente de que tendría que llevar algún atuendo elegante. Escarbé entre algunas faldas y blusas, pero ninguna me parecía adecuada, hasta que encontré un vestido que me había comprado hace unos meses y no lo había estrenado todavía: era negro, de encaje, ajustado arriba y suelto abajo, con mangas largas y el largo hasta las rodillas, además tenía añadido un cinturón fino dorado que lo hacía ver más sofisticado. Lo puse en la valija, junto a unos zapatos negros con tacones, y después la cerré. Ya me estaba por ir, cuando reparé en que había algo en un compartimento de mi clóset, lo abrí de nuevo y saqué una bolsa grande con dos presentes adentro. A pesar de que a mí no me entusiasmaba la Navidad, había comprado dos obsequios para Serena y Bennett para cuando los viera, por suerte sería al día siguiente nomás.

Tras cerrar la puerta, fui hacia el *living*, en donde descubrí a Bennett sentado en el alféizar, mirando a través del cristal. Me sorprendió que Emily Dickinson estuviera allí con él, recostada en su regazo. Tomé una bolsa con su alimento, porque en todos lados era un caos como para parar en el camino a comprarlo.

—Ya estoy lista —anuncié. Bennett se volvió rápidamente y se levantó, cargando a la gata en sus brazos.

—¿Qué quieres que lleve? —me preguntó.

—Puedes llevar a Emily y esto —le dije mientras le entregaba la bolsa con los obsequios.

Apagué las luces del departamento y después cerré la puerta. Cuando íbamos de regreso, la ciudad se había vuelto aún más ajetreada que nos tomó un rato salir de allí, por suerte la carretera a Connecticut no estaba tan atestada, por lo que llegamos a las nueve y Serena todavía no había despertado.

Tras que Serena se levantara, se alegró de ver a Emily Dickinson, por lo que la tomó y se la mostró a Polka Dot, quien parecía entusiasmado con su presencia, así como Emily con él.

Una vez que tomamos el almuerzo, cada uno se dio un baño para empezar a prepararnos para la cena, dado que a las seis iríamos a la casa de los padres de Bennett. Por suerte había un baño arriba, por lo que me duché allí, en tanto que Serena y Bennett lo hicieron en el de abajo.

Tras ponerme el vestido, me miré en el espejo de cuerpo entero y quedé encantada con la imagen que me devolvió, porque el vestido era hecho a mi medida. Después me peiné el cabello, que solo lo dejaría suelto, y me maquillé con colores oscuros en los ojos, pasando una mascarilla en mis pestañas (algo que solo hacía en ocasiones especiales), y delineando mis labios con un tono rosado con un brillo por encima. Cuando estuve lista, tomé un bolso de mano y mi abrigo y bajé a la planta inferior.

Me desplacé por el pasillo hasta llegar al *living*, pero no había nadie, pensé que todavía estaban arreglándose, por lo que me senté en el sofá a esperarlos. Al rato, Serena entró allí. Lucía un vestido azul de terciopelo, con unos zapatos plateados, en el cabello llevaba una cinta del mismo color, con un diseño de una mariposa que sobresalía por el lado izquierdo.

—¡Estás preciosa! —exclamó en cuanto me vio mientras abría los ojos y la boca de par en par en una expresión muy graciosa.

—También tú, luces adorable con ese vestido y esos zapatos, y esa cinta con mariposa en el cabello —la alabé, mientras ella me tocaba la falda del vestido.

—Gracias, Avery. Este vestido me lo compró mi tía Bea, en Nueva York —me contó—. Me gusta la tela de tu vestido, es muy suave, además de que te sienta muy bien, y con ese maquillaje te ves muy bonita y sexy.

—Gracias por decirlo —repuse complacida. Después ella se sentó a mi lado y me hizo señas con la mano de que me acercara y, entonces, me dijo al oído, medio en susurros:

—Apuesto a que mi padre se volverá loco cuando te vea.

No pude evitar sonrojarme ante su comentario, pero no le respondí nada, solo sonreí. Y justo,

Bennett apareció en escena, luciendo un pantalón gris de lino, un suéter beige y zapatos lustrosos. Llevaba el cabello bien peinado y todavía lo tenía un poco mojado, lo que le daba un aspecto sexy. En cuanto me vio se detuvo de golpe y parpadeó un momento, lo cual me inhibió un poco, pero también me complació, porque era la reacción que esperaba de él.

—Vaya, te ves... espléndida. —Ciertamente esa no era la palabra que esperaba, por lo que me sentí un poco decepcionada.

—Gracias —dije y esperaba que mi decepción no se hubiera palpado en mi voz.

—¿Y yo cómo me veo? —le preguntó Serena y recién ahí pareció que Bennett se había percatado de su presencia.

—Oh, pues preciosa —expresó él mirándola de forma embelesada—. Bueno, ¿ya están listas las dos? —ambas asentimos—, entonces vayamos a la cena.

Con Serena nos paramos y, tras ponernos nuestros abrigos, salimos de la casa y nos subimos a la camioneta. En ese momento me embargaron un poco los nervios, porque hacía mucho que no celebraba la Navidad con una familia, y esta era la familia de Bennett y Serena, lo cual me ponía nerviosa, aunque también feliz.

Capítulo 34

Mientras iban en camino a la casa de sus padres, a Bennett acudieron las memorias de las Navidades pasadas, no de las de su niñez o adolescencia, sino de las que había pasado con Felicity allí. Fueron siete Navidades las que pasaron juntos y, en ese entonces, a él le entusiasmaba esa época, no solo porque le gustaba la Navidad, sino también porque la celebraba junto a ella y a su Serena. En la primera Navidad tras la muerte de Felicity, por poco declinó de ir a la cena alegando que no se sentía bien, pero se obligó a ir, más que nada por Serena, porque no le parecía correcto que le faltaran ambos padres en ese día. Además de que su madre hubiera insistido como fuera para que asistiera, pero la velada le pareció de lo más triste y monótona, solo deseaba que pasara rápido para irse a su casa a dormir y no despertar hasta el día siguiente. En el siguiente año, o sea el anterior, fue casi igual, aunque tal vez no tan deprimente. Pero ahora, aun cuando seguía extrañando a Felicity y, por primera vez en mucho tiempo, estaba entusiasmado por la idea de celebrar aquella festividad, no sabía si era porque ya se había acostumbrado a la ausencia de su esposa, o porque la presencia de Avery era algo que la tornaba excitante, en realidad, ella era capaz de iluminar todo con su existencia, tanto que se había excitado al saber que se quedaría en la casa por unos días. Desde que ella había llegado a sus vidas todo pareció haber cobrado color de a poco, como si hubiese estado a oscuras y, de repente, se hubiera encendido la luz. Cuando arribaron en la casa de sus padres, bajaron de la Land Rover y se encaminaron hacia la entrada. Mientras aguardaban en el porche a que los atendieran, Bennett le lanzó una mirada de cuerpo entero a Avery, porque estaba realmente preciosa esa noche, mucho más de lo que usualmente lo era, aunque era probable que se debiera a cómo estaba maquillada y a ese vestido sexy. Agradeció cuando la puerta se abrió porque, de lo contrario, se habría quedado babeando por ella.

Capítulo 35

Por fuera, la casa de los padres de Bennett era muy suntuosa. Parecía estar construida de granito o piedra caliza gris, con tejos en los techos y un jardín delantero grande, lleno de pinos que estaban rodeados de luces amarillas y una decoración navideña que lo hacía parecer a Tierra Santa. Por dentro era bastante elegante, más que la casa de Bennett, dado que en esta había muchas cosas lujosas y sofisticadas, todo era reluciente e impecable, y desde el *living* podía verse, a través de una triple puerta de cristal, una enorme piscina alumbrada con foquitos. La madre de Bennett nos condujo por un pasillo hasta que llegamos a un comedor con paredes color de marfil, impecablemente decoradas. Ya habían varias personas sentadas a la mesa, por lo que eso me inhibió un poco, porque habían varios rostros desconocidos que fijaron los ojos en los tres aunque, más precisamente, en mí.

—Él es mi hijo, Bryce, y ella es su esposa, Paige. Ella es Avery, la amiga de Bennett y Serena —nos presentó la madre de Bennett.

—Es un placer conocerte finalmente, Avery —me dijo el hermano de Bennett, lo que me hizo pensar que le habían hablado bastante de mí, lo cual me hizo sentir algo inhibida.

—El placer es mío —expresé yo. Bryce era parecido a Bennett en el cabello y la compleción, pero tenía los ojos azules, como su madre, y el rostro con rasgos más finos. Su esposa era una mujer delgada, de cabellera rubia larga y ojos color café. Tenía un rostro bonito y su semblante era jovial y risueño.

—Vaya, no puedo creer que al fin te conozca —repuso su esposa de manera algo eufórica cuando la saludé, por lo que pensé que realmente les debían de haber hablado mucho de mí; me pregunté si habría sido la madre de Bennett o él—, es decir, porque cuando leí tu primer libro, hace dos años atrás, jamás pensé que te conocería en persona y mucho menos que cenaría en Navidad contigo.

—Oh, leíste uno de mis libros —musité al percatarme de que se refería a eso.

—Los tres que publicaste hasta el momento, en realidad. Formo parte de un club de lectura, por lo que los leímos y discutimos ahí —me contó de forma excitada.

—Cuánto me alegra saberlo —le dije con sinceridad, porque me gustaba conocer lectores y que me comentaran qué partes les habían gustado del libro.

—Después te haré un par de preguntas al respecto, en especial sobre el tercer libro, si no te

molesta, desde luego.

—Por supuesto que no —repliqué, porque realmente no me importaba. Deslicé la mirada hacia su lado y descubrí a una niña y un niño rubio, vestidos en colores rojos y verdes.

—Estos son nuestros hijos: Lena y Levi —me los presentó Paige.

—Son adorables —comenté y después saludé al padre de Bennett.

—Es un placer volver a verte, querida —expresó de forma afectuosa. Y solo me faltaba saludar a Bea, la hermana de Bennett.

—Qué bueno volver a verte, Avery —me dijo de forma animada.

—Lo mismo digo —repuse y luego tuvimos que sentarnos; yo junto a Bea y Serena, y Bennett al lado de esta.

En la mesa había varias cazuelas con aperitivos y ensaladas, y un pavo enorme que ya estaba trozado para servirnos. De a ratos, hablábamos en conjunto, pero después cada uno hablaba con la persona que tenía enfrente o al lado, por lo que yo más hablaba con Serena y Bea.

—Así que vienes seguido para aquí, la pequeña realmente te convenció, después de todo —comentó Bea en tono risueño.

—Sí, bueno, ¿cómo poder negarme cuando es tan dulce y encantadora? —le dije y ella asintió, sonriendo de forma burlona.

—¿Y te gusta la casa de Bennett? —me preguntó con curiosidad.

—Sí, es preciosa —repliqué.

—Sí, lo es —convino—. La vez pasada pasé cerca de tu departamento en Manhattan.

—¿Ah, sí? ¿Tú por dónde vives? —inquirí.

—Por la zona este también, a unas veinte cuadras de tu casa, más o menos.

—¿Te gusta vivir en la ciudad? —le pregunté.

—Claro, es decir, ya vivía allí cuando fui a la universidad de Nueva York a estudiar leyes, y decidí quedarme no solo por las ofertas laborales, sino también porque me gusta mucho Manhattan —declaró—. ¿Qué hay de ti? Tengo entendido que siempre viviste ahí.

—Sí, así es. Solía vivir en Brooklyn hasta que cumplí los dieciocho y me mudé a Manhattan.

—¿Y te gusta vivir allí?

—Sí, pero a veces puede ser demasiado ruidoso y solitario, ¿sabes? —le dije, y ella asintió.

—Sí, pero a mí me gusta vivir sola, tener mi espacio, las cosas en su sitio, no cumplir los horarios o seguir con el itinerario de nadie.

—Oh, sí, desde luego. Serena me contó que estás soltera.

—Sí, y planeo estarlo por mucho tiempo, es decir, de momento no siento la necesidad de casarme o tener hijos. Estoy muy contenta con mi vida tal y como es, me gusta mi trabajo, mi departamento, Manhattan, mi círculo de amigos, a veces viajo a lugares de aquí o al exterior, que planeo seguir así por un largo tiempo —declaró de forma risueña.

—Lo entiendo.

—¿Qué hay de ti? Tengo entendido que también estás soltera —comentó.

—Sí, lo estoy.

—¿Y también planeas estarlo por mucho tiempo? —me preguntó con curiosidad.

—Sí, bueno, no voy a mentirte, a veces me dan ganas de estar con alguien, supongo que es la edad, y el hecho de que llevo bastante tiempo sola —me excusé.

—Lo comprendo. ¿Y no hay alguien que te interese actualmente? —inquirió con una nota de intriga en la voz.

—Hummm, no —respondí con la mirada fija en el plato, porque ella era abogada, y temía que notara que estaba mintiendo.

—Ya... —dijo, pero se notaba que no me había creído.

Miré a Serena, quien estaba hablando de forma animada con su padre. Como si lo hubiera visto por el rabillo del ojo, volteó la mirada hacia mí y me sonrió.

—¿Te gusta la comida? —me preguntó.

—Está deliciosa. ¿A ti te gusta? —ella asintió.

—¿De qué hablaban con mi tía Bea? —inquirió después.

—Oh, solo de nuestras vidas en Nueva York —le conté.

—Es agradable, ¿verdad? —Me tomó un momento darme cuenta de que me estaba hablando de su tía, por lo que asentí. Sentí que Bennett tenía posada su mirada en mí y, de forma instintiva, lo miré, él esbozó una sonrisa que se la devolví mientras sentía un cosquilleo en el estómago.

Cuando terminamos de cenar, la madre de Bennett sirvió un pastel de chocolate de postre y, tras ello, fuimos a sentarnos en el *living*, junto a la chimenea, a beber ronpope. Serena se sentó en un rincón junto a sus primos, y los demás en el sofá, yo quedé entre Bennett y Bea.

Al estar cerca de la chimenea, el ambiente estaba caldeado. Era una casa bonita y cómoda. Me imaginé a Bennett creciendo en esa casa, bajando los peldaños de esas escaleras, sentado en ese sofá, jugando en ese patio. No fui consciente de que había esbozado una sonrisa al pensar en ello, hasta que Bea me llamó la atención.

—¿Por qué sonríes? —me preguntó.

—Oh, es solo que estoy contenta de estar aquí, con ustedes —le respondí, aunque no le había mentido del todo, porque eso era cierto.

—Pues a nosotros también nos encanta que estés aquí —expresó ella.

Deslicé la mirada hacia Bennett, y reparé en que me estaba mirando la pierna izquierda, que estaba más cerca de él. Sentí el impulso de bajarme más la falda del vestido, pero al instante me percaté de que era Bennett, no un pervertido cualquiera, ni siquiera era un pervertido, aunque claro que él era hombre, y la raza masculina estaba programada para mirar, de forma nada sutil, las partes de una mujer, por lo que me gustaba que lo hiciera, porque era la primera vez que me veía las piernas, y esperaba que le gustaran. Hablé un poco más con Bea y después con Paige quien, tal como me lo había dicho, me consultó acerca de mis tres libros: que cómo era capaz de crear historias tan hermosas, que de dónde sacaba inspiración (algo que me preguntaban con frecuencia, aunque a cualquier escritor, para el caso), si los personajes masculinos estaban

basados en personas reales porque estaban bien retratados, otra cosa que también me preguntaban con frecuencia, y respondía que solo tenía suerte de conectar bien con ellos, aunque la verdadera respuesta era que esos tipos eran un prototipo de los que me gustaría encontrar para mí: buenos, decentes, trabajadores y tiernos, claro que no le dije esto último. Ella quedó complacida con las respuestas y me pidió que nos tomáramos una fotografía juntas, para poder mostrarle a su club de lectura cuando pudiera alardear de que no solo me había conocido, sino también que habíamos celebrado Navidad juntas. Después me invitó a que un día fuera a visitarlos a Boston, cuando Bennett y Serena fueran, algo que no creía que fuera a ocurrir, dado que tampoco es como si ellos fueran a incluirme en los viajes que hacían. Aun así, le agradecí por la invitación.

También hablé un rato con los padres de Bennett, cuando todos comenzamos a dispersarnos. Me preguntaron si me gustaba Westport y les dije que sí, porque era cierto, era un pueblo pintoresco y tranquilo. Después me contaron que ellos se habían mudado hacia ese pueblo hace treinta y dos años desde California, porque al padre de Bennett le habían ofrecido un puesto como gerente en el banco de allí, de inmediato compraron esa casa, aunque no tenía ese aspecto en ese entonces, fueron haciéndole reformas hasta que quedó así, y que vivir ahí había sido la decisión más sabia que habían tomado. Cuando anunciaron que debíamos tomarnos una fotografía navideña, me ofrecí a tomarla yo, porque no era de la familia, y alguien debía tomarla. Pero todos negaron con la cabeza de manera rotunda, y señalaron a la cámara que estaba en la encimera de la chimenea, una Nikon que habían programado para que tomara imágenes automáticas. Así que no tuve más remedio que colocarme con ellos junto al enorme árbol navideño, al lado de Serena y Bennett. Como estábamos todos muy juntos, sentí el brazo de Bennett rodearme por la cintura, lo cual produjo una reacción inmediata en todo mi cuerpo, dado que temblé un poco y mis piernas flaquearon.

Un rato después tomamos nuestros abrigos para marcharnos, porque ya era demasiado tarde. Comenzamos a despedirnos de todos y Paige me recordó que fuera a visitarla y me pidió un modo de contactarme, por lo que le di mi número de móvil, al igual que a Bea, quien me prometió que cuando estuviéramos en Nueva York nos veríamos. Y los padres de Bennett me dijeron que les había encantado tenerme en su casa, y que estaba invitada a ir cuando quisiera.

Cuando entramos en la casa, los tres nos quitamos los abrigos de forma automática, como si necesitáramos hacerlo.

—Yo ya iré a acostarme, porque estoy muy cansada —anunció Serena mientras profería un bostezo que cubrió con la mano.

—De acuerdo, dale las buenas noches a Avery, que yo ya iré a arroparte —repuso Bennett.

—En realidad, quiero que lo hagan los dos —nos dijo y yo miré a Bennett, quien tenía los ojos puestos en Serena, después deslizó la mirada hacia mí y asintió.

—Está bien.

Esperamos a que Serena se pusiera su pijama y después la arropamos. Se quedó mirándonos a los dos y esbozó una sonrisa.

—Avery, gracias por haber venido, me gustó celebrar la Nochebuena contigo —expresó.

—También a mí —le dije, a pesar de que sabía que tanto ella como Bennett me habían invitado porque me tenían lástima, no querían que pasara la Navidad sola, y sus padres habían aceptado porque no querían romperle el corazón a Serena, pero aun así me había agradado celebrar con ellos.

Serena extendió sus brazos para abrazarme, por lo que lo hice de forma intensa, mientras inhalaba su aroma que ahora me era tan familiar, al igual que su tacto, que ahora lo tenía incorporado en mi vida, como si fuera parte de mí porque, en cierta forma, lo era. Al instante, sentí que otros brazos se unieron a rodearnos y, a menos que otra persona hubiera entrado sin que lo supiera, sabía que se trataba de Bennett. Cerré los ojos mientras sentía el abrazo de los dos y me embargó una oleada de ternura por dentro que por poco me hizo escocer los ojos, porque llevaba mucho tiempo anhelando ese tacto, y ahora no quería despegarme de ellos.

Capítulo 36

Cuando salieron del dormitorio de Serena, Bennett cerró la puerta y él y Avery se quedaron parados en el pasillo. Todavía estaba un poco trastocado por la escena que había experimentado hace un momento. Hacía mucho que no abrazaba a otra mujer que no fuera Felicity (sin contar a su madre o su hermana, desde luego), y menos junto a Serena, pero al verlas allí abrazadas, se dejó llevar de forma instintiva y se unió al abrazo, lo cual le produjo un sentimiento similar al que solía despertarle Felicity, que desató una oleada de sentimientos encontrados en su interior y ahora le estaba costando recomponerse.

—Bueno, creo que me iré a dormir —le dijo Avery, rompiendo con el silencio.

—¿Estás muy cansada? ¿No quieres beber una taza de chocolate caliente antes? —se atrevió a preguntarle porque, a pesar de que estaba un poco cansado, no quería dormirse todavía.

—De acuerdo, pero aguarda, que iré a ver a Emily Dickinson —repuso ella.

—Está bien, mientras tanto yo iré a preparar el chocolate, después búscame en el *living*.

Se encaminó hacia la cocina y puso la leche en la lumbre, después sacó el cacao y tomó dos tazas. Mientras preparaba el chocolate, evitó pensar en todo lo que había experimentado hasta hace un momento aunque, en realidad, en todo lo que venía experimentando desde que había conocido a Avery, que a veces lo asustaba un poco, porque sabía que no estaba preparado para sentir nada por nadie, pero tampoco podía evitarlo.

Cuando la leche estuvo lista, la sirvió en las tazas y después añadió el cacao y azúcar y las llevó al *living*. Avery ya estaba sentada en el sofá, con sus esbeltas piernas cruzadas que, al verlas, a Bennett casi se le cayeron las tazas de las manos.

—Aquí tienes. —Le entregó una de las tazas.

—Muchas gracias —le dijo ella mientras la tomaba. Bennett se sentó a su lado y esperó a que la leche se enfriara un poco para beberla.

—¿De verdad la pasaste bien esta noche? —Quiso saber.

—Oh, sí, tu familia es encantadora. ¿Sabes? Una de las razones por las que me rehusé a ir al principio no era solo por mi aversión a la Navidad, sino también porque no conozco bien a tu familia y temía sentirme fuera de lugar, pero fue todo lo contrario, me sentí bastante cómoda porque son personas amables y acogedoras. —A Bennett le produjo una sonrisa involuntaria su respuesta porque, a pesar de que realmente la había visto cómoda en la cena, temía que no la

hubiera pasado del todo bien—. Ya veo de dónde sacaron tú y Serena lo de ser amables y atentos.

—Ja, sí, mis padres son muy buena gente.

—Me contaron que se mudaron desde la Costa Oeste hace más de treinta años —repuso Avery.

—Sí, así es, ambos se conocieron en una fiesta, ya estaban por terminar la universidad, y ni bien se graduaron se casaron y se mudaron para aquí —le dijo él.

—Pues se nota que todos son muy unidos y se quieren mucho —comentó ella. Bennett observó su rostro: estaba sereno, pero también percibió algo de nostalgia, pensó en que ella no solo había crecido en una familia pequeña, sino que además había perdido a sus padres a una edad temprana.

—Y gracias a Dios, porque fueron un gran soporte cuando murió Felicity, y de no haber tenido una familia unida, no habría tenido quien me ayudara con Serena —le confesó ahora que había más confianza entre ambos, porque Bennett no era de esos que se atrevía a contarle sus cosas personales o sentimientos a cualquiera, solo lo hacía cuando confiaba mucho en alguien.

—Lo imagino, pero ¿sabes qué? Creo que lo estás haciendo bien, en eso de criarla solo —expresó y él la miró sorprendido.

—¿De verdad lo piensas? —ella asintió—, pues gracias por decirlo, a veces me cuestiono si lo estoy haciendo bien.

—Pues es lógico, porque de estar criándola con alguien pasaste a hacerlo solo, y un niño es mucho trabajo, según escuché por ahí, pero Serena es una niña con tantas cualidades positivas, que me cuesta pensar en una sola negativa.

—Oh, pues a mí se me ocurre una que nunca creí que haría —ella lo miró intrigada—: cuando se escapó de su abuela y su tía, en una ciudad multitudinaria, para ir a ver a una desconocida.

—Ja, ¿pero qué niño no hace una travesura alguna vez?

—Sí, tienes razón —convino—. Oye, gracias por haber accedido a venir a la casa de mis padres, significa mucho para Serena y por ello te estaré eternamente agradecido.

—No tienes nada que agradecer, como te dije en varias ocasiones, me gusta estar con ella y complacerla, no porque sienta la obligación o necesidad de hacerlo, más bien es un deseo interno que ella despierta en mí.

Él levantó la vista y se quedó mirándola maravillado ante lo que había dicho.

—Pues como yo te lo he dicho muchas veces: ella se siente igual por ti.

Bebieron los últimos sorbos del chocolate, y después colocaron las tazas en la mesita que estaba a un lado. Ella exhaló un bostezo que cubrió con su mano, por lo que él supo que estaba lista para ir a dormir, pero mientras la miraba, no pudo evitar deslizar los ojos hacia esas encantadoras piernas que tenía, durante gran parte de la noche no había podido quitar los ojos de ellas, de su aspecto en general, en realidad, y no es que antes no la hubiera encontrado atractiva, porque le parecía muy hermosa, pero era la primera vez que la veía bien engalanada y sexy. Se quedó mirándola embobado, tanto que ella se percató de ello, pero no le importó, de hecho, en ese momento, lo único que le importó fue cómo lo hacía sentir: como si fuera un hombre de nuevo, uno que se interesaba mucho por una mujer, que pensaba todo el tiempo en ella y anhelaba tocarla y

besarla, y, como si algo lo hubiera empujado a hacerlo, se acercó más a ella, acortando el pequeño espacio que los separaba. Ella lo miró de manera expectante, como esperando que hiciera algo, por lo que él lo hizo, la tomó de la barbilla y acercó sus labios a los de ella y, como si ambos estuvieran en sintonía, se fundieron en ese beso y se perdieron en él, olvidándose de todo lo que tenían alrededor, como el hecho de que las cortinas estaban corridas y, a través del cristal, se veían pequeños puntos blancos que anunciaban que había comenzado a nevar.

Capítulo 37

Dormí por casi ocho horas seguidas y de una manera más que relajada, tanto que ni recordaba qué había soñado, pero no me importaba tampoco, porque había amanecido feliz. No sabía si se debía a que estaba en una zona rural, que no se sentía ni un solo ruido proveniente del exterior, o a que era Navidad, por irónico que resultara viniendo de mí, que llevaba tiempo siendo escéptica respecto a las festividades, pero, por primera vez en mucho tiempo, sentía que había recuperado el entusiasmo, como si fuera una nueva versión de Scrooge después de haber sido visitado por los tres fantasmas (cuatro, si contamos a Marley, que le había llevado la advertencia de los espectros que lo visitarían) que cambian su visión sobre la Navidad, pero en mi caso no había sido visitada por ningún fantasma, más bien yo era la que visitaba a dos personas reales que eran capaces de llegar al corazón de cualquiera y hacerlos cambiar de parecer respecto a algo. De repente, recordé el beso de Bennett la noche anterior y casi salté de la cama cuando me di cuenta de que no lo había soñado, tampoco había sido producto de mi imaginación por la cantidad de comida que había ingerido o por mis fantasías respecto a él. Me había tomado desprevenida y me había besado, el beso había sido corto, pero me había cortado el aliento, tanto que había quedado un poco atontada después y me había tomado un momento reaccionar, para entonces él ya se estaba despidiendo para irse a dormir, por lo que yo hice lo mismo.

Mientras me quitaba el pijama para ponerme la ropa que llevaría, pensé en qué ocurriría ese día respecto al beso con Bennett, cómo lo afrontaría, aunque tal vez no había nada que afrontar, tal vez solo se había dejado llevar por el momento, dado que la atmósfera en la habitación era muy íntima y ambos estábamos sincerándonos con temas sensibles. Claro, era eso, un momento de debilidad del que seguro ahora estaba arrepentido. Sentía como si me hubiesen arrojado un balde de agua helada, pero me recordé que yo siempre había sabido que él no estaba disponible y no tenía ojos para ninguna mujer, porque su esposa todavía estaba presente en su vida. Aun así, todavía podía sentir ese beso que me había quitado hasta el último aliento.

Bajé de forma sigilosa porque no sabía si se habían levantado pero, mientras iba descendiendo por los peldaños, escuché voces provenientes del *living*. Me encaminé hacia allí y, cuando llegué, encontré a Serena y a Bennett junto al árbol, mirando a los obsequios. Ambos voltearon hacia mí al verme entrar.

—¡Avery! ¡Feliz Navidad! —exclamó Serena y corrió a abrazarme.

—Feliz Navidad a ti también, Serena —le dije y después le di un beso en la frente. Me ponía nerviosa acercarme a Bennett, en vista de lo sucedido la noche anterior, pero tendría que saludarlo. En cuanto alcé los ojos, noté que él estaba mirándome expectante, como aguardando para saludarme.

—Feliz Navidad —expresé mientras me acercaba a darle un beso.

—Feliz Navidad, Avery —repuso con una sonrisa.

—Estábamos esperándote para abrir los obsequios —me dijo Serena mientras se acercaba al árbol.

—De acuerdo, supongo que ya podemos abrirlos —musité con algo de incomodidad, porque llevaba tiempo sin hacer tal cosa. Con Lisa intercambiábamos presentes cada año desde que nos conocíamos, pero sin un árbol de por medio, además de que no sabía si habría uno para mí, pero tan pronto como miré, encontré dos paquetes con mi nombre en ellos. Los tomé con algo de ansiedad, como si fuera una niña. En el primero había una bola de cristal de las que se sacuden y nieva por dentro, solo había tenido una cuando era pequeña, pero la había perdido en tantas de las mudanzas que había hecho. Dentro de ella había una casa similar a esa residencia. El otro regalo era un brazalete con varias piedras bonitas. Me pregunté si me habrían comprado uno cada uno o los dos eran de ambos, e iba a preguntarles, pero no me pareció correcto, en su lugar, solo se los agradecí.

—Gracias, me gustan mucho.

—Gracias a ti también, me encanta el tuyo —me dijo Bennett. Como llevaba tiempo sin regalarle algo a un hombre, y no lo conocía a fondo como para saber sus preferencias, le había regalado un suéter.

—Y a mí también —se unió Serena y, entonces, caí en la cuenta de que se los había agradecido a ellos y no a Santa Claus, como lo debía de pensar ella.

—Es decir... claro que Santa Claus los trajo, pero a lo que me refería es a que...

—Avery, yo ya sé que Santa no existe, me lo dijo mi padre el año pasado —me explicó.

—Oh, bueno —repuse algo aliviada por no haberle destruido las creencias sobre ello.

Como era natural, Serena era quien más obsequios había recibido, y estaba tan contenta con ellos que los miraba de forma embelesada. Después nos sentamos en el sofá a beber una taza de chocolate caliente. Polka Dot y Emily Dickinson estaban con nosotros, esta última parecía estar muy cómoda en la casa, y con sus habitantes. En todo momento evité establecer contacto visual con Bennett, e intuía que estaría así durante todo el día, por suerte al día siguiente ya me iría a Nueva York, y no tendría que verlo por un tiempo, aun cuando eso tampoco me gustara.

Almorzamos las sobras de la noche anterior que nos había dado la madre de Bennett, y después salimos a jugar en la nieve. Me sorprendió ver cuánta había allí, todo el bosque estaba cubierto y los árboles parecían azucarados. Si bien en Nueva York nevaba a menudo, ya que estaba en esa misma costa, nunca había visto tanta, tal vez sí nevaba la misma cantidad, solo que en la ciudad no se notaba demasiado con tantos edificios que había. Serena me tomó de la mano y nos pusimos a

hacer un muñeco de nieve, nunca antes había hecho tal cosa, y me pareció excitante, a pesar de que mis dedos se estaban amortiguando un poco por el frío. Bennett no se unió a nosotras, solo nos tomaba fotografías desde el porche. Una vez que terminamos de armar el muñeco, ambas quedamos complacidas con el resultado, dado que era enorme, como un Jack Frost gigante. Cuando entramos de nuevo en la casa, Serena me llevó hacia el *living*, en donde tomó una vela, me pidió que se la encendiera, y la colocó al lado de una fotografía de su madre.

Pasamos casi todo el día sentados allí, jugando a un juego de mesa, mientras bebíamos chocolate o viendo la nieve caer a través de la ventana. Llegada la noche, cenamos más sobras de la noche anterior, y después fuimos a acostar a Serena.

Cuando salimos de su dormitorio, iba a irme a dormir, pero Bennett me detuvo.

—Ven a beber un té conmigo en el *living*, te ofrezco eso porque ya bebimos chocolate todo el día —dijo sonriendo.

—No sé si sea una buena idea —repuse y él me miró extrañado.

—Oh, claro, lo entiendo, debes estar muy cansada.

—Sí, bueno, no, pero debo levantarme temprano para ir hacia Nueva York —le expliqué y él me miró con incredulidad.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo piensas ir? —me llamó la atención su pregunta.

—Pues supongo que en tren, mañana ya habrá uno, ¿verdad? —inquirí, temiendo que no fuera a haberlo.

—Pues no lo creo —repuso—, es decir, porque dudo que anden cuando hay tormenta de nieve.

Yo me quedé mirándolo un momento, tratando de entender lo que me estaba diciendo.

—¿Quieres decir que no hay modo de salir de aquí debido a la tormenta de nieve? —él asintió—, ¿y hasta cuándo nevará?

—Pues, de acuerdo a lo que escuché, hasta el domingo.

Parpadeé al escuchar eso.

—Pero recién es martes.

—Lo sé, pero ¿qué quieres que haga? —me dijo, como si él estuviera a cargo del clima. Yo asentí de forma abatida mientras pensaba en cuánto tiempo tendría que quedarme.

—¿Sabes? No quiero ser una carga por tantos días —repuse de forma apenada.

—¿Pero qué estás diciendo? Tú nunca podrías ser una carga para nosotros, siempre serás bienvenida a quedarte cuanto tiempo quieras —me dijo mirándome de una forma tan intensa, como queriendo hacerme entender eso. Yo solo asentí como respuesta pero, aun así, no quería quedarme, porque ya no podía seguir cerca de él, ahora que nos habíamos besado me daba cuenta de que me gustaba demasiado, y no podía fingir que era inmune a su presencia, que era un ser humano más cuando su existencia era capaz de sacudirme por dentro, y cada vez que estaba cerca de él todo cuanto quería hacer era lanzarme a sus brazos y no despegarme más. Pero, aun cuando me hubiera besado, sabía que él no se sentía del mismo modo que yo, por lo que debía buscar la forma de mantenerme alejada de él, y tratar de olvidarme de su existencia, por muy difícil que fuera.

Capítulo 38

De repente, todo lo que Bennett quería hacer era besar a Avery, tal como lo había hecho la noche anterior, pero ahora de forma más intensa y apasionada, saboreando cada aspecto de ella. Anhelaba tomarla en sus brazos y tocarla, e incluso llevarla a su cama y desnudarla, algo que desde luego que no haría, porque sería ir muy rápido y encima Serena estaba en la casa, se había prometido jamás hacer algo así estando su hija allí, a pesar de que ese acto de juramento se lo había hecho tras la muerte de Felicity, cuando había pensado que jamás volvería a estar con otra mujer por lo que le restara de vida, que la idea de besar, tocar o conectar de manera sexual con una mujer le parecían aberrantes. Pero ahora que Avery había entrado en su vida lo único que quería era que siguiera formando parte de ella, pero no sabía muy bien cómo proceder, porque llevaba tanto tiempo solo que lo inhibía un poco y tampoco sabía qué tanto querría ella de él, si lo querría como él la quería. Y, además, había que considerar el factor Serena. Su hija era lo más importante que tenía en la vida, y si llegaba a involucrarse con alguien, y si encima ese alguien era Avery, a quien Serena tanto adoraba, y luego todo terminaba mal, le afectaría mucho a su hija, porque tendría que dejar de verla, y ella ya había pasado por suficiente dolor al haber perdido a su madre que no podía hacerla pasar por algo así otra vez, prefería morir antes de causarle dolor a su pequeña. Consideró todas estas posibilidades en su cabeza, como si fueran pros y contras mentales, y llegó a la conclusión de que no era correcto involucrarse con Avery, por mucho que le gustara, por mucho que en el último mes hubiera pensado cada día en ella, por mucho que fuera lo único en su mente, no era apropiado que estuvieran juntos por muchas razones y, aunque eso lo destruyera por dentro, sabía que lo mejor era que se mantuviera alejado de ella.

Capítulo 39

Los siguientes días fueron un calvario, en parte, porque disfrutaba de estar en esa casa y pasar tiempo con Serena, pero lo que no me gustaba era estar cerca de Bennett que ya ni podía mirarlo a los ojos. Trataba de mantenerme lejos, por lo que los únicos momentos que compartía con él eran cuando teníamos que estar juntos debido a las comidas, después yo procuraba estar siempre con Serena y los animales, o me iba rápidamente al dormitorio. No sabía qué pensaba él respecto a eso, tal vez no se había dado cuenta de ello, tal vez le daba lo mismo, era más probable que fuera eso. Aun así no había tenido tanto éxito con apartar de mi mente el beso que me había dado, de hecho, lo había revivido en mi cabeza cada noche antes de dormirme, como si fuera la escena de una película que estaba en modo repetición, y mientras lo hacía volvía a sentir el sabor de sus labios en los míos, su respiración resoplando encima de mi rostro, el aroma que destilaba su cuerpo, todo eso era una combinación que me embriagaba y me dejaba atontada. Al final terminaba soñando con ese beso, pero en mi sueño esa escena se alargaba y era mucho más extensa e intensa que la real, porque nuestras manos se deslizaban por nuestros cuerpos y después aparecíamos en su cama, completamente desnudos y enroscados en las sábanas. Todo eso me llevaba a preguntarme por qué me había besado siquiera, si era porque le parecía hermosa, porque le gustaba, o porque llevaba tiempo sin estar en contacto con una mujer. Llegué a la conclusión de que era muy probable que fuera la última opción, porque yo pasaba mucho tiempo con ellos últimamente, y porque era Navidad (a pesar de que no había habido un muérdago encima de nuestras cabezas), y porque la atmósfera del ambiente era íntima, todo eso habría incidido en él y lo había llevado a besarme. No había una razón especial tras su beso, solo una insípida y sin importancia alguna.

Cuando el viernes por la tarde la nieve comenzó a mermar, supe que el sábado por la mañana ya me iría a Nueva York, lo cual me entristeció un poco, por no decir bastante.

El sábado, después de desayunar, cargué la valija en la gaveta de la Land Rover de Bennett, y guardé a Emily Dickinson en una jaula pequeña, de todas maneras solo tenía una hora de viaje y ella dormiría en el trayecto, o al menos eso esperaba.

Serena fue con nosotros en la camioneta hasta la estación de trenes. Tras descender en el andén, aguardamos por mi tren.

—Si quieren pueden irse, de todas maneras enseguida llegará el tren —les dije.

—No, está bien, no nos molesta esperar contigo —repuso Bennett.

—Avery, ¿cuándo volverás de nuevo? —me preguntó Serena mientras me tomaba de las manos. Iba a responderle que dentro de poco, pero después me percaté de que no podría hacerlo y eso me produjo un revoltijo en el estómago, no solo porque no quería y no podía volver a Westport, sino también porque le rompería el corazón a ella si le decía algo así, pero luego lo pensé bien y le dije:

—¿Sabes? No sé si pueda venir dentro de poco porque estaré ocupada —ella asintió de forma apenada mientras agachaba la cabeza, lo cual me produjo una punzada de dolor en el pecho—, pero ¿qué te parece si vas un fin de semana a visitarme y te quedas en mi departamento?

—¿De verdad puedo ir a quedarme en tu departamento? —inquirió con la mirada iluminada.

—Claro, tu abuela o tía pueden llevarte, eso si tu padre te da permiso —dije mirando a Bennett.

—Desde luego —repuso él y pareció que iba a decir algo más, pero no lo hizo.

—¿Entonces cuándo podré ir? —me preguntó Serena de forma expectante.

—¿El fin de semana que viene te parece bien? —ella asintió de forma sonriente—. ¿O qué te parece el lunes, ya que estás de vacaciones? —inquirí y su expresión fue aún más animada.

—Sí... sí, ¿podré quedarme varios días? —indagó y yo miré a Bennett, quien asintió—. Genial, entonces el lunes iré a verte.

Yo también me había entusiasmado ante la idea de recibir su visita, pero justo vi que venía el tren, así que me despedí de ambos. Con Serena nos dimos un fuerte abrazo y dos besos, y con Bennett un beso que fue de lo más insulso e incómodo, pero era todo cuanto podía hacer ahora.

Una vez que me subí al tren, me senté cerca de la ventana y vi que Serena y Bennett se habían quedado parados en el andén. Cuando el tren arrancó, me saludaron con la mano hasta que desaparecieron de mi vista, y entonces sentí un escozor en los ojos, pero traté de contenerme porque no quería que nadie me viera llorando, incluso cuando fueran desconocidos a los que no volvería a ver.

En cuanto llegué a mi departamento, me pareció tan vacío como desconocido, como si me hubiese ido hacia una eternidad, o como si llevara tiempo sin vivir allí. Desempaqué de forma desganada y me puse a limpiar y a acomodar mis cosas.

Por la tarde, Lisa me llamó para invitarme a una fiesta, y acepté ir porque necesitaba despejar la cabeza. A pesar de que hacía frío, era una linda noche. La fiesta era en la azotea de un edificio conocido, había mucha gente, la mayoría rondaba entre los veinte y cuarenta. Había buena música, comida y bebidas, y además de Lisa estaban otras personas que trabajaban en la editorial que me agradaban, así que estaba rodeada de gente conocida, pero aun así me sentí fuera de lugar, como si no quisiera estar ahí, por lo que me disculpé con Lisa y le dije que me dolían los ovarios y la cabeza porque estaba con la regla, lo cual era cierto, pero más que nada me sentía mal de ánimos.

Cuando arribé en mi departamento, me tiré en la cama y rompí a llorar, porque de repente ya no me sentía bien allí, me parecía que era el lugar más solitario de la Tierra. Nueva York en general

me parecía más inmensa que nunca, o como si yo fuera una hormiga perdida entre la gente. Tomé mi teléfono y me quedé mirando a una fotografía en la que estaba con Serena y Bennett, los extrañaba demasiado, como nunca había extrañado a nadie, porque si bien había perdido a mis padres era de esperar que los extrañara porque eran mi familia, y a veces extrañaba a Lisa cuando no la veía, pero de un modo que uno extraña a un amigo, lo mismo que con Emily Dickinson, y no había más personas en mi vida a las que extrañar, por lo que esto era nuevo, y teniendo en cuenta el hecho de que hacía poco que los conocía hasta me parecía algo extraño, pero en ese lapso de tiempo habían llegado a mi corazón, un lugar que hacía tiempo que estaba vacío, y ahora sentía que lo habían colmado.

El domingo me desperté sintiendo la cabeza dolorida, y cuando fui al baño descubrí que tenía los ojos hinchados de lo que me había dormido llorando. Me recordé a mí misma que al día siguiente recibiría la visita de Serena, por lo que volvería a verla y a estar con ella. Eso me hizo darme cuenta de que debía comprar comida para niños, aperitivos y cosas dulces, porque lo más dulce que tenía allí eran cereales.

Me cambié y fui hacia la tienda a comprar las cosas, no solo para Serena, sino también para mí, porque las alacenas y la nevera estaban vacías. Recordé las cosas que había visto que Serena consumía y las puse en el canasto de la compra, mientras tomaba cada cosa sonreía, porque se sentía bien comprar algo para ella. Desde que iba a la tienda que solo compraba cosas para mí, y ahora que lo hacía para Serena sentía que mi corazón se había colmado de alegría.

Por la tarde, Lisa pasó un rato a verme para saber cómo estaba y me sinceré con ella respecto a todo: a Bennett y al beso que me había dado y sobre cómo me sentía acerca de él; acerca de Serena, sobre cuánto la quería y que sentía que se me partía el corazón cada vez que tenía que regresar de allá, y sobre la casa de ellos, que me sentía tan cómoda cada vez que iba porque se sentía como un hogar, como el hogar que siempre había anhelado tener al crecer si mi madre no hubiera muerto y mi padre no se hubiera cerrado.

—¿Sabes qué creo? —me dijo Lisa—. Que llevas tiempo sin dejar entrar gente en tu vida, que ahora estas dos personas despiertan tantas emociones que estaban enterradas o escondidas en ti que todo eso te abruma.

—Sí, eso es cierto —convine—. Pero, como te dije, tampoco es conveniente que me involucre tanto con ellos, en especial con Bennett, por todo lo que te conté de que no creo que esté preparado para una relación, e incluso si lo estuviera, no sé si seré la mejor opción para él, no solo por Serena, que saldrá herida si terminamos mal, sino también porque nunca estuve en una relación y no sé si seré buena en ello.

—Ya, entiendo todo lo que dijiste, pero creo que estás permitiendo que todos esos sentimientos te abrumen de tal manera que no piensas bien. Mira, esas personas ya están en tu vida, no puedes hacerlas a un lado solo porque tengas sentimientos por el viudito, es decir, estás enamorada de él y eso en tu mundo es mucho, lo entiendo, pero no dejes que el miedo te impida disfrutar de tu tiempo con ellos. Tal vez es cierto que él no está del todo preparado para estar en una relación,

pero se nota que le gustas, sino no te habría besado, y en el caso de que él quiera tener una relación seria pueden ir despacio, un paso a la vez, porque no veo el motivo para apurar las cosas, y sí, comprendo que ambos tendrán en cuenta a la niña, eso lo haría cualquier persona, pero también deben tener en cuenta lo que sienten ustedes, además de que los niños entienden más de lo que crees. Y con respecto a tu inexperiencia en relaciones amorosas, pues por algún lado tendrás que empezar y dejar que todo fluya, no podemos controlar todo.

—Tienes razón en ello —le dije viéndolo de ese modo—. Aun así, cada vez que vengo de allá me siento vacía y desolada, tal como ahora.

—Es lógico, Avery, por lo de que siempre estás tan sola, y ellos parecen ser tan buenos que hasta me dan ganas de conocerlos —expresó.

—Tal vez lo hagas, por lo menos a Serena, vendrá mañana y se quedará unos días aquí conmigo —le conté y ella me miró con curiosidad.

—Bueno, entonces tendrás una buena compañía —repuso.

El lunes me desperté sintiéndome más animada porque ese día llegaría Serena, así que ya no estaría tan sola. La había llamado la noche anterior para preguntarle a qué hora llegaría y me había dicho que antes del mediodía su tía Bea la dejaría en mi piso, así que me puse a preparar un almuerzo succulento.

Cuando Serena arribó, se lanzó a mis brazos como si llevara tiempo sin verme, y yo la estreché de la misma manera. Tras soltarse, me dio dos besos y entró en el departamento con una valija con rueditas.

—Dame tu valija que la pondré en mi dormitorio —le pedí—. Por cierto, como solo tengo una cama extra grande dormiremos juntas allí.

—Está bien, me agrada la idea de dormir contigo —repuso de forma animada.

Después nos sentamos a la mesa y comenzamos a almorzar.

—¿Quién te trajo desde Westport? —le pregunté.

—La tía Bea, es que se quedó el fin de semana allá y hoy vino en su auto, por lo que cuando papá le contó que vendría a visitarte le pidió que me trajera —repuso.

—Oh, tal vez uno de estos días podemos visitarla, o ella puede venir para aquí —propuse dado que, después de todo, estábamos cerca.

—Sí, me dijo que la contactarás para que se vieran —me contó.

—¿Y qué hay de tu padre? Apuesto a que le costó dejarte marchar —le dije, sintiendo que las mejillas comenzaban a arderme al hablar de él.

—Sí, pero serán pocos días de todos modos —repuso, y yo asentí—. Por cierto, me pidió que te enviara saludos.

—Oh, gracias.

—¿Sabes qué otra cosa me dijo, pero en secreto? —Yo levanté las cejas de forma curiosa ante ello—. Te lo diré esta noche cuando estemos en la cama, será como una pijamada de chicas en la que nos contaremos secretos mientras nos trenzamos el cabello.

—Ja. Bueno, en ese caso no puedo esperar a que llegue la noche —le dije, porque ahora me intrigaba saber qué le había dicho Bennett de mí.

Tras almorzar, y como el día estaba soleado, salimos a pasear por la ciudad. Fuimos a varias tiendas de niños en donde le compré ropa, accesorios, juguetes y libros. Ella insistió en que no lo hiciera, pero yo insistí aún más en que quería comprárselos alegando que no tenía hijas o sobrinas y que me complacía hacerlo, lo cual era cierto, me gustaba comprarle cosas a Serena, de hecho desde que la había conocido que siempre reparaba en cosas de niñas cuando nunca antes lo había hecho. Después fuimos a cenar a un restaurante de la quinta avenida y luego regresamos al departamento. Tras que Serena se pusiera su pijama, se acostó en la cama y llamó a Bennett desde mi teléfono. Si bien yo estaba en el baño cepillando mis dientes, no pude evitar escuchar que le contaba todo lo que había hecho y las cosas que le había comprado, y que estaba contenta de estar allí conmigo. Sonreí de manera involuntaria al escuchar eso. Cuando fui a la cama, me acosté al lado de Serena.

—¿Es hora de que empecemos a trenzarnos el cabello? —le pregunté, y ella sonrió.

—De acuerdo, pero debemos hacerlo las dos al mismo tiempo, como yo lo hago con mis amigas —me dijo, por lo que ambas nos sentamos en la cama y empezamos a trenzarnos.

—¿Solías hacer esto con tu mamá? —indagué.

—Ajá, bueno, en realidad lo hice solo dos veces —me contó.

—Yo no creo haber hecho esto con mi madre, pero ella sí me peinaba —comenté.

—¿Y cuando murió extrañabas que te peinara? —inquirió.

—Claro, extrañaba todo de ella —le respondí, y ella asintió.

—También yo, pero mi abuela y mi tía se encargan de hacerlo.

—Lo imagino, ¿y sabes qué? Tienes suerte de tener a una abuela y una tía tan amorosas, además de un padre que te quiere mucho. Cuando mi madre murió, yo me quedé sin nadie, porque mi padre siempre estaba triste que apenas me notaba, y no tenía abuelos o tíos —le conté, y ella puso una expresión lastimera.

—Lo lamento, Avery. Ojalá te hubiéramos conocido por ese entonces y te habrías quedado con nosotros, aunque claro que yo no había nacido todavía y mi padre era pequeño como tú, pero bueno, lo que quise decir es que ojalá hubieras tenido a alguien que te quisiera y te hiciera compañía en ese momento.

—Gracias por decirlo. Yo también deseaba tener a alguien como ustedes —le confesé.

—Bueno, ahora nos tienes, así que ya no estás sola —me dijo, y yo sonreí.

—Oye, ¿recuerdas que querías decirme algo que tu padre había dicho de mí? —le pregunté sintiendo que los nervios me embargaban por dentro; probablemente fuera una tontería lo que iba a contarme, era más que probable, pero aun así me sentía nerviosa por ello.

—Oh, sí. Pero tienes que prometerme que no se lo contarás a él, porque me lo dijo en secreto.

—Lo prometo —le aseguré mientras cruzaba los dedos en señal de juramento.

—Me dijo que eres la mujer más hermosa que vio en su vida.

—¿Eso te dijo? —le pregunté anonadada.

—Sí, y yo le dije que estaba de acuerdo con él, porque eres preciosa, y me gustaría ser como tú cuando crezca, pero le pregunté qué había de mamá, porque de ella también me había dicho que era la mujer más hermosa que había visto en su vida, y entonces me dijo que podían parecerle hermosas las dos por igual, así como podía enamorarse de las dos por igual porque, de todas maneras, mi madre ya no está, pero una parte de su amor nunca moriría.

Yo me quedé mirándola ante la parte que había dicho de que podía enamorarse de las dos por igual, pero pensé que seguramente se trataba de un ejemplo con el que trataba de explicarle algo a Serena para que lo entendiera, no porque se hubiera enamorado de mí, dado que eso era descabellado.

—Claro, lo entiendo —le dije.

—¿Y a ti qué te parece él ahora que lo conoces mejor? —me preguntó con tanta curiosidad, que parecíamos dos adolescentes hablando de los muchachos que les gustaban, y debía admitir que lo sentía un poco de ese modo.

—Pues tu padre es un hombre excepcional, Serena —le respondí con sinceridad—. Es bueno, considerado, atento, sabe escuchar, siempre dice las palabras justas, tiene un buen corazón, además es inteligente.

—Y apuesto —añadió lo que yo no me animaba a decir.

—Sí, muy apuesto —admití.

—¿Y qué tal besa? —me preguntó y yo la miré anonadada.

—¿Qué te hace pensar que nos besamos? —inquirí horrorizada.

—Él me lo contó —repuso.

—¿Lo hizo?

—Sí, pero solo porque yo me puse pesada con respecto a ustedes y no tuvo más remedio que contarme.

—Ya veo...

—¿Entonces... qué tal besa? —exigió saber.

—Pues... muy bien —le confesé con algo de incomodidad por tener que estar hablando de eso con una niña de ocho años y que encima era hija del hombre al que había besado.

—¿Sabes qué creo? Que mi padre te gusta mucho, pero tú no te animas a admitirlo.

—¿Qué te hace pensar que me gusta mucho? —le pregunté.

—Por la forma en la que lo miras cuando estás cerca de él, así solía mirarlo mamá.

—Oh... —dije sorprendida, no solo porque lo hubiera notado, sino también por haber señalado que lo miraba igual que lo hacía Felicity—, pues sí, me gusta, pero eso no significa que vayamos a estar juntos, ¿sabes?

—¿Por qué no? Tú le gustas y él te gusta, ¿cuál es el problema? Si es por mí ya sabes que estoy de acuerdo con que estén juntos.

—Es por eso mismo, Serena —me atreví a confesarle, porque era una niña inteligente a la que,

por alguna razón, no podía mentirle, así que era mejor que me sincerara con ella—. Si iniciamos una relación, y luego todo termina mal, tú te pondrás tan triste como nosotros y no me gusta la idea de que tú estés triste, porque te quiero mucho.

—Yo también te quiero mucho y no me gusta que estés triste y sola, por eso quiero que estés con mi padre, de ese modo serás muy feliz y siempre estarás acompañada —expresó.

—Las cosas no funcionan de ese modo entre los adultos, Serena, es un poco más complicado, porque en este caso tu padre sigue dolido por la muerte de tu madre, y que nos gustemos no significa que vayamos a funcionar como pareja.

—Lo sé, algo así me dijo mi abuela.

—¿Tu abuela también sabe de todo esto? —inquirí sorprendida.

—Ella me preguntó qué había entre ustedes dos, si eran más que amigos, y yo le dije que se notaba que se gustaban, pero que no se animaban a confesárselo, y ella me explicó que tal vez era por mí, porque mi padre no estaba preparado para estar con alguien, y que a veces incluso si ambos quieren las cosas pueden no funcionar, que depende de muchos factores.

—Eso es cierto.

—Pero si le conté eso fue también porque vi lo que ella y Wanda Robertson-Kane se traían entre manos.

—¿Ah? —le pregunté confundida.

—¿Recuerdas a la rubia que viste hablando con papá en el concierto de Navidad de mi escuela? Yo te conté que esa Cecilia es hija de Wanda, una mujer que es amiga de mi abuela que usa muchas joyas y tiene la cara así de estirada —dijo haciendo un gesto gracioso con sus manos—, la cuestión es que hace tiempo me di cuenta de que la vieja esa y mi abuela planeaban juntar a mi padre con Cecilia, así que le dejé en claro a mi abuela que esa mujer no es del tipo de mi padre, que su tipo era mi mamá y ahora tú.

—Oh... —musité sorprendida, pero divertida al mismo tiempo al imaginarme esa escena de Serena reprendiendo a su abuela.

—Mira, no sé si mi padre se anime a invitarte a salir como su novia, porque es de los que necesita un empujón, pero si lo hace, prométeme que aceptarás aunque sea una cita, porque a ti te gusta también.

—Está bien, te lo prometo —le dije, porque a estas alturas ya no quería seguir huyendo de mis sentimientos y debía seguir el consejo de Lisa y dejar que todo fluyera. Serena sonrió de forma animada y después me dio un fuerte abrazo.

Esa noche dormimos abrazadas y me sentí tan bien que me imaginé cómo sería tener a Serena siempre cerca.

Capítulo 40

Desde que Serena se había ido, Bennett se sentía solo y miserable, y eso que llevaba en Nueva York solo un día, pero se sentía como cada vez que iba a quedarse con su madre, excepto que ahora se quedaría hasta el viernes. La casa se sentía vacía y solitaria sin su hija, tanto que por las noches se acostaba un rato en el dormitorio de ella. Desde luego que lo aliviaba saber que estaba con alguien de confianza y a quien tanto quería. Cada noche, antes de dormirse, hablaban por teléfono, y entonces le contaba lo que había hecho y visto en Nueva York, lo que había comido y lo que Avery le había comprado. Bennett siempre le preguntaba sobre Avery, pero Serena era bastante concisa al respecto, pensaba que era porque Avery estaba cerca de ella, porque de lo contrario Serena le habría contado hasta cuando Avery bostezaba, dado que desde la última vez que Avery los había visitado que lo había atosigado a preguntas sobre ella, de las que Bennett no había podido huir, porque ya estaba harto de hacerlo, así que decidió sincerarse con su hija y confesarle cuánto le gustaba Avery, y que hasta la había besado. Serena, tal como él lo esperaba, lo había incitado a que la invitara a salir como su novia, pero Bennett le había explicado todos los contras sobre si eso sucedía, ante lo que Serena había puesto los ojos en blanco y había comentado que los adultos le parecían idiotas a veces, a lo que él tuvo que darle la razón. Aun así, no sabía muy bien qué hacer con toda la cuestión, le gustaba Avery, le encantaba, y él creía que ella se sentía igual, pero tenía miedo de que su mente se estuviera nublando con todo lo que Serena le decía de ella, tal vez Avery no estaba preparada para una relación con él. Le dio vueltas a la cuestión por casi una semana hasta que llegó el viernes y tuvo que ir hacia Nueva York a buscar a Serena, entonces pensó que la vería a Avery y no quería que fuera un encuentro casual más.

Ese día condujo por la carretera de forma nerviosa hasta que llegó a Manhattan, y entonces arribó en el departamento de Avery. Tras llamar al intercomunicador, ella lo hizo subir y, cuando abrió la puerta, se quedó embobado con su presencia, como si fuera la primera vez que la veía.

—Hola de nuevo —lo saludó ella.

—Hola, Avery, ¿cómo estás? —le preguntó y se acercó a darle un beso.

—Bien. Serena ya está lista —anunció y entonces vio a su hija parada al lado de ella, por lo que se acercó para abrazarla y no la soltó hasta un rato después.

—Te extrañé mucho —le dijo mientras le acariciaba el rostro.

—Yo te extrañé, pero no tanto, porque estuve con Avery —repuso ella, y él rio.

—Ya lo imaginaba —musitó y después se quedó mirándolas a ambas—. ¿Tú... estás ocupada?

—No, bueno, iba a ver si finalmente empiezo a trabajar en mi nuevo libro, pero, más allá de eso, no tengo mucho por hacer —le respondió Avery.

—En ese caso, ¿te gustaría venir por el fin de semana a Westport? —se atrevió a preguntarle porque quería tenerla cerca. Vio que ella se puso indecisa, pero después desvió la mirada a Serena y eso pareció convencerla.

—De acuerdo, aguarden un momento a que prepare la valija —les dijo mientras se encaminaba hacia su dormitorio.

—¡Yupi! Ahora estaremos juntas por varios días más —exclamó Serena mientras levantaba los brazos de manera triunfal. Bennett no pudo evitar sonreír al ver a su hija tan feliz, pensó que Avery era una bendición que había llegado a sus vidas.

—Ya estoy lista —anunció Avery al regresar con su maleta.

—Si quieres puedes llevar a Emily Dickinson —le dijo Bennett.

—¿De verdad?

—Claro, si a nosotros nos agrada, y a Polka Dot también, de ese modo se sentirá menos solo. —Avery esbozó una sonrisa que a Bennett lo complació. Ella tomó a la gata y Bennett tomó las bolsas con cosas que Avery le había comprado a Serena, y salieron del piso.

Cuando llegaron a Westport, se adentraron a la casa, y luego de que Avery pusiera las cosas en su dormitorio los tres cenaron. Esta vez hablaron de forma mucho más distendida que antes, y más animada también. Bennett se dio cuenta de que Avery se sentía mucho más cómoda y a gusto con ellos.

Una vez que tomaron el postre, los dos acostaron a Serena y, tras darle un beso, los tres se fundieron en un abrazo.

Tras salir del dormitorio de Serena, los dos fueron al *living* a beber un té.

—Quiero agradecerte por haberla acogido a Serena en tu casa y haberla hecho sentir tan bien, y también por haberle comprado tantas cosas que no tenías por qué comprarle —expresó Bennett.

—No tienes nada que agradecer, y para mí fue más que un placer comprarle todas esas cosas —repuso ella de una forma que le pareció sincera.

—Bueno, te lo agradezco de todas maneras, desde que tú llegaste a su vida... —Se detuvo antes de seguir hablando, porque sintió que le temblaba la garganta. Se sentía profundamente agradecido por la presencia de ella en la vida de su hija y, de repente, se percató de cuánto significaba para él.

—Está bien —le dijo ella mientras le ponía una mano encima de la de él—. Como te dije en varias ocasiones, para mí es un placer estar con ella, porque no sabes lo que significa tenerla en mi vida.

Bennett se percató de que los ojos de Avery brillaban, como si de repente se hubiera unido a él en su estado de gratitud.

—Antes de que ella llegara a mi vida, de que los dos llegaran a mi vida, todo era solitario y vacío, y si bien lo sentía de ese modo no me di cuenta de ello sino hasta hace poco. Y, tras conocerla, cada vez que la veo, o que me voy de aquí, siento que la extraño, tanto que todo lo que quiero es volver a verla, a ambos.

Su confesión lo había tomado por sorpresa, pero le gustó oírlo.

—¿Sabes? Nosotros nos sentimos igual respecto a ti. Cada vez que vienes es como si la casa se iluminara, y cuando te vas es como si palidciera un poco. Los dos te extrañamos y nos gustaría verte más seguido.

Sabía que estaba rebasando todo tipo de comportamiento aceptable al decirle aquello, pero ya estaba harto de esconderse de sus sentimientos, además ella lo había incitado en cierta forma.

—Sí, yo me siento igual —convino ella. Su mano todavía estaba encima de la de él, por lo que la dio vuelta y la tomó de forma suave.

—Hay algo más que debo decirte —tomó una bocanada de aire para poder seguir hablando—: es con respecto al beso que te di en Navidad, no fue un simple beso que te di por impulso, es decir, sí lo hice por impulso, pero también porque lo estaba deseando, de hecho, llevaba mucho tiempo deseando besarte, porque me gustas mucho, Avery, porque si bien sentía que no estaba preparado para estar con nadie todavía, no pude evitar enamorarme de ti porque eres fantástica en todos los sentidos posibles.

No podía creer todo lo que acababa de salir de su boca, pero era lo que llevaba guardando en su corazón desde hacía tiempo que sentía que, de algún modo, alguien le había dado un empujón para que se lo confesara. Ella se quedó mirándolo de forma impasible y después esbozó una sonrisa.

—A mí también me gustas mucho, Bennett, porque eres un tipo estupendo que casi me pareces de ficción, porque siempre pensé que los tipos con tus características solo existían en los libros, pero traté de olvidarme de ti por varios motivos —Bennett creyó saber cuáles eran esos motivos, porque él también los había pensado—: porque no estabas preparado, porque yo nunca estuve en una relación y no sé cómo resultaría, pero más que nada por Serena.

—Sí, concuerdo contigo en lo de Serena, que es lo que más preocupa, pero el hecho de que tú le gustes es una ventaja, y si nuestra relación no resulta siempre la tendremos en cuenta a ella primero, y haremos lo posible para que tú sigas en su vida aun así.

Ella esbozó otra sonrisa que a él le dijo que todo iría bien.

—Tienes razón.

—¿Recuerdas que te dije que tanto a Serena como a mí nos recordabas a Felicity en un aspecto, pero no sabíamos en qué? —ella asintió—. Pues hace poco me di cuenta de qué era: tú despiertas en nosotros lo mismo que solía despertarnos ella.

—Oh... —musitó Avery sonriendo de manera tímida al tiempo que se sonrojaba.

—Creo que a ella le habría encantado saber que alguien como tú llegó a nuestras vidas. —Ella levantó la mirada y esbozó una sonrisa ancha—. Entonces... ¿te gustaría formar parte de esta

familia?

—Sí, me encantaría —le dijo ella y él le acarició la barbilla, después la atrajo y la besó, sintiendo que todas las hebras de su ser se habían sacudido de felicidad porque, después de mucho tiempo, finalmente sentía que era feliz de nuevo.

Epílogo

Un año después

Gran parte del bosque estaba decorado con telas blancas, mesas al tono, flores y un gazebo en donde el párroco nos casaría. Mi vestido era de color marfil, no era suntuoso, no tenía una cola larga o un velo, de hecho solo era largo y liso, pero era mi estilo. En el cabello solo llevaba una tiara hecha de flores naturales. Mi futura suegra y cuñada me ayudaron a cambiarme, y el padre de Bennett fue quien me condujo hacia el altar. Había pocos invitados, porque yo apenas conocía gente, así que de mi lado solo asistió Lisa, que era mi dama de honor, y del lado de Bennett sus familiares más directos y amigos, así que era una ceremonia muy íntima pero especial. Bennett me estaba esperando junto al gazebo con una sonrisa ensanchada en el rostro. Se veía tan apuesto que sentí una punzada de emoción en el pecho, como cada vez que lo veía, pero esta vez era aún más especial porque nos íbamos a casar. Serena caminaba delante de nosotros, dado que era la niña que llevaba las flores, así que tenía puesto un vestido blanco con una tiara de flores en el cabello similar a la mía, de hecho habíamos acordado ir así. Ya tenía nueve años y medio y estaba más alta y más hermosa, y cada día me parecía más inteligente y despierta. En ese año que llevaba viviendo con ellos había tenido que adaptarme a la zona y a la casa (aunque no tanto, porque ya conocía y me gustaba), y a vivir con ellos dos, lo cual se me había hecho bastante fácil, dado que ya los quería, pero también un poco extraño, porque yo llevaba mucho tiempo sola y nunca había tenido que compartir las comidas con dos personas cada día, y la cama con un hombre cada noche, además de que mis rutinas se vieron alteradas. Cada mañana, tras despertarnos, desayunábamos los tres juntos, después Bennett partía hacia el trabajo y yo llevaba a Serena a la escuela y cuando regresaba a la casa me ponía a escribir. Bennett me había armado una oficina en una de las habitaciones de arriba. Tenía todo lo que tenía en mi antigua oficina de mi antiguo departamento de Nueva York, excepto que en mi nueva casa de Westport tenía un ventanal con vista al bosque, a las colinas y al cielo. Cuando el clima era bueno, los atardeceres destacaban con los colores más intensos que existían que parecía un espectáculo de la naturaleza. Y en el invierno la nieve cubría todo, tornándolo en un manto blanco.

Al mediodía Bennett se tomaba un descanso en el trabajo y venía a almorzar conmigo, porque durante los días de semana Serena almorzaba en el colegio. Generalmente cocinaba Noreen, pero a veces yo la ayudaba o la suplataba durante los fines de semana. Ella me había enseñado a

preparar varios platos, tanto dulces como salados, y disfrutaba haciéndolo cuando antes no me gustaba, supongo que porque ahora tenía para quién cocinar. Por las tardes recogía a Serena de la escuela, antes solía hacerlo Bennett, pero ahora lo hacía yo para que él pudiera descansar un rato cuando regresaba del trabajo, y de todas maneras a Serena le gustaba que yo la recogiera. Cuando regresábamos a la casa la ayudaba con la tarea, algo que me gustaba, porque se trataba de ella, así como acudir a las reuniones escolares, ocuparme de los disfraces para las festividades o de acompañarla a los ensayos. También la llevaba a clases de ballet y piano y a las pijamadas o fiestas en casa de sus amigas. En noches de tormenta se cruzaba a nuestro dormitorio y dormía con nosotros porque le daba un poco de miedo. Y los fines de semanas íbamos a comer a casa de los padres de Bennett, quienes eran tan atentos y cálidos conmigo que los consideraba unos padres. Incluso Emily Dickinson se había acostumbrado a vivir allí y siempre estaba en compañía de su amigo Polka Dot. Tenía tanto en mi vida que no daba nada por sentado y lo agradecía cada día.

Cuando llegamos al gazebo, el padre de Bennett me entregó ante él y, tras decir los votos, ya éramos marido y mujer.

Más tarde, cuando todos se fueron, los tres nos sentamos en el banco que estaba dedicado a la memoria de Felicity. A menudo nos sentábamos allí a contemplar las puestas del sol, porque era un lugar tan calmo que irradiaba paz y serenidad.

—¿Te gustó la fiesta, Serena? —le preguntó Bennett.

—Oh, sí, pero ¿sabes qué es lo que más me gustó? Que ahora tengo una nueva mamá —dijo abrazándome y no pude evitar lagrimear porque realmente me sentía su madre, ya que la adoraba y sentía que daría mi vida por ella y por Bennett.

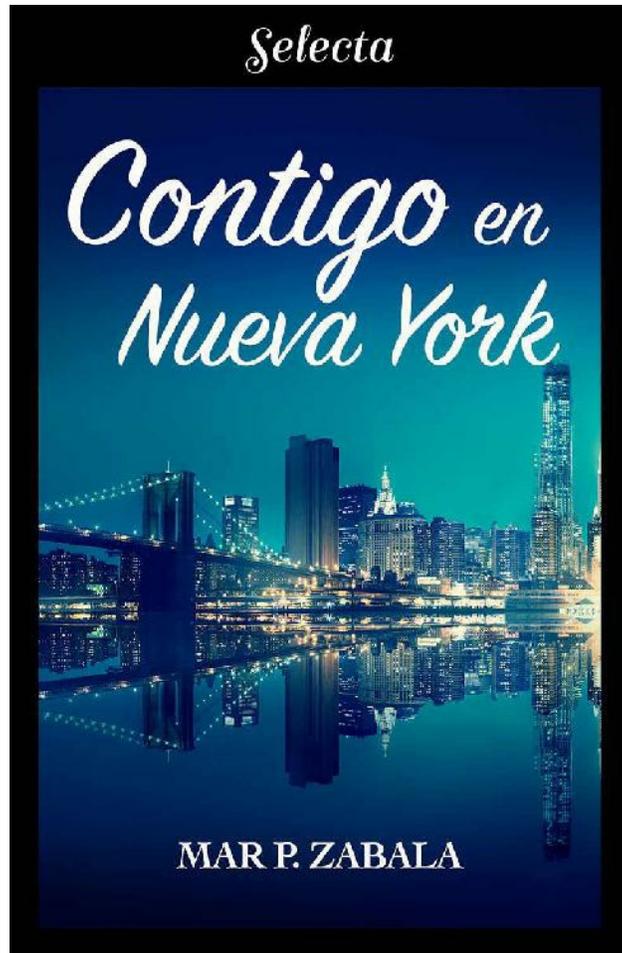
—Desde luego que eres mi hija —musité mientras le daba un beso en la cabeza.

—Creo que los tres somos muy felices aquí, pero ¿saben qué nos haría más felices? Que me den un hermano —expresó Serena y con Bennett intercambiamos una mirada cómplice; él asintió, en señal de que podía contarle que tenía un mes de embarazo, así que pronto seríamos una familia de cuatro. No podía creer que de estar sola ahora tenía tanto amor en mi vida que a veces sentía que el corazón me iba a explotar. Cada día le agradecía a Dios, a mis padres y a Felicity por haber puesto a Bennett y a Serena en mi camino, en especial a ella, porque había sido la responsable de unirnos, y por ella ahora todos éramos muy felices.

Agradecimientos

Quiero agradecer a todo el equipo de Penguin Random House y de Selecta, a todos los que confiaron en mí y trabajan detrás de cada libro (editora, publicista, ilustradora, etc.). A Paulina Burgos, por ser mi primera lectora y una gran amiga. A todos mis amigos escritores de distintos países y comunidades (Twitter, Tumblr, Instagram) por el apoyo creativo y el incentivo. A Edwebs.com (Writer's Help en Tumblr) por responder a todas mis dudas y por motivarme siempre en cuanto a mi escritura. Y a todos los escritores que alguna vez me contaron una historia y, que a través de ellas, me hicieron creer que cuando la realidad no es buena, siempre puedo escapar a un mundo ficticio en donde todo es posible.

Si te ha gustado
Cuando menos te esperaba
te recomendamos comenzar a leer
Contigo en Nueva York
de *Mar P. Zabala*



Capítulo 1

LA GRAN DECISIÓN

Andrea estaba feliz, por fin lo había conseguido. Había estudiado inglés durante años, compaginando la Escuela Oficial de Idiomas con sus clases en la universidad. Había sido duro y difícil, pero no se había echado atrás. Con tesón, sacrificando su tiempo libre, había alcanzado su meta.

Recordaba que, al empezar su carrera, la gente le auguraba un brillante futuro. «No hay físicos en paro», le decían. «La tecnología está avanzando rápidamente y, dentro de unos años, harán falta científicos», le repetían una y otra vez.

Pero después de finalizar y de pasar dos años enviando currículos y haciendo cursos de inglés, de informática y de cualquier cosa que le permitiera conocer gente y mantenerse ocupada, se había cansado. Porque, al menos mientras estudiaba, iba y venía de la facultad, hablaba con sus compañeros aunque solo fuera para preguntar qué había querido decir al final el profesor, ya que se había distraído copiando las ecuaciones de la pizarra.

Cuando terminó, no se dio cuenta de la realidad. Pensaba que ya era libre, encontraría un trabajo, se iría de casa y que todo sería nuevo. Luego, no fue así, descubrió que la vida era un tren en marcha y que, por mucho que corriera, no lo alcanzaría. Solo podía esperar a que alguien se bajara en una parada, se distrajera un momento y, entonces, aprovecharía para quitarle su plaza.

Andrea se sentía mal. Su padre había muerto de un repentino ataque de corazón un año antes; ella por primera vez comprendía que ya no era esa joven que, de lunes a viernes, iba a clase y estudiaba y, los fines de semana, salía a tomar aire. De golpe era una adulta sin querer serlo ni estar preparada para ello.

Estaba aburrida de la vida de su pequeña ciudad, muy sencilla y muy tranquila. Demasiado tranquila.

Un domingo, en un suplemento dominical, encontró el anuncio de una convocatoria de becas en una universidad de Nueva York, cuyo nombre debía deberse a algún ilustre senador o congresista del estado. Era para estudiar el clima de la ciudad, cómo cambiaba con los años y cómo variaba según las zonas.

Siempre había soñado con visitar un país de habla inglesa y con expresarse en el idioma que tanto le había costado aprender. Además, ¡ya era hora de poner en práctica sus estudios universitarios!

Decidió mandar la solicitud. Cuando —dos semanas después— recibió la llamada del profesor que dirigía la investigación, no se lo podía creer. No lo pensó ni cinco minutos y dijo que sí en el acto. No se lo había dicho a nadie así que, cuando se lo comunicó a sus amigas y a su familia, la sorpresa fue mayúscula.

—¿Te vas a ir? —preguntó una de ellas.

—En unos días, para ser exactos —respondió Andrea.

—¡Tú sola allí! No es como si fueras con algún compañero de la carrera —apuntó otra de sus

más cercanas amigas.

—En algún momento tenía que ser. Vosotros trabajáis y lo hacéis en diferentes sitios. No vais de la manita a currar.

—¿No es un poco precipitado? ¿Qué van a decirte en casa? —inquirió uno de los chicos.

Su madre literalmente puso el grito en el cielo.

—No lo permitiré.

—Mamá, soy mayor de edad. No puedes prohibírmelo.

—No puedes dejarme sola con la tienda.

—El negocio va a la perfección. Tienes clientes y siempre llegan nuevos compradores. Además, están tus amigas. ¡Sales más con ellas que conmigo! Solo nos vemos a la hora de comer y, a veces, ni eso.

—Eso es diferente. Lo que cuenta es que sé que estás aquí por si pasa algo malo.

—Estoy decidida, mamá. Me voy a ir.

—No te daré dinero. ¿Cómo vas a mantenerte? ¿Del aire?

Pero ella estaba decidida. Sabía que era una locura, que no conocía muy bien el idioma y tendría que permanecer dos años en un país del que tenía vagas nociones por las películas y por algunos amigos americanos.

Cuando murió su padre, comprendió que tenía que agarrarse al vagón de cola, o el tren no volvería a pasar en mucho tiempo. Si no aceptaba aquella beca, podrían transcurrir años hasta que volviera a tener una oportunidad semejante, o podría ser que no se le presentara de nuevo. Las clases particulares que daba de Física y Matemáticas estaban bien, pero para eso no se había matado estudiando durante tantos años.

La beca no era cuantiosa. Tuvo que echar mano de sus ahorros. Eran exiguos, pero bastarían para pagar el billete; después, tendría que apretarse el cinturón. El alojamiento y la manutención estaban cubiertos por la beca. Si no salía, no se tomaba ningún café entre horas, comía poco...

—Búscate algún trabajo por horas allí —le sugirió una antigua compañera de estudios, que estaba en una universidad de Alemania, en una situación similar a la suya—. Yo doy clases de español a unos niños que cuidan un par de horas a diario entre semana. No es mucho pero, para comprarme algún libro o para salir por ahí, me vale.

Aquella no era mala sugerencia. Debería hacer algo similar. Con las clases que daba, estaba acostumbrada a tratar con niños; darles unas nociones del idioma, mientras los entretenía hasta que llegaran sus padres, no sería tan difícil.

Hizo las maletas, arregló los papeles y, a los cinco días de recibir la llamada, estaba esperando su avión en Barajas. Su madre se había quedado en casa alegando que tenía exceso de trabajo en la tienda.

—No puedo acompañarte. Vienen dos viajantes y debo atenderlos.

—Claro, mamá —afirmó Andrea ocultando su tristeza. Sabía que podía verlos al día siguiente, que estarían casi una semana en la ciudad. Sin embargo, era la excusa de su madre para no acompañarla, el último intento para retenerla a su lado, un chantaje emocional sin palabras que dolía más que un discurso.

Tenía que estar en Nueva York para empezar a trabajar el día diez y ella había recibido la llamada el uno. El profesor le había encontrado una habitación en una residencia. Ella quería estar unos días antes en la ciudad para habituarse al cambio de horario. Más adelante esperaba encontrar a alguien con quien compartir un apartamento, quizás una habitación en un piso de estudiantes.

De forma que allí estaba ella, de pie en el aeropuerto de Barajas, esperando para registrar su equipaje. No era demasiado. Tenía límite de peso y, además, ella sola no podía con muchos bultos, así que llevaba un poco de todo y mucho de nada.

Confiaba en que, con el tiempo, podría comprar algo de ropa y en que su madre podría enviarle algo de lo que dejaba atrás. Incluso visitarla y pasar algún día juntas en la Gran Manzana, ir de compras o a algún musical. Por el momento, aquel deseo era una mera quimera; tendría que aguardar para verlo cumplido.

Cuando menos lo esperaba



Bennett enviudó y ahora vive solo con su hija y, a pesar de que es joven, no está preparado para iniciar una relación..., aunque cuando conoce a Avery comienza a acercarse a ella.

Avery es una escritora exitosa, pero lleva una vida demasiado solitaria, ya que no tiene familiares y solo cuenta con una amiga. Un día, aparece en su vida una niña llamada Serena, quien trata de unirlos a su padre.

Avery comienza a visitarlos a menudo en su casa de Connecticut, y no le toma mucho tiempo enamorarse de ellos: de la casa en la que viven, de Serena y de Bennett, pero este no parece estar preparado para dejar ir el recuerdo de su esposa muerta y tampoco está dispuesto a iniciar una nueva relación, aun así, se siente cada vez más atraído por Avery, lo cual lo asusta, algo que también le ocurre a ella, porque lleva tiempo sola y teme que si se involucra con él termine perdiendo a Serena y la amistad que la une a ellos.

Luciana V. Suárez. Nací y me crié en el norte de Argentina, estudié comunicación. En la actualidad tengo treinta y cuatro años y escribo desde los quince. Cada día escribo entre ocho y diez horas, y cuando no estoy escribiendo estoy leyendo.

Edición en formato digital: septiembre de 2020

© 2020, Luciana V. Suárez

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-11-3

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Cuando menos te esperaba

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Epílogo
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Luciana V. Suárez
Créditos